

frater albertus

MARHAL del

ALQUIMISTA



Frater Albertus es un alquimista contemporáneo, fundador de la Sociedad de Investigaciones Paracelso, institución ésta dedicada al restablecimiento de la enseñanza alquímica, y a su investigación científica y utilización de aprovechamiento medicinal.

Con el fin de aportar un acercamiento al estudioso de la Alquimia deseoso de realizaciones prácticas, su «Manual» introduce a las concepciones alquímicas y al trabajo de laboratorio con vegetales, incidiendo además en relaciones filosóficas, astrológicas y médicas. Una 2.ª parte del libro incluye textos correspondientes al trabajo con los minerales, o Gran Obra.

FRATER ALBERTUS

**MANUAL
DEL ALQUIMISTA**

Práctica de laboratorio alquímico

**LUIS CARCAMO, editor
San Raimundo, 58
MADRID-20**

Título del original inglés: THE ALCHEMIST'S HANDBOOK
Publicado por SAMUEL WEISER INC. (NEW YORK)

Primera edición 1960
Edición revisada 1974
Reimpresión 1976

© Paracelsus Research Society
Salt Lake City, Utah, U.S.A.

© en español. Luis Cárcamo, editor
Primera edición 1980

Traducido del inglés por Manuel Algora Corbi
Diseñó la portada: Carlos Corcull

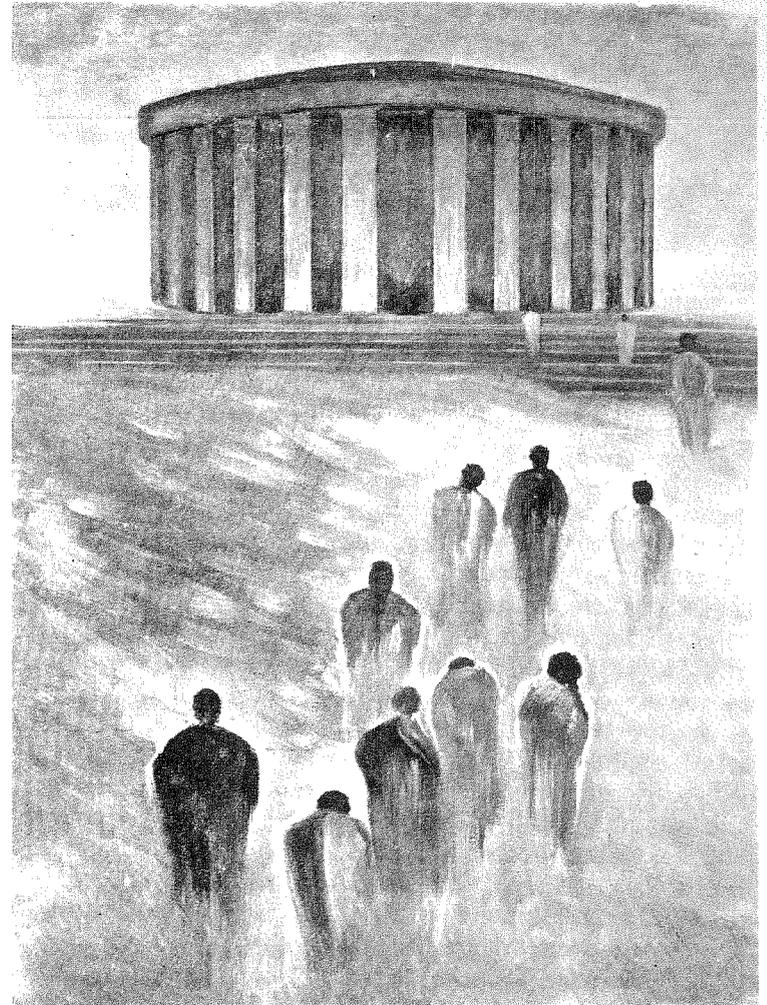
ISBN: 84-85.316-38-X
Depósito Legal: M.14.270-1980

INDICE

	<u>Página</u>
Prólogo	9
Prefacio a la Primera Edición Inglesa	13
Prefacio a la Segunda Edición Inglesa (Revisada)	17
Capítulo I: Introducción a la Alquimia	19
Capítulo II: La Circulación Menor	31
Capítulo III: El Elixir Herbal	41
Capítulo IV: Usos Medicinales	55
Capítulo V: Hierbas y Estrellas	61
Capítulo VI: Los Símbolos en la Alquimia	75
Capítulo VII: La Sabiduría de los Filósofos	85
Conclusión	127
Apéndice	149
Manifiesto Alquímico	153

ILUSTRACIONES

En el Camino hacia el Templo	8
Extractor Soxlet	43
Un laboratorio en el sótano	52
Un tren de destilación	52
Equipo esencial	53
Arbol de la Vida Qabalístico	74
Signos Alquímicos	77



PINTURA AL OLEO ORIGINAL QUE SE HALLA EN
LA SOCIEDAD DE INVESTIGACIONES PARACELSO

...de las brumas de la duda y la desesperación, emergen los doce tipos humanos simbólicos. En su caminar hacia el templo de la sabiduría, para recibir su iniciación en los misterios, están contemplando las nuevas responsabilidades que les aguardan. Es el comienzo de una nueva fase de vida eterna, es la entrada en el Sanctum Sanctorum Spiritii de los Alquimistas...

PROLOGO

Esta es la era de los libros de «cómo hacerlo». Hay uno sobre casi cualquier tema en el que puedas pensar. Puesto que suplen una variedad de necesidades, ellos han demostrado ser una dádiva. De ellos puedes aprender a pintar, coser, plantar un jardín de hierba, construir una barbacoa de ladrillo en el patio trasero, convertirte en decorador de interiores, y reponer los cables eléctricos de tu propio hogar. Casi cualquier tópico imaginable ha sido cubierto por estos libros. Así que si suponías que este Manual cae en esta categoría, acertaste —salvo por el simple hecho de que es mucho más.

La Alquimia ha ejercido durante siglos una extraña fascinación sobre la humanidad. El teorema filosófico subyacente era que, si la Voluntad Divina había actuado originalmente sobre la *prima materia*, para producir los metales preciosos y todo lo demás, ¿por qué no debería el alquimista —purificado en mente y cuerpo, y experto en las técnicas de laboratorio entonces conocidas— tratar de emular el mismo proceso natural, en un espacio de tiempo más corto? Sólo tiene uno que leerse una buena historia de la química, o repasar un poco de la vasta literatura alquímica, para percatarse de su tremenda seducción. Los hombres han dejado hogares y familias, desbaratado fortunas, incurrido en enfermedad y aflicciones, arriesgado el prestigio social y otras posiciones, en la búsqueda de las metas percibidas en el sueño alquímico —longevidad, salud perfecta, y la capacidad de transmutar los metales bajos en oro.

Uno no debe ser engañado aquí por las superficialidades. Los adeptos alquímicos eran hombres pacientemente dedicados y temerosos de Dios, que sostenían los más elevados ideales espirituales que puedan ser concebibles. Es una pena que muchos practicantes del arte no percibieran estas metas.

No hace mucho, un periodista escribió que la Sociedad de Investigaciones Paracelso (Paracelsus Research Society), que apadrina este Manual, ofrecía enseñar alquimia en dos semanas. ¿Cómo puede uno ser tan miope, o tan iliterato?

En el siglo catorce, Bonus de Ferrara habló de la Alquimia como «la clave de todas las cosas buenas, el Arte del Arte, la Ciencia de las Ciencias». No sólo estaba el alquimista comprometido en la purificación de los metales y la eliminación de la enfermedad y la aflicción de la raza humana, sino que afirmaba que la Alquimia, como Ciencia y Arte, proporcionaba tanto un medio para sintetizar todas las otras ciencias, como un entrenamiento de las facultades intelectuales y espirituales.

La fascinación que ha mantenido siempre la Alquimia sobre la humanidad ha sido manchada, seguramente, por el hecho de que raramente habían instituciones de aprendizaje donde los estudiantes prometedores pudieran estudiar el antiguo Arte; o donde pudieran ser aprendidos los métodos y técnicas apropiadas, como con las otras artes y ciencias. Sin duda, al modo de los misteriosos Rosacruces del siglo diecisiete, discípulos individuales eran seleccionados y entrenados por un maestro alquimista. Sabemos que tenían asistentes y aprendices —porque, ¿quién habría mantenido encendido el fuego en el horno, y lavado la interminable sucesión de utensilios de vidrio y arcilla, empleados en calcinar, separar y destilar? ¿Quién habría hecho todas las mil y una cosas serviles, que hoy se hacen tan fácilmente que apenas tenemos que pensar en ellas? Pero es problemático si estos asistentes eran animados alguna vez a aprender o adquirir las disciplinas y procedimientos requeridos.

En la vasta literatura sobre el asunto, no hay nada que no haya encontrado nunca que tan siquiera pretendiera demostrar los principios fundamentales. La alquimia tradi-

cional, con su énfasis en la piedad, el secreto y la alegoría, es decididamente obscura. A lo largo de los años, me he encontrado a muchos hombres que podían hablar un montón sobre alquimia, pero nunca surgió de ellos algo práctico. Ni fue ninguno voluntario de demostrar sus verdades básicas en un laboratorio, o sobre el hornillo de la cocina. Ni uno solo —hasta que encontré al autor de este manual, hace algunos años. Ni uno solo, hasta que leí la primera edición limitada de este Manual, que, literalmente, vale su peso en oro.

Incidentalmente, hace unos pocos años escribí algo en recomendación de este manual, expresando sin embargo crítica de su estilo literario, su forma de expresión, los innumerables errores tipográficos. Esto era tonto y arrogante. Porque incluso si, teóricamente, el libro estuviera escrito en el peor estilo posible, sería todavía una pieza maestra, única y genuina. Si no hubiera sido escrito y publicado, nosotros seríamos con mucho los perdedores. Enseña con claridad, simplicidad y exactitud, los métodos técnicos por los que puede realizarse la circulación menor. Debería ser una revelación para aquellos que no habían sido introducidos previamente a este método de tratar con las hierbas. Se dice que la Gran Obra es esencialmente una extensión del mismo proceso, las mismas técnicas, con la misma filosofía universal. Más de un alquimista de años pasados habría dado sus colmillos —o seguramente una pequeña fortuna— por esta información. Muchos podrían haberse ahorrado desastre y destrucción si hubiesen estado familiarizados con los datos contenidos en este Manual.

Las descripciones de los procesos alquímicos no se entienden rápidamente en términos de química moderna. No quiere esto decir que algún entrenamiento formal en la química de la escuela superior, o primer año de universidad, no sería útil. Al menos habría proporcionado la destreza para usar el equipo utilizado también en alquimia. Pero incluso si fuera posible traducir un sistema en la terminología del otro, los alquimistas estarían cazados por el temor de revelar demasiado, demasiado fácilmente, o demasiado pronto —abriendo así el camino al abuso. El hombre moderno se ha demostrado a sí mismo que es un adepto en el arte de abusar de la naturaleza, como lo ha

indicado todo nuestro énfasis corriente en la ecología y la polución del ambiente. Así que hay una justificación considerable para sus dudas, y por el modo alegórico de expresión que han escogido deliberadamente.

Pero no decepcionaros. Pese a lo simplemente que está escrito este libro, la alquimia es una dura obra magistral. Exige servicio paciente y laborioso. No hay un sendero simple o fácil hacia la Gran Obra. Requiere gran dedicación de propósito, sinceridad, y la voluntad de proseguir este sendero hasta el amargo final —sin importar el coste.

Uno de los alquimistas más antiguos declaró que el proceso fundamental es tan simple que incluso las mujeres y los niños podrían realizarlo. ¡Puede ser! Sólo cuando uno ha llegado a la otra orilla, por así decirlo, puede realizar (*) que «excepto que os hagáis como niños, no entraréis al reino de los cielos». Mientras tanto, el conseguir el niño simple como estado capaz de alcanzar las metas de la alquimia, requiere esfuerzo, trabajo y oración —o sus equivalentes. No han sido bendecidos muchos con la estructura genética o psicológica, o la perseverancia, o la gracia de Dios especiales para encontrarlo.

Pero si realmente deseáis aprender los principios básicos de la alquimia práctica, aquí están ellos, en este maravilloso pequeño Manual. No hay otro libro que yo haya encontrado nunca, en todos mis largos años en este movimiento, que sea siquiera una fracción tan claro o tan útil. Hace cuarenta años, lo hubiera encontrado mucho más intrigante o iluminador que el pesado y ponderoso tomo de Mrs. Atwood (**), en el que ejercí mis muelas del juicio.

Estúdialo —y trabaja los procesos descritos. La Práctica es mucho más recompensante e iluminadora que una estéril «excursión mental». *Ora et labore*. Reza y trabaja —pero trabaja. Sin esto no puedes ni siquiera comenzar. Y este libro describe cómo ir al trabajo, y con qué.

ISRAEL REGARDIE

(*) N. del T.: Usamos aquí el término *realizar* en el sentido de caer en la cuenta (por una expansión de conciencia).

(**) N. del T.: Mary J. Atwood, *A suggestive enquiry into the hermetic mystery*.

PREFACIO A LA PRIMERA EDICION INGLESA

Este pequeño volumen ha sido preparado bajo grandes dificultades debido al inmenso alcance del asunto y a la necesidad consecuente de abreviar mucho material valioso. Y sin embargo, es casi imposible condensar esta representación del conocimiento arcano sin correr el riesgo de causar una gran confusión en la mente del lector.

Para el neófito en el sendero, la Alquimia representa sin duda una gran búsqueda. Para ayudar a facilitarle en algún modo el comienzo de su estudio, los contenidos de este libro —en la opinión del autor— representan una ayuda en la forma de un perfil esencial, y sin embargo simple, para la prosecución de la alquimia práctica de laboratorio.

Cualquiera que no pueda comprender lo que sigue, no tiene otra alternativa que olvidar toda la materia por el tiempo presente.

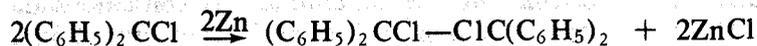
Siento la repulsa que me espera de los estudiantes de las ciencias abstractas, y su acusación de empiricismo por presentar este trabajo. Sin embargo, esto no justifica una apología por mi parte de lo que ha sido manifestado en estas páginas. Representa una convicción honesta, basada en la experimentación práctica en un laboratorio de universidad, así como en ensayos e investigaciones extensos en mi laboratorio privado, fundados originalmente en la firme creencia de la verdad que se ha de descubrir en las enseñanzas ocultas de Basilio Valentín y de los autores de *Collectanea Chemica*.

El anuncio de la era atómica debería haber hecho que fuese relativamente fácil dejar a un lado algunos de los

prejuicios que fueron mantenidos previamente; sin embargo, son sostenidos todavía parcialmente por un criterio incongruente.

¿Por qué es tan irracional suponer —arrojando a un lado el abrumador porcentaje de charlatanes e impostores que se llamaban a sí mismos Alquimistas— que hombres tales como Paracelso y Valentín dijeron la verdad sobre sus descubrimientos? ¿Es por lo que parece ser una terminología absurda entremezclada con simbolismo metafísico?

Suponed entonces que esto represente uno de los argumentos principales. Un «León Rojo» o una «Cola de Pavo Real» se convierten por lo tanto en un imposible sin sentido infantil, por la simple razón de que, en la terminología técnica corriente, combinaciones de palabras tales como «dicloruro de tetrafenil etileno» (1) son expresiones standard en el mundo de la ciencia. Las combinaciones similares de letras y números no son un rompecabezas para uno iniciado en las maravillas de la química. Cuando un término tal como «dicloruro de tetrafenil etileno» se expresa por medio de sus símbolos químicos como:



esto tiene sentido para el químico. Sin embargo, para el lego representa sólo un arrebato de letras y números, sin pies ni cabeza. La terminología química tampoco le transmite significado alguno.

Valentín, que comparte con Paracelso la fama como Padre de la Química y de la Medicina Modernas, escribe sobre sí mismo: «Aunque tengo un peculiar estilo de escribir que les parecerá extraño a muchos, causando extraños pensamientos y fantasías en sus cerebros, hay sin embargo una razón suficiente para que lo haga así; digo lo que puedo mantener por mi propia experiencia, no estimando mucho la cháchara de otros, porque se halla escondido en mi conocimiento, teniendo siempre la preeminencia el ver sobre el oír, y teniendo la alabanza antes la razón que la necesidad.»

(1) Uno de los derivados halogenados aromáticos.

Para el científico esto puede oler demasiado a empirismo, y será descartado por él con descrédito.

¿Es realmente tan irracional aceptar el simbolismo y las combinaciones de palabras de los Alquimistas de la Edad Media en la misma luz en que damos ahora por supuestos los asertos de la ciencia?

Lo anterior merece una respuesta honesta.

Las páginas siguientes si mi hipótesis se hiciese evidente al lector, pueden representar un intento de mantener ardiendo la llama en estos tiempos de obscuridad estigiana. Hace siglos, esta llama fue encendida por Alquimistas cuyos nombres serán honrados finalmente por los niños de aquellos que ahora están haciendo esfuerzos vanos por ridiculizarlos.

Se anticipa que este manual no verá una edición enormemente grade, puesto que sólo unos pocos podrán desear poseer una obra sobre un sujeto que ha caído en tan mala reputación. Sin embargo, aquellos que hayan tratado por algún tiempo de empezar la experimentación en sus laboratorios, a fin de descubrir si hay realmente una verdad que encontrar en la Alquimia, hallarán en sus contenidos una ayuda bienvenida y tal vez útil. No hay ninguna duda en la mente del autor de que estudiantes serios y preparados podrán efectuar lo que se manifiesta en estas páginas.

Han pasado muchos años desde la escritura del presente manuscrito. Tras la debida deliberación, se ha considerado que es tiempo ahora de dárselo al impresor de modo que otros puedan beneficiarse de él.

Pueda ser lo que su título indica, a saber: un manual para los novicios alquimistas.

Con Paz profunda
FRATER ALBERTUS

Salt Lake City, Utah, U. S. A.
6 mayo 1960

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICION INGLESA (REVISADA)

Es con gracias que doy mi reconocimiento a Stanley Hurbert y Percy Robert Bremer, estudiantes ambos de la Sociedad de Investigaciones Paracelso, por sus esfuerzos para revisar la primera edición de «El Manual del Alquimista». Su ayuda en esta segunda edición es muy apreciada, puesto que la primera aparición del libro estaba llena de errores tipográficos y gramaticales. Fueron leídas las pruebas finales, pero no se hicieron las correcciones antes de ir a la prensa. Ahora han sido corregidos estos errores.

Es de esperar que, siguiendo cuidadosamente las instrucciones, los resultados prácticos que puedan ser obtenidos demostrarán ser de ayuda para los estudiantes serios de la Alquimia, con manifestaciones visibles en el laboratorio. Que tales resultados son obtenibles está más allá de toda cuestión, como pueden testificarlo un gran número de estudiantes que han estudiado alquimia práctica con la Sociedad de Investigaciones Paracelso. Esto se aplica no sólo a la Obra Menor con plantas, sino también a los minerales y a los metales.

Más de una década de trabajo práctico de laboratorio enseñado abiertamente, sin ningún manto secreto o algún juramento de silencio, debería ser la prueba de la validez de este trabajo.

FRATER ALBERTUS

Capítulo I

INTRODUCCION A LA ALQUIMIA

¿Qué es la Alquimia? Esta es la primera y más vital cuestión a responder antes de que se lleve a cabo un estudio de las páginas siguientes. Esta pregunta puede ser respondida a satisfacción de la mente inquisitiva, pero todo hojear descuidado a lo largo de este libro resultará sin provecho. Si el lector no tiene conocimiento previo de la Alquimia, y, más aún, si no tiene conocimiento a través de un estudio concienzudo relativo al misticismo, el ocultismo o materias relacionadas, la contestación a la pregunta de arriba tendrá poco significado para él. Entonces, ¿qué es la Alquimia? Es la «elevación de las vibraciones».

Por esta razón es sabio no tratar de experimentar con los esbozos de laboratorio que siguen. Estos experimentos son sólo para aquellos que han empleado un tiempo considerable en la investigación espagírica, y que se han probado a sí mismos que ha prevalecido un empeño honesto, y que el mismo empeño motiva todavía su verdadera búsqueda del Arcano supremo, la lapis philosophorum. Como todos los estudiantes de la literatura alquímica han llegado a realizar que el proceso exacto para el opus magnum nunca ha sido revelado completamente en lenguaje simple o impreso, apreciarán el hecho de que aquí se dé una descripción detallada de la circulación menor.

En Alquimia hay circulaciones menor y mayor. La primera pertenece al reino vegetal, y la última al más codicia-

do de todos, el reino mineral (metálico). Un entendimiento correcto (y no sólo un conocimiento) del proceso herbal, abrirá la puerta al gran Arcano. Meses y años de experimentación en tu laboratorio alquímico probarán la verdad de esta afirmación. El hecho de que la Alquimia es la obra de toda una vida, será aceptado por aquellos que han empleado meses y años detrás de libros y retortas. Este hecho significativo es el que proporciona a nuestro arte espagírico una armadura tal que ningún materialista puede atravesarla. Si no fuera por la limpieza, purga y envejecimiento del futuro alquimista durante un gran período de tiempo, como el sujeto con el que está trabajando, ¿cómo podría ser apartado del profano y del indigno? Sólo aquél que ha soportado la prueba del fuego ha sido purificado. Que hay todavía un manto de secreto cubriendo los procesos alquímicos, y que éste debe permanecer aún, tendrá que ser aceptado por todos los aspirantes alquimistas. Pues la codicia personal no tiene ningún lugar en la Alquimia. La meta de todos los adeptos verdaderos es ayudar a aliviar a una humanidad sufriente en su miseria física y espiritual. Una no aceptación de esto le excluye a uno automáticamente del círculo de los Adeptos.

Mis amigos de la profesión médica, así como los químicos farmacéuticos, disientirán rápidamente conmigo cuando lean lo que sigue. Esto debe darse por supuesto, y de hecho, ha sido así desde el momento en que lo que aquí se presenta es muy ajeno a las enseñanzas standard de los colegios médicos del presente día. Puesto que coincido con ellos, en sus términos, es honrado pedir que ellos piensen en los contenidos de este libro en los términos de un alquimista. Si esto es imposible, el libro debería ser dejado de lado por el momento, y olvidado hasta que pueda ser examinado por una mente abierta libre de prejuicios.

No se ha hecho aquí ningún intento de escribir sobre terapéuticas alopáticas. Esto deberá ser dejado a aquellos versados en esta particular rama de la curación. Estoy escribiendo aquí sobre Alquimia por los años de estudio y experimentos que han precedido a este libro, y por el trabajo que con toda probabilidad continuará. Puesto que el alcance de la Alquimia es inmenso, una encarnación terrestre en muchos, si no en la mayoría de los casos, es

un tiempo insuficiente para la culminación de la obra. Al trepar por la escala del alquimista hay muchas tribulaciones que considerar, comprendiendo tiempo, dinero, ataques cardíacos —por mencionar sólo algunos de los escalones difíciles. El aspirante debería por tanto pensárselo largo y bien antes de acometer tan dura empresa, porque si no está preparado todo resultará infructuoso.

El proceso, tanto en la circulación menor como en la mayor, no es básicamente caro. De hecho, es relativamente insignificante. Pero antes de que pueda alcanzarse este estado se podrá (y muy probablemente se hará) gastar mucho dinero, tiempo y esfuerzo. Es por esta razón que se hace una apelación urgente a no aventurarse atolondradamente en la Alquimia, ni verse a uno mismo sentado en perfecta salud personal al final de un arco iris, con el mundo a los pies, y con marmitas llenas de oro reluciente. Estas son sólo ilusiones, y probarán no ser más que «fata morgana» sensacional e ilusoria; ellas no satisfarán al alma. Hay algo más que ganar con la Alquimia que la vanagloria. Esta, de hecho, no puede ser obtenida con la Alquimia. Tal vanagloria se halla tan lejos de los verdaderos fines de la Alquimia, como la noche lo está del día. Esto nos devuelve al aserto simple hecho al comienzo de este capítulo: «La Alquimia es la elevación de las vibraciones». Aquél que no vea un significado en esta frase, aparentemente sin importancia, no tiene derecho a intentar la experimentación alquímica. Tal persona es como uno que proclama que, puesto que conoce todas las letras del alfabeto, puede por consiguiente leer cualquier lengua, pues todas están compuestas por letras del mismo alfabeto. Pero ¿lee él con entendimiento cuando las letras están intercambiadas, formando palabras en lenguas diferentes? Un químico puede conocer todas las fórmulas y todas las abreviaturas de la terminología química, pero ¿entiende también lo que son realmente, su verdadero origen, su primer estado? Dejaremos esto a aquellos a quienes les incumbe responder. Si todos los asertos anteriores no desaniman al aspirante y le hacen cerrar el libro y apartarlo con disgusto, entonces tal vez le ayudará a encontrarse a sí mismo en este universo, y a dar paz y contento a su alma. La filosofía hermética, con su arcano práctico, se repite a

sí misma una y otra vez como el antiguo axioma: «Como es arriba es abajo. Como es abajo es arriba».

Es cuestionable si las referencias históricas a alquimistas del pasado tienen un lugar en estas páginas. Ha habido ya muchos libros publicados que han hecho su negocio en elaborar la historia y el romance de la Alquimia. Por esta razón, no se hace aquí intento alguno de añadir al tesoro de material biográfico suplido por tales libros. Nuestro énfasis cae más bien sobre la experimentación alquímica del presente día, conducida de acuerdo con prácticas viejísimas. Nuestra meta en estas páginas es intentar demostrar y revelar la verdad de la Alquimia, en lenguaje contemporáneo, mientras permanecemos aún en armonía con antiguas reglas y rituales, de acuerdo con el Juramento Alquímico. La práctica de la Alquimia, no sólo en tiempos primitivos sino en nuestros propios días, debería ser emprendida con la mayor solemnidad. Esto puede ser ilustrado mejor por el siguiente juramento del *Theatrum Chemicum Britannicum* (Londres, 1652). Este juramento, en una forma sólo ligeramente modificada, es usado todavía por los Adeptos del presente:

«Estarás mañana conmigo contento,
Fielmente de recibir el Sacramento bendito,
Sobre este Juramento que te oiré decir;
Pues ni por el Oro ni por la Plata mientras vivas,
Ni por el amor que tienes hacia tu Familia,
Ni siquiera a gran Hombre alguno preferible a las
riquezas;

Le descubrirás el secreto que te enseñaré,
Ni por escrito ni por habla repentina;
Sino sólo a aquél del cual estés seguro
Que ha buscado siempre los secretos de la Naturaleza;
A él puedes revelar los secretos de este Arte,
Bajo el ropaje de la Filosofía, antes de partir de este
mundo.»

Antes o después, la mayoría de los estudiantes experimentan el deseo de encontrar un Adepto a fin de convertirse en su pupilo o discípulo. Pero no importa cuán sincero sea ese deseo, es fútil para el estudiante tratar de

localizar a un instructor versado en el Gran Arcano. «Cuando el pupilo esté preparado, el Maestro aparecerá.» Este antiguo precepto aún se mantiene verdadero. Uno puede buscar, puede aspirar, puede trabajar y estudiar duramente hasta altas horas de la madrugada, y no será evidencia sin embargo de que él o ella conseguirá alguna vez esa joya sin precio: el Gran Arcano. Porque se necesita algo más que el mero estudio. Un corazón honesto, un corazón limpio, un corazón verdadero, un corazón benevolente y contrito, consiguen más de lo que podría hacerlo todo el aprendizaje de libros. Sin embargo, extrañamente, el aprendizaje debe acompañar a las virtudes recién citadas. Sin un conocimiento y un entendimiento de las leyes naturales y sus correspondientes paralelos espirituales, ninguno puede ser llamado verdaderamente Alquimista o Sabio.

No estoy intentando defender la Alquimia. No necesita defensa. Estoy advocando la verdad en la Alquimia porque es una experiencia de las más maravillosas el llegar a una realización. ¡Experimentar! ¡Realizar! Haber encontrado «la luz que brillaba en las tinieblas».

Todo lo anterior puede parecer muy descorazonador. Quizá una duda pesada pueda cargar sobre el corazón del amante de la Investigación Alquímica. Cualquiera que sea la causa, o cualquier que sean sus efectos, se halla conexas a ella una tremenda responsabilidad. Aquél que ha leído sobre las vidas de los Alquimistas habrá encontrado que muy a menudo tuvieron que pasar muchos años antes de que su meta fuese alcanzada. No todos fueron tan afortunados como Eireneaus Philalethes, quien escribe que en su 23º año fue conseguida esa gran bendición en la forma de la *lapis philosophorum*. Muchos tuvieron que esperar a otra encarnación antes de probar ser dignos y aptos para recibirla. Pero si se ponen a un lado todas las dudas, y si ha crecido una Creencia firme en una Fé fuerte, entonces ese momento acelerador que produce el conocimiento le ayudará a uno finalmente a llegar a «Entender», a «Realizar» la unicidad del Universo, el secreto detrás de la Creación, y el desenvolvimiento de la conciencia cósmica.

Esto nos lleva a interrogantes naturales: «¿cuál es el secreto de la creación? ¿Qué es lo que constituye la fuerza

de la vida?» Estas preguntas deben ser respondidas antes de que el futuro Alquimista pueda efectuar algo en su laboratorio.

Puesto que todo lo que crece viene de una semilla, el fruto debe estar contenido en su semilla. Notad esto bien, porque aquí yace el secreto de la creación. El desarrollo del espécimen es, como se dijo antes, la elevación de las vibraciones. Hierbas, animales, así como minerales y metales, crecen a partir de una semilla. Entender este secreto de la naturaleza, que generalmente sólo es revelado parcialmente a la humanidad, constituye el asunto teórico principal de la Alquimia. Una vez que se conoce esto, sólo es necesario el entendimiento apropiado a fin de obtener resultados en el brote o desarrollo del espécimen, lo que no es otra cosa que la transmutación. Si podemos ayudar a la naturaleza en su meta última, la de llevar sus productos a la perfección, estamos en armonía con sus leyes. La naturaleza no se resiente de un esfuerzo artificial o de un cortocircuito, para llevar a cabo la perfección. Para ilustrar esto: la semilla de un tomate puede ponerse en el suelo a finales de otoño. La nieve y el hielo pueden cubrirla durante el invierno. Pero ninguna tomatera crecerá durante este tiempo en el exterior a temperaturas congelantes. Sin embargo, si se planta la misma semilla adentro, donde se proporcionan el calor y la humedad suficientes, y si se pone en la matriz apropiada, crecerá hasta ser una planta y llevará fruto. Esto no es contrario a la naturaleza. Está en armonía con las leyes naturales. Pues fuego (calor), agua, aire y tierra, son todo lo necesario para hacer que una semilla crezca y dé su fruto predestinado. La fuerza vital no se origina en el fuego, la tierra, el aire y el agua. Esta fuerza vital es una esencia separada que llena el universo. Esta esencia, o quintaesencia, es el objeto verdaderamente importante que busca el alquimista. Es el quinto de los cuatro: fuego, agua, aire y tierra, y es el más importante para que el alquimista lo encuentre y después lo separe. Después de que ha tenido lugar esa separación, la respuesta a lo que yace detrás del secreto de la creación se manifestará entonces parcialmente en la forma de un vapor denso semejante a humo, que se condensa, después de pasar por el tubo refrigerante, en una sustancia seme-

jante al agua, de un color amarillento, que lleva consigo algo aceitoso que da la tintura al agua extraída. Esta sustancia oleosa, o Azufre alquímico, es tan esencial para las preparaciones alquímicas como la Sal y la Esencia. No deseo ir más lejos en este punto pues esto será tratado luego más explícitamente.

A lo largo de este libro puede encontrarse una repetición de ciertas frases y sentencias. Esto no es arbitrario; han sido insertadas a propósito a fin de recalcar más fuertemente ciertos puntos importantes. Mucho de lo que está escrito aquí debe releerse muchas veces a fin de levantar el velo. Esto sólo puede ser llevado a cabo individualmente por cada estudiante. Lo que sigue se descubrirá cuando tenga lugar la experimentación práctica en el laboratorio.

Ahora al laboratorio del alquimista. Este toma generalmente un colorido siniestro al correr loca la imaginación. Incluso hoy en día, la gente llamada religiosa está inclinada a discutir la Alquimia en susurros más bien suaves porque, así lo afirman, es obra del diablo. La ignorancia es bendición para algunos, y ninguno tiene el derecho a quitar a otro u otra de su gloria. Debemos ignorar a aquellos que tienen escrúpulos religiosos contra la Alquimia puesto que no intentamos convertir a nadie. La meta aquí establecida es ayudar al aspirante alquímico en su laborioso camino. Este camino comienza en el laboratorio. Todo en el laboratorio gira alrededor del fuego, o su emanación: el calor. El resto está compuesto de unos pocos frascos, un refrigerante, y alguna ingenuidad. Suena más bien simple, y es así realmente. ¿Qué pasa con todos los otros instrumentos que alborotan el laboratorio de un alquimista, como las pinturas podrían hacernos creer? Así como un artista necesita sólo de lienzos, pinturas y pinceles para pintar un cuadro, pero puede añadir un número indefinido de otros objetos relacionados a su estudio, así el alquimista puede añadir otro equipo relacionado según lo vea conveniente. Sin duda que va a experimentar y sondear más profundamente en los misterios, para abrir uno detrás de otro. Una vez que el alma tiene hambre y sed de la verdad y por el desenvolvimiento de las leyes de la

naturaleza, no hay un final para su búsqueda hasta que lo último ha sido alcanzado.

¿Dónde debería situarse un laboratorio? ¿Cómo puede uno practicar Alquimia en una ciudad populosa? Tales cuestiones deberán ser respondidas individualmente por cada estudiante. Un rincón en un ático o un lugar en el sótano, son suficientes mientras haya disponible una fuente continua de calor. Aquel que desee practicar nuestro trabajo espagírico tendrá que hacer todo el trabajo por sí mismo. ¡Qué afortunado! ¿De qué otro modo podría ser? ¿De qué otro modo podría uno apreciar la experiencia si no llega al punto crucial de conocimiento por sus propios esfuerzos individuales? Ha sido dicho ya lo suficiente sobre las privaciones y desagradados que indudablemente se encontrarán. Si el estudiante, a pesar de estas dificultades, desea todavía atravesar los portales del templo santo del espagirista, encontrará una bienvenida guía en las páginas siguientes. Estas desarrollan, en lenguaje simple, el proceso de la circulación menor.

Aquellos que esperan una descripción completa, en lenguaje similar, del Gran Arcano, esperarán en vano. No puede darse. No es permisible. Pero —y esto es de la mayor importancia— aquél que pueda conseguir en su laboratorio lo que las páginas siguientes presentan a modo de instrucción, podrá seguramente conseguir el Gran Arcano, *si está preparado*. La preparación puede tomar años, o incluso décadas. No puede establecerse ningún tiempo límite. Algunos tienen una tendencia natural o heredada, o dote, para ahondar en los misterios. Algunos no pueden si quiera entrar nunca. El «porqué» de esto no tiene lugar aquí. Pero a aquellos que están preparados para recorrer el camino real de la Alquimia, yo les digo, «¡Paciencia! ¡Paciencia! Vive y piensa limpia y caritativamente, y mora siempre en la verdad —aquello que tú honestamente consideras y crees que es la verdad.» Un neófito así no puede fallar. Recuerda, «Busca y encontrarás; llama y se te abra.»

La sabiduría de los Filósofos representa una culminación de todo aquello que es esencial que los hombres tengan fé en, conocimiento de, y entendimiento sobre. Aquél que ha alcanzado tal estado de iluminación se halla,

desde luego, en armonía con el universo y en paz con el mundo. Para alcanzar esta meta de iluminación, la lucha en esta concha mundana no necesita ser de naturaleza violenta, como algunos quisieran hacernos creer; más bien debería ser una alerta constante a las posibilidades que nos confrontan en nuestras vidas diarias, para elevar nuestro mundo del pensamiento sobre el tráfigo de esta vida de cada día, y encontrar finalmente la paz dentro de nosotros. Si uno no ha pasado por la alquimia del ser interior, o Alquimia trascendental como ha sido llamada, encontrará extremadamente difícil obtener resultados en su experimentación práctica de laboratorio. Puede producir cosas de las que no conoce nada al respecto, pasándolas consecuentemente por encima como si no tuvieran valor. No es suficiente sólo con conocer; es el entendimiento el que corona nuestro trabajo. Es aquí donde la sabiduría de los Filósofos y Adeptos ayuda a traer una comprensión dentro del individuo respecto a aquello que conoce pero que no entiende.

En la Alquimia sólo hay un camino que conduzca a resultados. El aspirante debe mostrar su conocimiento y su preparación suficientes. Esta preparación se extiende sobre muchos y variados asuntos, pero incumbe sobre todo a la búsqueda de la verdad. El estado viviente, despierto, o consciente, debe ser inmerso en la veracidad que habla en cada palabra y en cada acción. Debe haber un amor por la humanidad que no conozca pasión, una prontitud a compartir alegremente las confiadas posesiones de unos con otros, y una voluntad de poner las necesidades de la humanidad sobre los deseos personales. Uno debe adquirir primero todas estas virtudes. Sólo entonces empezará a tener sentido la sabiduría de los Filósofos y Adeptos. Entonces la Naturaleza se convertirá en una compañera deseosa de servirnos. El mundo, como realizaremos entonces, empieza a tomar forma y contorno, mientras que antes nos envolvía en una bruma que nuestra visión no podía penetrar. Llegaremos a conocer a Dios. La iluminación encenderá toda nuestra vida. Cesará de ser una mera lucha por la existencia porque lo Divino habrá entrado en nuestros corazones. La paz profunda morará en el interior y nos rodeará en medio de la barahunda y la

contienda. Esto es lo que la sabiduría de los Filósofos nos ayudará a alcanzar. Pero sólo nuestra propia preparación y nuestra vida adecuada nos permitirán obtenerlo. Debemos hacer el trabajo por nosotros mismos, porque nadie puede hacerlo por nosotros. Empezaremos a realizar que nada es por más tiempo tan individualista como parecía antes. *Nosotros* es el término en el que pensaremos. *Nosotros*, Dios y yo, humanidad y yo, se entrelazan, El «yo» pierde su significado; se sumerge en el Todo Cósmico. «Yo» se convierte en muchos, como una parte de muchos que tienen su fin en uno. La individualidad, aunque todavía existe, se convierte en la «individualidad total». A partir de aquí empezamos a realizar que el «yo» es sólo un segmento de la Divinidad, una entidad en sí mismo, pero no el ser verdadero, aquello que es el Todo, la Divinidad. Los sabios, Filósofos, Adeptos, o cualesquiera nombres que podamos darles, aunque han sido iluminados, se encuentran en el mismo plano. Ellos han ascendido a la cima de la montaña. Suya es la maestría sobre el mundo de abajo. Pueden ver lo que ocurre abajo, y lo que ocurrirá, por su visión de largo alcance. Aquellos que están en el valle, retorciéndose y volviéndose y buscando detrás de los obstáculos, están demasiado cerca del modelo de los acontecimientos para poder verlo. Los Filósofos leen en la Naturaleza como en un libro abierto, impreso en tipos claros, cuyas frases comprenden enteramente.

Los escritos que nos han dejado los Filósofos son típicos por la correspondencia de sus pensamientos y explicaciones. Todos coinciden uno con el otro. Sólo el no iniciado cree que detecta inconsistencias y contradicciones aparentes debido a una carencia de comprensión. Ejemplares en su precisión y profundidad son los siete puntos que tratan de conceptos Rosacruces, tal como son dados durante una lectura extracurricular a estudiantes de la Universidad Rose Croix por el difunto eminente Soberano Gran Maestro de esa Orden, Thor Kiimaetho (Thor Kiimaetho concedió al autor permiso para citar de «Los Conceptos Rosacruces Básicos»). Lo que sigue está citado de su lectura, «Los Conceptos Rosacruces Básicos»:

«1. El origen del Universo es Divino. El Universo es una manifestación de, y una emanación a partir de, el Ser

Cósmico Absoluto. Todas las manifestaciones de vida son centros de conciencia y expresiones de la Vida Unica, dentro del armazón de sus limitaciones materiales. No hay más que Una Vida en el Universo —la Vida Universal. Satura y llena todas las formas, contornos y manifestaciones de la vida.

2. El alma es una chispa de la conciencia divina del Universo. Así como una gota de agua es parte del océano y de todo el agua, así el alma que se manifiesta en expresión material es una parte del Alma Unica del Universo. En el ser humano desarrolla la personalidad y la expresión individual.

3. La fuerza del alma posee potencialmente los poderes del principio divino que trabaja en el universo. La función de la vida en la tierra es proporcionar la oportunidad de desarrollar estas potencialidades en la personalidad. Puesto que una encarnación en la tierra no podría posiblemente ser suficiente, la personalidad debe volver de nuevo, una y otra vez, a fin de conseguir el máximo desarrollo.

4. La ley moral es una de las leyes básicas del universo. Es llamada igualmente el principio del Karma, el resultado de causa y efecto, o acción y reacción. No hay nada vindicativo en este principio. Trabaja impersonalmente, como cualquier ley de la naturaleza. Así como el fruto se halla contenido en la semilla, así las consecuencias son inherentes al acto. Este principio guía el destino, tanto de los hombres como de las naciones. El conocimiento de este principio da al hombre el poder de controlar su propio destino.

5. La vida tiene un propósito. La vida no es un sentimiento. La felicidad es una cosa muy real, y es un producto resultante del conocimiento, la acción, y el vivir.

6. El hombre tiene elección libre. Tiene tremendos poderes, tanto para el bien como para el mal, dependiendo de sus realizaciones conscientes.

7. Puesto que el alma individual es parte del alma universal, el hombre tiene acceso a poderes que desconoce, pero que el trabajo, el conocimiento y la experiencia, le revelarán gradualmente.»

Los filósofos herméticos han enseñado los mismos fun-

damentos, así como lo hará los filósofos del futuro, porque aquello que constituye la verdad seguirá siendo verdad. No puede ser cambiado. Pero las teorías de los hombres y sus opiniones, que son tomadas incorrectamente por algunos como la verdad, están sujetas a cambio. El que uno se llame a sí mismo filósofo no le hace necesariamente tal. Sólo es filósofo el que tiene un amor sincero por la sabiduría que se manifiesta universalmente, y se esfuerza por aplicarla a su vida diaria. La Sabiduría se adquiere a través de un vivir recto. Es entendimiento aplicado. La adquisición de un grado de Doctor en Filosofía tal como se confiere a los graduados en instituciones de enseñanza superior, no le hace a uno filósofo pese a que aquellos que están en posesión de ese grado puedan creerse en su derecho a tal título.

Estar familiarizados con la historia de la filosofía, las vidas y enseñanzas de los llamados filósofos, es sólo un estudio y conocimiento de sus conceptos universales y de lo que se ha derivado de ellos. Ser filósofo, por consiguiente, significa entender y vivir de acuerdo con ese entendimiento, sabiendo bien que sólo dando sin recelo y sin egoísmo se justificará nuestra creencia en la humanidad. Sólo cuando esto haya sido realizado, la Alquimia se convertirá en algo real. La transmutación siempre tiene lugar en un plano superior, y en el mundo físico uno no puede apegarse a las leyes o violarlas sin producir manifestaciones kármicas. El karma beneficioso, si es permisible usar tal término porque el karma es imparcial, se origina por la aplicación armoniosa de las leyes naturales. Hay que adherirse a estas leyes naturales si, de acuerdo con resultados predestinados, deseamos obtener lo que la naturaleza ha decretado.

Si lo anterior, incluso en forma muy condensada, ha tenido algún sentido para el estudiante de Alquimia, debe ser evidente entonces porqué esa gema alquímica que todos los alquimistas desean producir, ha sido llamada la *Piedra Filosofal*. Cuán a menudo usamos palabras y no les asignamos ningún significado, sólo porque fallamos en comprenderlas.

Capítulo II

LA CIRCULACION MENOR

Es difícil entender la terminología alquímica. El novicio sin la preparación mental y espiritual apropiadas interpreta usualmente los símbolos espagíricos a su modo, empezando por eso un laborioso camino de concepción equivocada que sólo pueden remediarlo años de experiencia dolorosa. Puede decirse con seguridad, y la experiencia ha enseñado que es así, que todos los principiantes en Alquimia tienen puestas sus mentes en obtener la Piedra Filosofal. Aun cuando esta meta pudiera estar justificada, sin embargo, sin la preparación apropiada, es usualmente abandonada pronto, cuando después de un tiempo de experimentación relativamente corto no se hacen manifiestos los resultados. Entonces la Alquimia es condenada, llamada un fraude, o se la dan nombres similares, y mientras tanto estudiantes serios, debido a la falta de preparación apropiada, rebajan el verdadero valor de aquello que no entienden.

En este capítulo de experimentación práctica alquímica de laboratorio el principiante será *instruido pacientemente* sobre el modo de obtener las verdaderas tinturas, extractos y sales vegetales. Como notará el lector, se ha enfatizado lo de «instruido pacientemente». Puede venir bien comenzar esta instrucción enfrentando al neófito con el primer requisito en la práctica alquímica de laboratorio, a saber: la **PACIENCIA**. Esta palabra debería ser pintada en letras

grandes, y colgar entonces sobre el Atañor (1) del alquimista. Es incomprendible que alguien pueda conseguir algo en la alquimia de laboratorio sin la mayor de las paciencias. Más adelante, la experiencia personal le permitirá al principiante llegar a una realización completa de este importante aserto. Si por lo tanto el Neófito se cree a sí mismo suficientemente dotado con esta virtud, yo le abriré muy gustoso la puerta de mi laboratorio, y guiaré al estudiante diligente en su ojo mental a través de los varios procesos que son necesarios para obtener los resultados deseados.

Para empezar, la selección de hierbas para propósitos medicinales debe ser conocida del aspirante. Esto significa un buen entendimiento de las hierbas y de sus usos.

Cómo recolectar y preparar las plantas

Las diferentes partes de las plantas deben ser recolectadas cuando sus jugos peculiares son más abundantes en ellas.

Cortezas

Las cortezas de tronco, ramas o raíces, deben ser peladas de árboles jóvenes en otoño o a comienzos de la primavera. Después de afeitar la porción externa de la corteza, cortadla finamente, y situadla en una buena posición a la sombra para que se seque.

Raíces

Estas deberían ser sacadas después de que las hojas hayan muerto en el otoño, momento en el que toda la fuerza se ha bajado a la raíz. Pero mejor aún, es arrancarlas al comienzo de la primavera antes de que suba la savia.

Semillas y Flores

Las semillas y las flores, sólo deberían ser recolectadas después de que están completamente maduras y en

(1) Esta palabra fue usada por Paracelso para designar el horno en el que se mantenía encendido el fuego.

completa floración, respectivamente. Entonces deberían ser secadas rápidamente a la sombra.

Hojas

Las hojas deberían ser recogidas mientras la planta está en flor. Secad rápidamente.

Frutos y Bayas

Estos deberían ser cogidos cuando están completamente maduros. Secad rápidamente.

Plantas Medicinales

Para obtener los mejores resultados éstas deberían ser tomadas mientras florecen, pero pueden ser recolectadas en cualquier momento antes de que lleguen las heladas. Secad rápidamente a la sombra (2).

Uno de los mejores métodos para secar hierbas es extenderlas sobre papel limpio, preferiblemente en el suelo, sobre el que pueda pasar una corriente constante de aire fresco.

Las hierbas, o las medicinas vegetales, deberían ser guardadas en un lugar oscuro y seco. Los botes de hojalata han de preferirse a otros contenedores para almacenar polvos. Las raíces se guardan mejor en cajas cubiertas. Las tinturas y los extractos deberían ser guardados en botellas de vidrio oscuro para protegerlos de la acción de la luz.

Supongamos, pues, que se ha seleccionado la hierba conocida como Toronjil, Cidronella o Melisa (*Melissa officinalis*). Después de la selección de la hierba deseada, de la que se derivarán las verdaderas potencias medicinales alquímicas, consideraremos ahora los modos principales de obtener un extracto. Son como sigue:

1. Maceración

La hierba, fresca o seca, se remoja en agua y se deja a la temperatura del cuarto.

(2) El estudiante aprovechado aprenderá más adelante en qué momentos planetarios deberían recogerse las hierbas.

2. Circulación

La hierba, fresca o seca, es circulada (colada). Esto se realiza teniendo un refrigerante sobre el matraz, lo que permite a la humedad condensarse y gotear de nuevo al contenedor de abajo. Se repite entonces este proceso que es conocido también como reflujo.

3. Extracción

La hierba, fresca o seca, se pone en un cartucho de papel de filtro, y ambos se sitúan en un extractor Soxhlet para la extracción.

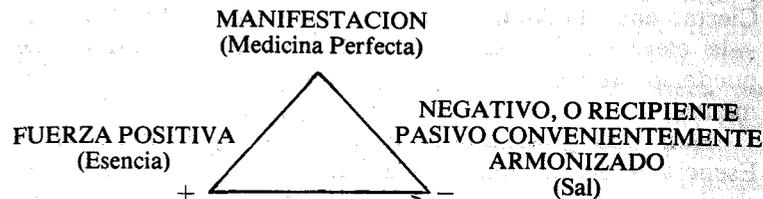
Para obtener un extracto puede usarse cualquiera de los tres procedimientos. Como medio (menstrum) de extracción puede usarse agua, alcohol, o éter.

Los tres métodos de arriba son empleados sobre todo para obtener el extracto o la tintura. Una tintura derivada de una destilación con agua no contiene tanto de la esencia esencial de la hierba como el extracto herbal macerado obtenido por inmersión en alcohol o éter. Para obtener toda la esencia posible, incluyendo la sustancia oleosa inherente a la hierba, es preferible el último método, el de extraer en un aparato de extracción (Soxhlet u otro) (3).

Después de la extracción de la esencia, la hierba permanecerá como un residuo muerto del que la vida ha sido quitada en la forma de la esencia líquida por cualquiera de los tres métodos arriba descritos. Estas heces, como se las llama, o en lenguaje alquímico «Caput Mortum» (que significa cabeza muerta), se toman entonces y se queman hasta hacerse cenizas. Esto se realiza tomando el residuo, y poniéndolo en un cacharro de barro o plato de porcelana que se sitúa sobre el fuego. Los contenidos del plato son quemados hasta una negrura, de cuyo estado cambiarán gradualmente a un color gris claro. Después de que estas cenizas se han aclarado, deberían ser situadas en un mortero y molidas hasta polvo fino con una mano de almirez.

Es aquí donde se hacen evidentes las diferencias entre los procedimientos medicinales alopáticos, homeopáticos, y bioquímicos. Las terapéuticas alopáticas usan generalmente tinturas o sales (alcaloides), mientras que las terapéu-

ticas homeopáticas y bioquímicas usan sales (minerales triturados). El triángulo es una gran ayuda al explicar la necesidad de una conjunción, tanto de la esencia como de la sal, para obtener una verdadera manifestación tal y como sólo ocurre en la Alquimia.



Si una hierba inmersa o remojada en agua hirviendo produce un té que ayuda a remediar desórdenes corporales, cuánto más efectivas deben ser las manifestaciones de un extracto, o incluso la conjunción de extracto y sal, en el cuerpo humano. Puede ser conveniente para la demostración posterior presentar aquí los tres reinos principales de la naturaleza en su relación apropiada, i.e. (*), los reinos vegetal, animal y mineral. Un error común que se ha cometido, y todavía se comete, es mezclar la esencia vegetal con sales minerales o animales. Puesto que cada uno constituye una esfera separada o grupo vibratorio, una mezcla de estos recipientes, no armonizados apropiadamente, no producirá manifestación alguna. Esto es importante, especialmente al producir los elixires derivados de los reinos animal o incluso mineral. Es por causa de un mal entendido de estos principios vitales de la Alquimia, que ha caído tal furor sobre los pseudoalquimistas cuando han fallado en producir manifestaciones alquímicas, mientras que, en su estimación, estas manifestaciones deberían haber ocurrido. Es aparentemente imposible transmitir los principios fundamentales a los recién llegados a la Alquimia sin el uso de la analogía. Por medio de la concentración, a partir de una sustancia comúnmente inócua se puede producir un veneno. Por lo tanto, es posible produ-

(3) Esto se tratará en un capítulo posterior.

(*) N. del T.: i.e. = *id est*, esto es.

cir también, a partir de la misma substancia, algo que es igualmente no veneroso (4).

Si el lector sigue pacientemente a través del laberinto de la contradicción aparente, emergerá triunfante al final de su serpenteante sendero; evitando cuidadosamente el prejuicio y los conceptos errados, será capaz de ver la luz. Ciertamente, la Alquimia es un proceso lento. Es evolución —la elevación de las vibraciones. No es un asunto que pueda ser amaestrado por las facultades intelectuales solamente.

Han sido presentados ahora los dos principios de la Esencia y de la Sal. Sin embargo, antes de tomar el siguiente y difícil paso de unir la Esencia a la Sal (produciendo así una manifestación alquímica), deberían ser advertidas cuidadosamente por el lector unas pocas palabras que tratan sobre lo que representan la Esencia y la Sal.

1. La Esencia (Quintaesencia), o fuerza activa en el reino vegetal, es la misma en la vida de toda planta.

2. La Sal, o las cenizas en que puede ser reducida cualquier planta, difiere de una planta a otra.

Esta esencia, o «Mercurio» como lo llaman los alquimistas, es la energía dadora de vida que se halla manifiesta en toda materia. El mismo Mercurio existe a lo largo del reino animal, y el mismo Mercurio a lo largo del reino mineral. Sin embargo, y se fijará en esto por favor el lector, aunque el Mercurio sea del mismo origen es de una cierta vibración en el reino vegetal, de una frecuencia vibratoria superior en el reino animal, y de una frecuencia aún mayor en el reino mineral. Es por esta razón que el Mercurio del reino vegetal no debería mezclarse con las sales de cualquiera de los otros dos reinos. Cada uno representa una unidad separada. El animal come hierbas, y contrae y cura enfermedades a partir de la misma fuente. Cuando la cura falla, sólo los siguientes reinos por encima de éste le ayudarán. Incluso aquí debe establecerse que el más alto Elixir no funcionará indefinidamente si la mente no se mantiene en condición adecuada. Los huma-

(4) La Sabiduría es una flor con la que la abeja hace su miel, y la araña su veneno, cada una de acuerdo a su propia naturaleza (autor desconocido).

nos, pertenecientes al grupo animal, comen tanto vegetales como carne. Por lo tanto pueden ser curados por ambos, i.e., las esencias vegetales en su primer estado, y más adecuadamente con su propia Sal y Esencia animales (arcano de la sangre). Sin embargo, la forma más potente de manifestación terrestre se produce a partir de las sales y esencias de los minerales y de los metales. En su forma más elevada (y llevada a la perfección sólo por el hombre), es conocida como la Piedra Filosofal. La naturaleza no produce en su ejecución el elixir de ninguna de las tres principalidades. Cada uno (elixir herbal, animal y mineral), puede ser producido sólo por el arte. La Naturaleza no produce la Piedra Filosofal en el mismo sentido en que forma los cristales de la tierra.

A partir de lo anterior al lector debería haberle quedado claro que hay:

1. Tres reinos o principalidades, como sigue:

a. Vegetal

b. Animal

c. Mineral

2. Cada reino tiene su propio Mercurio. Los tres Mercurios se derivan de la misma fuente original, pero se manifiestan bajo diferentes vibraciones en cada reino.

3. La Sal de cada manifestación vegetal difiere de una planta a otra. Esto también es verdad para las Sales de los productos animales y minerales.

4. La substancias (Esencia y Sal) no deberían entremezclarse cuando se preparan elixires o medicaciones alquímicas.

5. Los elixires alquímicos no son productos de formación natural, sino de producción artificial.

Una ilustración analógica posterior podrá tal vez aclarar un malentendido común —porqué el ser humano, perteneciente al reino animal, no se halla por encima del mineral. El lector deberá tener presente que aquí estamos tratando de los aspectos físicos de la Alquimia. Explicar porqué los seres humanos están dotados de poderes racionales que no se manifiestan en vegetales, minerales y metales, nos llevaría a la Alquimia trascendental. Aquí estamos tratando de los fenómenos físicos.

Si, por sabiduría divina, el hombre, como el más alto espécimen del reino animal, ha sido situado en medio de los tres reinos, ha sido de necesidad, puesto que nada en la naturaleza se basa en la casualidad. El hombre está manteniendo el equilibrio de los tres reinos, y puede participar de cualquiera de acuerdo a su deseo, teniendo un laboratorio alquímico en su propio cuerpo para transmutar materia inorgánica en orgánica, y materia orgánica en espiritual (5). Puesto que éstas son realidades con las que nos enfrentamos, debemos tratarlas e intentar entenderlas. Sólo las leyes que son básicas y de verdadero valor cósmico, entran en la Alquimia. No puede haber especulación en la Alquimia. La Alquimia está basada en hechos, y con paciencia, experimentación y perseverancia, el estudiante sincero obtendrá estos hechos. No hay otro camino que el que han viajado los Alquimistas, y éste es el camino de la experiencia.

Todos los principios fundamentales son los mismos a lo largo de la Alquimia. Ello se aplican a los tres reinos. Al mencionar el número tres, puede establecerse ahora que este número de manifestación se encontrará repetidamente en la Alquimia. Cuando en lo anterior sólo han sido mencionadas dos substancias, Mercurio y Sal, se hizo a propósito, a fin de no confundir al principiante. Así como hay tres principalidades o reinos, también hay tres substancias con las que está trabajando continuamente un Alquimista. Sin ellas no se puede efectuar cosa alguna en Alquimia. Son Mercurio, Sal y Azufre. Están representadas por los símbolos siguientes:

Azufre—		
Sal—		
Mercurio—		(Este es el mismo símbolo que el del planeta Mercurio.)

(5) El cuerpo humano contiene algunos minerales inorgánicos en cantidades diminutas, de los cuales recibe una nutrición de naturaleza altamente vibratoria.

Como ya se explicó previamente, el Mercurio alquímico no es el mismo que el azogue común. Ni el Azufre es el azufre común. Ni la Sal es la sal común o cloruro sódico.

El Azufre, esto es, el Azufre alquímico, se encuentra usualmente en su forma oleosa adherido al Mercurio. Debe separarse por medio de la destilación. Esta substancia amarilla es el Azufre, que la extracción común con alcohol no liberó suficientemente. (Con el Azufre metálico la diferencia se hará aún más notable.)

En el proceso herbal, la separación entre el Azufre y el Mercurio (Esencia) no es tan esencial como en el trabajo mineral. Por lo tanto, el principiante no usará las tres substancias alquímicas separadamente, sino que usará el Mercurio y el Azufre combinados, y la Sal separadamente. Los dos primeros (formando un líquido en la extracción herbal) se unen a la Sal, y de esta combinación se produce la medicina alquímica o elixir. De este modo puede hacerse a partir de cualquier hierba, por el arte, un elixir que es más potente que la tintura, el extracto, o la Sal, tomados separadamente, tal como es prescrito comúnmente por los terapeutas del presente.

Lo anterior es un intento de presentar una sinopsis de los fundamentos de la Alquimia, la teoría básica que subyace a todo trabajo alquímico. Lo que sigue es un ejemplo de la práctica; en este caso, una presentación del procedimiento para obtener elixires alquímicos a partir de las hierbas. El proceso usado en el trabajo herbal difiere sólo ligeramente del empleado con substancias animales y minerales. Una de las diferencias es la no separación entre el Azufre y el Mercurio en el proceso herbal.

En las instrucciones que siguen, se supone que el novicio espagírico posee ya un conocimiento claro de lo que son las hierbas, y qué propiedades medicinales contienen. Sólo los estudiantes equipados con este conocimiento deberían proceder al trabajo práctico de laboratorio descrito en las páginas siguientes.

Capítulo III

EL ELIXIR HERBAL

Al preparar el elixir herbal usaremos aquellas partes de las hierbas que tienen un valor medicinal. Estas pueden ser hojas, tallos, raíces, o flores, dependiendo de la hierba particular que se use. Esto presupone, desde luego, algún entendimiento de parte del estudiante sobre las propiedades curativas de las hierbas. Las hierbas frescas deberían primero ser secadas en un lugar templado donde haya una adecuada circulación de aire. Si en nuestro trabajo se usan hierbas frescas, no secadas, se encontrará que contienen mucha agua que no nos es de valor. Cuando se seca una hierba, la esencia y el azufre permanecen en ella, y pueden ser extraídos fácilmente. El agua contenida en las hierbas frescas se mezclará con el alcohol, y sólo servirá para incrementar el volumen. Por lo tanto, el estudiante debería observar el siguiente proceder:

1. Debería ser rectificada (1) una cantidad suficiente de alcohol (2).

(1) Para rectificar alcohol proceded como sigue: tomad cualquier alcohol no venenoso de 95°, y destilad a 78° C. Todo lo que destile a temperatura superior a 78°C no podrá usarse. Tomad todo lo que ha destilado a no más de 78°C, y situad esto de nuevo en un matraz limpio. Redestilad a 76°C. El destilado debería ser destilado de nuevo. Esto ha de hacerse siete veces desde la primera destilación. Lo que queda detrás se volverá más oscuro después de cada destilación. Finalmente, en la última destilación, el destilado será un alcohol claro como el cristal. (No usar metanol).

2. La hierba seleccionada para su uso debería ser molida finamente en un mortero con una mano de almirez.

3. La hierba molida (3) se sitúa ahora en el cartucho de un aparato de extracción. Conectad a este aparato un matraz medio lleno con el alcohol rectificado. Ahora debería encenderse el fuego bajo el matraz a fin de comenzar la extracción.

Un aparato de extracción Soxhlet consta de tres partes:

1. Matraz

Hay otro método por el que puede rectificarse el alcohol. Destilad de nuevo alcohol no venenoso de 95° a 78°C. A cada 1.000 ml. de este alcohol destilado añadidles 25 gramos de carbonato potásico anhidro. Dejadlo así durante 48 horas. Agitad ocasionalmente. Destilad de nuevo el alcohol a 76°C. El destilado será un alcohol rectificado.

El primer método de arriba es el viejo modo de rectificar. El segundo método se usa hoy en la química moderna. La experiencia enseñará qué método escogerá el alquimista individual.

(2) El alcohol se deriva de varias fuentes. Se obtiene de caña de azúcar, cereal, maíz, patatas, madera, para nombrar sus fuentes más comunes. Por lo tanto, no todo el alcohol es el mismo. Esto es especialmente significativo cuando se trata de la Alquimia. Cuando nos referimos a los espíritus del grano hablamos de aquello que es la esencia del grano. Así, debería verse que el alcohol es, por lo tanto, el espíritu o la esencia que se libera de las diversas fuentes de las que lo obtenemos. El alcohol derivado de la madera es conocido como metanol, y es venenoso si se toma internamente. El alcohol obtenido del vino, o espíritu de vino, es la esencia mejor y más madura del reino vegetal. Se ha afirmado que tiene la frecuencia vibratoria más alta de cualquier esencia del reino vegetal, y es por consiguiente usado como menstruo para hacer extracciones de hierbas.

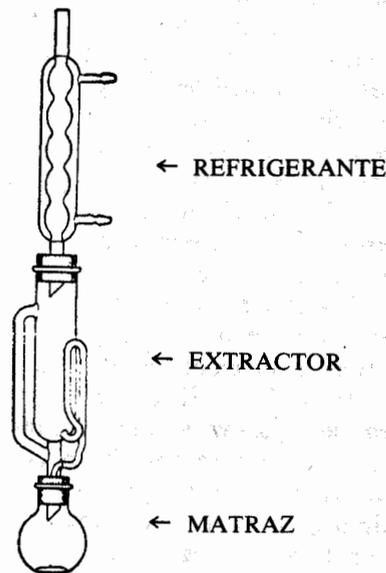
(3) Nuestro alcohol rectificado, que es suficiente para las extracciones herbales, debe pasar aún otra preparación antes de que sea adecuado para extracciones minerales. Los espíritus de vino rectificadas de los filósofos difieren del descrito aquí para la extracción herbal.

Debería mencionarse también que al preparar los espíritus de vino rectificadas es preferible usar un vino tinto, cuanto más viejo mejor. El vino debería ser un vino puro no fortificado. Cualquier vino que contenga más del 17 por 100 del alcohol en volumen puede estar fortificado con alcohol derivado de otras fuentes distintas de las uvas. Cuando tal es el caso y se destila un vino así alterado, el destilado, por lo tanto, no será de espíritus de vino puros. Por esta razón, los espíritus de vino deberían ser obtenidos sólo de vino que contuviera menos de un 17 por 100 de alcohol en volumen, o bien ser obtenidos de aguardiente de uvas. Esto es de gran importancia en Alquimia.

2. Extractor y manguito

3. Refrigerante (*).

El matraz está abajo. La sección de en medio es el extractor, que contiene el cartucho (un cilindro de papel de filtro en el que hemos situado la hierba sobre la que trabajaremos). El refrigerante es la sección superior, que descansa sobre el extractor. Esto está ilustrado en el dibujo.



Este aparato puede ser obtenido de cualquier proveedor de productos químicos, a un precio razonable.

4. Después de hechas tres o cuatro extracciones se notará que hay un cambio definido de color en los contenidos del matraz. Si se formase un reborde oscuro en el matraz sería necesario bajar el fuego, o de otro modo el Azufre (aceite) se chamuscaría y perdería su eficacia. Es preferible usar un baño de agua más que una llama directa, pues el baño de agua impedirá el chamuscado o que-

(*) N. del T. Del tipo conocido como «refrigerante de bolas».

mado del delicado aceite (Azufre) contenido en el extracto (Esencia).

5. Cuando, finalmente, el alcohol que viene a través del sifón se hace claro, es una indicación de que la extracción ha sido completada. Debería ahora quitarse el cartucho, y ser puestos sus contenidos en un cacharro de barro o plato de porcelana. Situada una rejilla de alambre sobre el plato, y encendidos este residuo, que prenderá al punto debido a que está saturado de alcohol. Debería tenerse cuidado de que no hayan cerca otras sustancias inflamables. Este material debería ser calcinado hasta convertirse en cenizas negras. Moled éstas, y calcínalas de nuevo hasta un color gris claro (4).

6. Las cenizas calcinadas (sal) son situadas ahora en el matraz inferior. Se vierte una cantidad suficiente del extracto sobre la Sal. El matraz es unido de nuevo al aparato de extracción, y se empieza la circulación. Esta ha de continuarse hasta que la Sal haya absorbido la Esencia y el Azufre. El extracto que está en el matraz inferior deberá volverse más claro. Cuando ya no haya ningún cambio posterior en el color, es que la Sal ha absorbido todo lo que era posible. Si el extracto se vuelve claro, vertedlo fuera del matraz y añadid más cantidad de la Esencia hasta que la Sal no absorba más.

7. Quitad el matraz y sacad su contenido. Este es ahora el elixir alquímico en su primer estado. Cuando se enfría se hace sólido otra vez.

8. La potencia de este elixir puede ser incrementada calcinándolo en un plato de calcinación. Se devuelve entonces al matraz del aparato de extracción, y se repite la circulación con más cantidad de la esencia extractada. Cada vez que se haga esto se incrementará la potencia.

El proceso puede ser llevado un paso más lejos situando las tres sustancias combinadas en un matraz de vidrio, que es sellado herméticamente, y sometido a un calor moderado para su digestión. De este modo puede producirse una «piedra» en el reino vegetal. (Esta no debe con-

(4) Una calcinación prolongada puede cambiar el gris a un color rojizo que, por supuesto, es preferible, pero esto requerirá un largo tiempo.

fundirse con la Piedra Filosofal). Aunque no es absolutamente necesario producir una piedra vegetal, será en cualquier caso de gran ayuda para investigaciones alquímicas posteriores, especialmente si uno no está familiarizado con la apariencia de una sustancia sublimada. La potencia de tal «piedra» es mucho mayor que la de cualquier medicamento en la forma de elixir, como el que se describió previamente. Esta «piedra» herbal atraerá la Esencia, el Azufre, y la Sal de otras hierbas por simple inmersión. Sin embargo, esto no es necesario. Puede prepararse un medicamento potente por el proceso ya mencionado. Una vez que se ha conseguido y entendido el primer resultado, la investigación posterior continuará revelando más y más cada vez de los secretos de la Alquimia. Estos sólo pueden ser experimentados personal e individualmente por cada estudiante.

Para aquellos que no puedan procurarse un aparato de extracción, puede usarse otro método que es mucho más simple en relación al equipo necesitado. Este fue descrito originalmente en el Boletín del Laboratorio Alquímico, 1.º Cuatrimestre, No. 1, de 1960, y se repite en el material que sigue.

Esto está dirigido a aquellos que han estudiado o leído sobre alquimia, y están preparándose ahora a comenzar el trabajo en el laboratorio. Como ésta probará ser una tarea de lo más interesante e iluminadora, no debería ser realizada descuidadamente. En primer lugar, la selección de un lugar apropiado para el trabajo a comenzar es de importancia. El espacio requerido no es grande. Un rincón en el sótano, o en un ático, quizá incluso servirá un garage, mientras haya disponible una fuente constante de calor. El agua fría debería estar también cerca para la refrigeración del tubo de condensación. Unas pocas botellas y matraces, y un mortero y una mano de almirez, son deseables, si no necesarios.

Una mesa y una silla completan el mobiliario. La mesa o banco de trabajo debería estar situada de modo que las fuentes de calor y agua estén muy cercanas, puesto que la llama de gas o calor eléctrico (cualquiera que se use) se necesita constantemente. Para la llama de gas se recomienda un mechero bunsen, o mejor aún un mechero

Fisher. Los matraces Erlenmeyer, los que tienen los fondos planos, son el mejor tipo para nuestros propósitos. En cuanto a los taponés, se necesitan tanto los de corcho como los de goma. Un pequeño surtido mezclado durará un largo tiempo. Se requiere también un soporte para sostener el matraz sobre la llama, y para mantenerlo en una posición rígida cuando está teniendo lugar la destilación. Puede ser comprado, o hecho por el estudiante mientras cumpla con los requisitos.

Puesto que los utensilios más importantes son conocidos ya por el principiante, continuaremos ahora preparado la substancia con la que vamos a trabajar alquímicamente. Escojamos una hierba que sea fácilmente asequible —por ejemplo, Melissa (*Melissa officinalis*— Cidronella). Puesto que es una hierba importante y cualquier casa de suministros puede proveerla, la usaremos como ejemplo en nuestro primer experimento.

Como se mencionó previamente, es preferible al comienzo usar la hierba seca. En este punto deberíamos cerciorarnos de si hemos seleccionado realmente la hierba deseada. Esto puede parecer innecesario, pero es bastante importante. Hay por ejemplo una diferencia en nuestro trabajo entre la salvia silvestre y la de jardín. Las flores de la salvia silvestre, de nuevo, producirán una medicación diferente a la de las hojas de la misma planta. Por lo tanto, el estudiante deberá estar siempre seguro de que la substancia herbal en cuestión es la deseada.

El paso siguiente en el procedimiento es el de moler la hierba. Esto puede realizarse frotando entre las manos, o moliendo en un mortero con una mano de almirez. Cuanto más diminutas sean las partículas, más sencilla será la extracción. La hierba molida se sitúa ahora en un matraz, botella o contenedor (preferiblemente de vidrio) que pueda cerrarse bien. Se vierte ahora el menstruo que producirá la extracción sobre la hierba molida. El modo más fácil es verter algún alcohol fuerte (NUNCA usar alcohol desnaturalizado o Metanol), o preferiblemente aguardiente, sobre la hierba molida, en el matraz o botella. Entonces el matraz debería ser cerrado ajustadamente, y puesto sobre la calefacción o cerca de ella en el invierno. Si el calor se proporciona por algún otro método, la temperatura no

debería exceder la requerida para la incubación de huevos de gallina. Debería dejarse vacío sobre el menstruo de un medio a un tercio del contenedor, a fin de que haya lugar para la expansión y alivie parte de la presión que pueda aparecer dentro del contenedor.

El menstruo se coloreará de verde después de varios días. El matiz del verde dependerá del tipo de melissa usado, y de la fuerza y pureza del alcohol. Cuando esté suficientemente macerada (este proceso se llama maceración), el líquido debe verterse afuera sobre un contenedor de vidrio limpio. La substancia herbal remanente debería situarse en un plato de calcinación, y quemarse hasta hacerse cenizas. El alcohol que ha saturado la hierba prenderá inmediatamente y quemará el remanente de la hierba, llamado ahora «heces», hasta convertirse en cenizas negras. Como esto causará un humo y un olor fuertes, se debería tener cuidado de no hacerlo en un cuarto cerrado.

Tras la quema de las heces, como las llamaremos ahora, éstas pueden ser incineradas en cualquier plato resistente al fuego hasta que se vuelvan de un color gris claro. Una molienda ocasional en el mortero, seguida por una quema posterior a la que llamaremos ahora «calcinación», producirá gradualmente un color más claro. Alcanzado este estado, las heces deberían ser quitadas del fuego y, mientras están aún calientes, deberían ser situadas en un matraz que haya sido precalentado, de modo que no se rompa por el repentino cambio de temperatura. En este matraz se vierte la esencia (que previamente había sido vertida afuera de la hierba macerada, y puesta aparte). Ahora el matraz debe ser taponado fuertemente, de modo que no pueda escapar ningún vaho de alcohol. El matraz es entonces expuesto a un calor moderado para la digestión. Dejado digerir de este modo por un intervalo de dos semanas, la Sal absorberá la Esencia necesaria para la formación de la fuerza requerida. La medicación se halla entonces lista para su uso. Es absolutamente inócua, pero de gran potencia, y debería ser tomada en cantidades diminutas. Unos pocos granos de la Sal, junto con una cucharilla de la Esencia líquida en un vaso de agua destilada, producirá resultados vigorizantes. El elixir nunca debería ser consumido sin diluir. Esta es la forma más

simple y primitiva de preparar una substancia herbal de acuerdo a los preceptos de la Alquimia.

Durante el período de maceración, el tiempo puede ponerse en uso beneficioso produciendo un mensturo puro a partir de alcohol o espíritus de vino. Aunque hay varias clases de alcohol, sólo uno es de interés para nosotros al principio de nuestro trabajo. Este es el espíritu de vino. Como el vino contiene generalmente menos de un 20 por 100 de alcohol por fermentación natural, este alcohol (espíritu de vino) debe ser extraído. Puesto que estamos interesados sólo en el alcohol extraído del vino de uva, debemos excluir todos los otros tipos de vino —vino de manzana, vino de mora, etc.

Nuestro próximo paso, pues, es tomar vino de uva puro no adulterado o aguardiente, y verter una cantidad suficiente en un matraz de destilación. La cantidad depende del matraz a mano. Nunca debería llenarse más de la mitad. Deben hacerse entonces dos agujeros a través de un tapón de goma o de corcho. Deben ajustarse fuertemente a través de éstos un termómetro en uno, y un tubo de vidrio acodado en el otro. El termómetro no debería tocar al vino, mientras que el tubo de vidrio acodado alcanza apenas hasta por debajo del tapón. Ahora se necesita un refrigerante (*). Este puede ser comprado en cualquier casa de suministros químicos. El tubo de vidrio acodado que viene del matraz debe insertarse en el tapón que cierra la abertura del refrigerante.

Lo que se ha formado ahora es un tren de destilación. A fin de mantener el refrigerante frío con agua, debe conectarse por medio de un tubo de goma a un grifo de agua. Muy probablemente se necesitará un adaptador para este propósito. El agua afluirá a la chaqueta del condensador, luego afuera por la parte superior a través de otro tubo de goma, y después a un desagüe. De este modo, el vapor que se eleva del matraz calentado se enfriará, y goteará afuera a un recipiente por el extremo inferior del refrigerante.

Una vez que el calor bajo el matraz haya comenzado y el vino empiece a hervir, se elevará un vapor que pasará a

través del tubo de vidrio acodado y entrará en el refrigerante. Aquí, el agua de refrigeración que fluye alrededor del tubo interno hará que se condense y emerja al final como un destilado, goteando a un recipiente. El calor debería ser regulado de modo que la primera destilación no excediera los 80 grados centígrados. Un termómetro indicará si el calor debe ser incrementado o disminuído a fin de mantener esta temperatura.

Cuando han sido destiladas alrededor de 15 gotas, y la temperatura se ha regulado de modo que el termómetro muestra el mismo grado de calor, puede unirse el recipiente al extremo del refrigerante. Esto se hace a fin de evitar cualquier evaporación innecesaria del alcohol, o cualquier ignición posible de sus vahos. Esto, sin embargo, sólo debe hacerse después de que se haya igualado la presión en el tren de destilación. Esto ocurrirá después de que haya salido algo de líquido. Cuando la temperatura empiece a elevarse sobre 85 grados centígrados y todo el alcohol haya salido, habrán todavía algunas trazas de agua en el alcohol. Cuando haya sido apagada la llama, y las vasijas estén lo suficientemente frías como para manejarlas, puede desconectarse el tren.

El residuo del vino puede ahora ser rechazado, puesto que ya no nos es de utilidad por el presente. Sin embargo, el destilado se salva. Pero como el espíritu de vino destilado no es puro todavía, debe pasar por varias destilaciones posteriores a fin de convertirse en alcohol absoluto. En este punto deberíamos estar seguros de que la cantidad de destilado con la que tenemos que trabajar excede los 100 ml. Cada redestilación se realiza del mismo modo que la primera destilación. Según se va completando cada destilación, se vierte de nuevo el destilado en un matraz de destilación. Durante estas destilaciones subsiguientes, la temperatura debe ser aproximadamente de 78°C. Al final de cada destilación permanecerá siempre una pequeña cantidad de residuo obscuro, que debe ser descartado puesto que contiene agua. Sólo durante la última destilación (son suficientes aproximadamente siete destilaciones) debería ser la temperatura de 76°C. Como este mensturo final ya no contiene trazas de agua, alcanza la esencia espiritual de una hierba en un tiempo más corto y más

(*) N. del T.: Refrigerante recto (tipo West).

efectivamente que antes de que estuviera completamente rectificado.

Otro método de rectificar espíritus de vino es usando carbonato potásico anhidro. Sin embargo, este proceso no lo usamos al comienzo.

Los espíritus de vino purificados nos permiten conseguir resultados superiores para la extracción herbal. Por lo tanto, los usaremos siempre en nuestro trabajo herbal.

En un libro alemán se lee como sigue, en una versión condensada (*): «Cincuenta libras de una planta fresca y floreciente, incluyendo raíces, tallo, hojas y semillas, son limpiadas de hojas muertas y otras impurezas, y lavadas posteriormente. Después de cortar la planta en pequeños pedazos, se vierte agua sobre ella, y se destila lentamente. Cualquier aceite que aparezca se separa del agua, y el agua así obtenida, sin el aceite (que se guarda ahora separadamente), se vierte de nuevo sobre la planta a la que se han añadido una o dos cucharadas de levadura. Todo esto se sitúa en un contenedor de madera, y se cubre ligeramente de modo que pueda fermentar. Debe procurarse que cuando la fermentación haya terminado se remueva bien, se situe en un matraz de destilación, y se destile hasta que ya no destile más. Una destilación de vapor es la mejor. Lo que queda en el matraz es calcinado, lixiviado con agua, filtrado, y el filtrado es evaporado lentamente. Se salva el residuo. El destilado anterior se reduce por destilación posterior hasta que dos partes del destilado corresponden a una parte de la sal lixiviada. Ambos son destilados una vez más, y ahora se añade el aceite separado de la primera destilación.

«Las plantas secas, no venenosas, deberían ser pulverizadas finamente, y digeridas con seis partes de agua por 3-4 días en un lugar templado. Entonces se repite todo el proceso antes mencionado.»

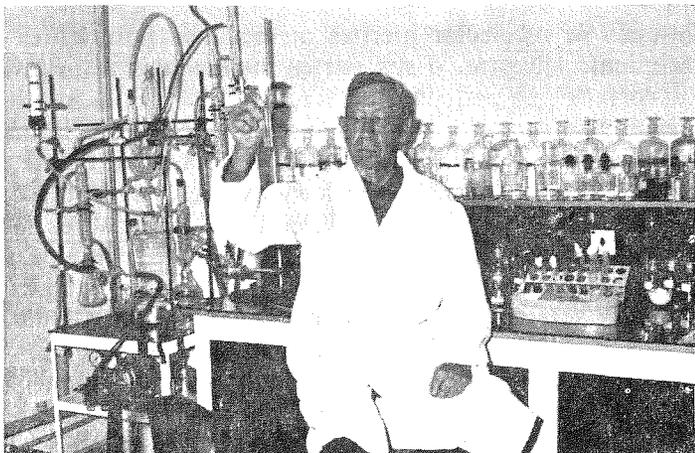
El bien conocido Doctor en Medicina y Filosofía Zimpel, dice en parte, en su «*Taschenrezeptierbuch Spagyriker*» (Libro de bolsillo de prescripción para espagiristas):

(*) Tomado de: Grossman — *Die Pflanze Zauberglauben und der spagyrischen (okkulten) Heilkunst*. Verlag Karl Sigismund, Berlin, 1922.

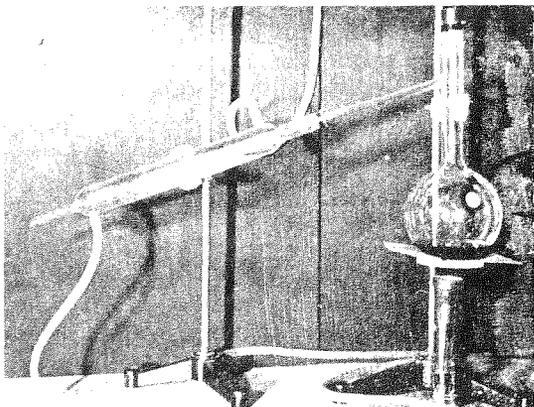
«Después de recolectar hierbas medicinales florecientes de crecimiento silvestre, o sus partes medicinales respectivas, y de cortarlas en pequeños pedazos, se añade una levadura especial y se somete todo a la fermentación. Esta fermentación rinde las peculiaridades de la planta y libera los aceites etéreos. Después de la fermentación, se destila cuidadosamente el alcohol recién formado. El residuo es secado y calcinado, y la sal calcinada es lixiviada con el destilado. El licor así obtenido se filtra —el cual contiene los minerales solubles de la planta medicinal, incluyendo su esencia y su aceite volátil. Cuanto más se deje sin mover antes de usar, mejor —como el vino, que se supone aumenta su eficacia cuando se deja madurar en la botella.»

Como puede verse por los dos ejemplos citados, hay poca diferencia excepto en que el doctor Zimpel lixivia su sal con su primer destilado.

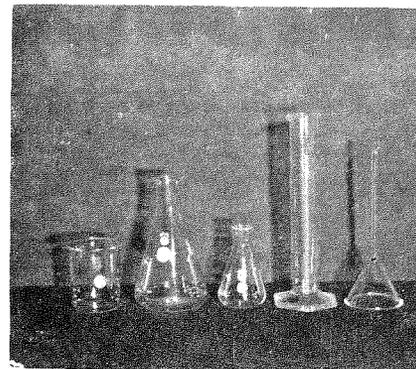
Tales diferencias menores se encontrarán aquí y allá a todo lo largo de la literatura alquímica. Es cosa del practicante encontrar su propio método, que sólo la experiencia le enseñará.



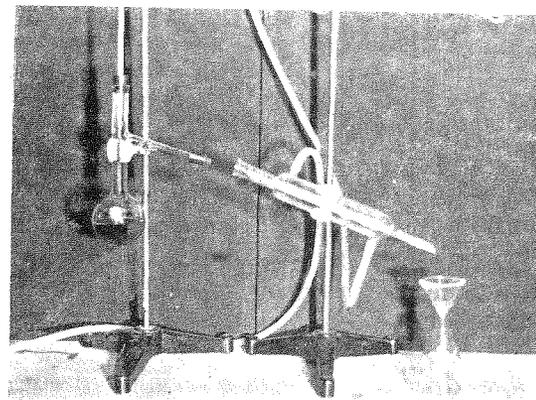
Un laboratorio en el sótano—Escondidos del curioso, esposo y esposa comparten las maravillas del desarrollo creativo divino en las tranquilas horas del anochecer y a veces hasta tarde en la noche. Acumulado a lo largo de un extenso período de tiempo, puede ser considerado como un laboratorio alquímico modelo. Tapado por los matraces, está el baño de agua. No mostrados están, en la habitación de calefacción, los matraces puestos ahí para su digestión.



Un tren de destilación—En la parte de abajo está el quemador; encima de él están el matraz de destilación y el refrigerante conectado al brazo lateral. La goma de la parte de abajo lleva el agua adentro de las paredes del refrigerante. El agua deja el refrigerante a través de la goma de arriba. Dos soportes, sosteniendo cada uno un instrumento, completan el aparato necesario para la destilación.



Equipo esencial—De izquierda a derecha: vaso de precipitados, matraces Erlenmeyer, probeta (para medir), y embudo. Estos artículos son de uso constante en el laboratorio.



La ilustración de arriba muestra un tren de destilación antes de que el refrigerante sea conectado al matraz de destilación. Advertid el termómetro inserto a través del agujero hecho en el tapón que hay en el tope del matraz. El embudo que se introduce en el matraz Erlenmeyer actúa como receptáculo para el destilado.

Capítulo IV

USOS MEDICINALES

«En todas nuestras investigaciones de la naturaleza debemos observar qué cantidad o dosis del cuerpo se requiere para un efecto dado; y debemos guardarnos de estimarla demasiado grande, o demasiado pequeña.»

—*Francis Bacon*

Las dolencias difieren como los individuos que las sufren. Dificilmente puede ser tipificado cualquier desorden corporal, y debemos por lo tanto ser muy cuidadosos en prescribir las dosis exactas de la tintura, el extracto, la sal, o bien la medicación combinada. Puesto que aquí estamos comprometidos principalmente con los elixires alquímicos (la combinación de Esencia, Azufre y Sal), será bueno mencionar de nuevo que se obtiene una medicina más potente cada vez que repetimos el proceso de calcinación y coagulación después de que ha sido alcanzado el primer estado.

El agua destilada y los espíritus de vino son dos medios comunes usados para la disolución del elixir herbal. Si el elixir ha sido preparado adecuadamente, se disolverá sin problemas en cualquiera de ambos líquidos. Nunca debería tomarse en su fuerza completa en cantidades tan grandes como una cucharilla, etc. Debido a la potencia condensada y a la frecuencia vibratoria acelerada del elixir herbal, debe tomarse grandemente diluido. Pueden disol-

verse unos pocos granos en un vaso lleno de agua, o de vino tinto puro no adulterado. Dos o tres cucharadas tomadas en intervalos horarios producirán usualmente los resultados deseados, siempre que la dolencia haya sido diagnosticada adecuadamente y sea conocida la condición del paciente. Si esto no puede hacerse personalmente, la experiencia de un médico debería ser solicitada. Su diagnóstico y la medicación prescrita deberían ser cuidadosamente indagadas. Si su prescripción contiene una substancia herbal como ingrediente principal, se ha de usar ésta. En otras palabras, se ha de producir una preparación alquímica de esta hierba. Sin embargo, debe tenerse gran cuidado de que la medicación básica no sea venenosa. Un sedante, por ejemplo, actúa como un narcótico y no como un agente curativo. Si un paciente pide a su médico que le recomiende una medicación herbal, el médico verdadero ciertamente que le satisfará, si el caso lo garantiza. Del mismo modo, ningún médico verdadero negará a su paciente una información que conduzca a una cura (si ésta es conocida por él, por supuesto).

En este trabajo estamos tratando principalmente de las hierbas; por lo tanto, sólo se ha hecho referencia a prescripciones que contienen hierbas como ingredientes básicos. Las medicaciones de naturaleza mineral o metálica no han sido mencionadas en detalle. Debería haber llegado a ser obvio para el lector que las preparaciones alquímicas deben ser preparadas individualmente, puesto que no son obtenibles en almacenes de drogas o boticas. Tales preparaciones alquímicas herbales son tomadas hasta que se nota un alivio de la dolencia que la hierba en cuestión se supone ayuda a curar. Si por cualquier razón el elixir herbal no cura la dolencia o al menos trae alivio del dolor, es evidente que prevalece un estado de desorden en el cual las preparaciones herbales no tienen vibraciones lo suficientemente fuertes como para eliminar el desorden y restaurar un equilibrio armonioso. En un caso así será necesario usar la siguiente medicación más elevada, que ha de encontrarse fuera del dominio herbal.

No es razonable esperar que un elixir herbal traiga un resultado inmediato en cada caso. La manifestación de cualquier cura dependerá de la duración en que ha estado

presente la dolencia, y del estado de su progreso en el trastorno de las funciones orgánicas. Muy importante también es el estado mental del paciente. Mientras que un elixir herbal no es un curatodo, es definitivamente de mayor potencia curativa que la tintura y las sales tomadas separadamente. Por medio de la Alquimia, aquello que ha sido violado se restaura, y la naturaleza es ayudada a alcanzar el estado de perfección que es la meta predestinada para todas su manifestaciones. Un cuerpo enfermo no es un estado normal o perfecto. Sin embargo, forzar una cura es tan contrario a la naturaleza como contraer una enfermedad. La Alquimia provee un medio perfecto a través del cual puede ser alcanzado de nuevo ese estado de perfección o equilibrio armonioso. La naturaleza requiere un cierto período de tiempo para la producción de su espécimen. Esto es verdad también para el alquimista en su laboratorio, pero aquí los intervalos de tiempo son relativamente más cortos. Por lo tanto, el tiempo requerido para *curar una dolencia, y no sólo traer un alivio temporal del dolor* depende de la gravedad de las condiciones del individuo. Una enfermedad reciente, que ha sido contraída por un corto período de tiempo, se rendirá más rápidamente a nuestras preparaciones alquímicas que una que se ha desarrollado en un estado crónico. Sin embargo, aire fresco, ejercicio físico normal, alimentación apropiada, vestir adecuado, así como condiciones sanitarias y de trabajo satisfactorias, son igualmente esenciales para los propósitos curativos.

Los practicantes espagíricos que comienzan se maravillan inevitablemente de porqué es necesario tratar de la Alquimia herbal, cuando es bien conocido de todos que las medicaciones preparadas a partir de las hierbas son menos potentes que las preparadas a partir de minerales y metales. Sin embargo, es esencial que el futuro alquimista entienda que las leyes de la naturaleza se desvelan sólo gradualmente. Aquello que ha sido aprendido al trabajar con el proceso herbal, puede ser aplicado posteriormente al trabajo con los metales. Pero el arcano superior no debería intentarse hasta que haya sido amaestrado el proceso herbal. Hay mucho que debe ser aprendido que sólo pueden ayudar a entenderlo, la experiencia personal en el

laboratorio y la sabiduría de los Filósofos y Adeptos. En último término, sólo el tiempo dirá.

Aunque el proceso para obtener elixires alquímicos herbales, tal como se presenta aquí, parece ser extremadamente simple, es necesaria mucha experiencia todavía antes de que los primeros resultados correctos saluden a los ojos del alquimista principiante. Incluso entonces, la pequeña cantidad de la preparación alquímica que se produce finalmente puede parecerle tan insignificante al principiante, que puede llenarse de dudas y preguntarse si todo el trabajo y preocupación merecían realmente la pena. Es sólo después de que la primera manifestación se revela, después de que la primera cura se hace obvia más allá de la duda, que empieza a crecer una convicción interior de que hay algo más por encontrar en el dominio de la Alquimia de lo que el ojo se encuentra a primera vista.

Antes de administrar cualquier medicación alquímica a animales o individuos enfermos, debe realizarse una prueba para determinar si la medicina ha sido preparada adecuadamente. Esto se hace situando una pequeña cantidad de la substancia herbal preparada en una fina lámina de cobre caliente. Si la medicación funde como cera y no libera ningún humo, y se solidifica cuando se enfría otra vez, es una indicación de que la medicina ha sido preparada correctamente y que se halla dispuesta para el uso. La dosis correcta difiere casi en cada caso, pero si se administra en pequeñas dosis no puede haber daño alguno en cualquier caso. La fuerza de la medicina alquímica sería también un factor en determinar la dosis apropiada a administrar. Las medicinas alquímicas son esencia y sal en su forma más pura, puesto que toda materia irrelevante y extraña ha sido quitada durante el proceso de calcinación. Aquello que es esencial no puede ser destruido por el fuego, sino sólo purificado y traído a su estado preordenado. Las medicinas herbales apropiadamente preparadas, en dosis correctas, ayudan a rectificar los desórdenes corporales por sus vibraciones elevadas. Esta fuerza vital, más su sal purificada (o substancia mineral), son los agentes curativos.

Que el sistema alquímico trabaja diferente y más efi-

cientemente que otros, está ilustrado por el incidente siguiente. El escritor conoce por experiencia personal del caso de un bebé que sufría de un severo cólico. La atención médica constante de un médico alopático y de un cirujano no le trajeron alivio ninguno. Sin embargo, después de administrar una preparación alquímica hecha de flores de camomila, el niño estaba curado en pocas horas y permaneció así sin recurrencia del mal. Los críticos pueden objetar respondiendo que si se hubiera dado un cuidado apropiado al niño desde el momento en que apareció por primera vez el trastorno, la atención médica original habría ayudado también. En este caso, sin embargo, debe apuntarse que todos los consejos médicos fueron muy cuidadosamente seguidos en cada detalle, y la preparación herbal fue aceptada sólo como un último recurso a fin de que la madre y el niño pudieran tener algo de sueño después de varias noches frenéticas sin dormir. Este caso se menciona aquí sólo para demostrar la naturaleza inócua de estas preparaciones para el cuerpo humano, incluso para infantes, cuando se administran adecuadamente. Se recomienda altamente que la profesión médica haga también su estudio para descubrir la verdad sobre la Alquimia.

Si uno no ha tenido la instrucción suficiente, o no está dotado con un deseo profundo de estudiar la anatomía humana y sus funcionamientos físicos correspondientes, difícilmente encontrará que merezca la pena experimentar en la Alquimia herbal (dejando de lado el curar cuando su conocimiento es insuficiente, por el largo estudio y el tedioso trabajo por los que únicamente puede adquirirse este conocimiento).

Que el aserto de Bacon cierre este capítulo como lo empezó: «En todas nuestras investigaciones de la naturaleza debemos observar qué cantidad o dosis del cuerpo se requiere para un efecto dado; y debemos guardarnos de estimarla demasiado grande, o demasiado pequeña.»

Capítulo V

HIERBAS Y ESTRELLAS

¿Cómo están relacionadas las hierbas a las estrellas? ¿Puede ser verdad una cosa así? Los científicos menearán sus cabezas con disgusto «Bobadas. Superstición. Charlatanería», responderán. ¿Y por qué no? ¿Cómo podrían los científicos aceptar la posibilidad de algo cuando al mismo tiempo no lo consideran merecedor de sus esfuerzos por investigar el asunto? O quizá puedan considerar por debajo de su dignidad el «rociarse con supersticiones tontas». El escritor puede parecer atolondrado en su juicio concierne a la actitud que la ciencia ha mostrado hacia esta rama de la investigación, pero la experiencia ha revelado que hay una conexión entre las hierbas y los cuerpos celestes que adornan el firmamento. La creencia debe desaprobar esto, si puede. La observación ha revelado también que ciertos países están influenciados por planetas particulares, como la astrología ha declarado hace tiempo. De nuevo, ciertas plantas se encuentran sólo en ciertos lugares. Tan pronto como estas plantas son transplantadas a un suelo extraño a su naturaleza, pierden todas o algunas de sus virtudes curativas.

En la vida de las plantas y de los minerales, los minerales orgánicos e inorgánicos existen como grupos separados. En esta vida de la planta y del mineral, todo creci-

miento da evidencia de un cambio invisible pero medible en proporción a su estructura. ¿Qué es lo que causa este crecimiento? Los minerales inorgánicos son absorbidos por la vida de la planta y cambiados en minerales orgánicos. ¿Qué es lo que ocasiona este cambio? El radio es capaz de causar un decaimiento de los tejidos. ¿Es el radio como sustancia, o es la emanación invisible (pero medible), desde el interior, de una fuerza misteriosa? La ciencia nos pide que creamos que la estructura de los átomos de radio es como un cosmos en miniatura. Un sistema solar en Microcosmos. Un lego que sea incapaz de verificar las teorías científicas, debe creerlas o no creerlas. Que uno haya aceptado como ley natural lo que la ciencia ha propuesto, no debería hacer que fuera más difícil creer que el Macrocosmos tiene la misma influencia tanto en la superficie como bajo la superficie (tejido) de la tierra. ¿Es esto tan irracional? ¿No tiene de nuevo aquí su duplicado el viejo axioma hermético «Como es arriba, es abajo; como es abajo, es arriba»?

Tal vez la ciencia se tome algún día el tiempo de investigar en estas áreas inexploradas, y experimentar sobre una base mucho más amplia de lo que ha sido el caso hasta ahora. Mientras que es verdad que algunos científicos han conseguido resultados notables trabajando en estas áreas, han sido pocos y han sido rehuídos por sus colegas. Intentaron aventurarse en lo desconocido, las esferas ridiculizadas, y han sido llamados místicos, herejes, y oveja descarriada del rebaño. Ellos eran todo esto, pero si no hubieran dejado el sendero trillado, y si no se hubieran aventurado a explorar en otras direcciones, su labor nunca hubiera producido resultados de importancia alquímica.

La siguiente es una tabulación (ver apéndice para posteriores detalles) condensada de hierbas, registradas de acuerdo a la influencia planetaria que afecta a cada una de ellas, según lo proclamaba la tradición antigua. A fin de que esta lista sea de utilidad, cada estudiante debe descubrir individualmente cuán verdaderas son estas atribuciones planetarias para estas diversas hierbas. Parece ser que sería necesario incluso un estudio más profundo a fin de descubrir las causas subyacentes a los diferentes modos en que operan las virtudes medicinales. Muchos que han

dedicado alguna reflexión a este asunto encontrarán aquí, sin embargo, un indicio significativo (*).

SOL

Angélica, Arcangélica	<i>Angelica archangelica</i>
Asciro	<i>Ascyrum</i>
Azafrán	<i>Crocus sativus</i>
Caléndula, Flamenquilla, Maravilla	<i>Calendula officinalis</i>
Carmomila, Manzanilla común o de Aragón; Manzanilla romana u oficial	<i>Matricaria chamomilla</i> (recutita); <i>Anthemis nobilis</i>
Celidomia mayor, Hierba de las golondrinas	<i>Chelidonium majus</i>
Centaura menor	<i>Centaurea confertum</i>
Enebro	<i>Juniperus communis</i>
Eufrasia común	<i>Euphrasia officinalis</i>
Fresno	<i>Fraxinus excelsior</i>
Girasol, Tornasol, Mirasol, Helianto	<i>Helianthus annuus</i>
Heliotropo de invierno	<i>Petasites fragrans</i>
Hierba de S. Juan, Hipérico, Corazoncillo	<i>Hypericum perforatum</i>
Laurel noble	<i>Laurus nobilis</i>
Ligústico	<i>Ligusticum</i>
Nogal, Noguera	<i>Juglans regia</i>
Pimpinela	<i>Pimpinella</i>
Rocío del Sol, Rosolis, Drosera	<i>Drosera rotundifolia</i>
Romero, Rosa de mar	<i>Rosmarinus officinalis</i>
Ruda común	<i>Ruta graveolens</i>
Sanguisorba, Pimpinela menor	<i>Poterium sanguisorba</i>
Tormentilla	<i>Potentilla tormentilla</i>
Viborera	<i>Echium vulgare</i>
LUNA	
Abrojo de agua	<i>Tribulus</i>
Acanto, Branca ursina	<i>Acanthus mollis</i>

(*) N. del T.: Hemos incluido aquí las correspondencias latinas de clasificación botánica, para una mejor identificación de cada planta.

Alhelí doble
 Azucena común
 Berro de agua

 Berro de las praderas
 Col, Berza; Colza

 Cuajaleches, Presera, Galio,
 Amor de hortelano
 Gatita
 Hierba de la plata
 ó de nácar
 Lechuga
 Lengua de serpe
 Lenteja de agua
 Lirio común, Cárdeno
 Lisimaquia
 Manzanilla pelitre
 Nomeolvides, Miosotis
 Pamplina
 Pepino, Cohombro
 Salvia moscatel
 Sauce, Mimbrera,
 Bardaguera, Sarga,
 Sargatillo
 Saxífraga
 Telefo, Piñuela

MERCURIO
 Abrótano macho,
 Lombriguera
 Ajedrea
 Alcaravea
 Apio silvestre
 Avellano
 Avena
 Biznaga, Dauco
 Calaminta
 Cañarroya
 Chirivía
 Cinoglosa, Viniebla,

 Cheiranthus
 Liliium candidum
 Nasturtium officinale (Roripa
 nasturtium-aquatica)
 Cardamine pratensis
 Brassica oleracea acephala;
 Brassica oleifera
 Galium aparine

 Medicago lupulina
 Lunaria biennis

 Lactuca sativa
 Ophioglossum vulgatum
 Lemna minor
 Iris germanica
 Lysimachia vulgaris
 Anthemis pyrethrum
 Myosotis
 Stellaria media
 Cucumis sativus
 Salvia sclarea
 Salix

 Saxifraga
 Sedum telephium

 Artemisa abrotanum

 Satureia
 Carum carvi
 Apium graveolens
 Corylus avellana
 Avena sativa
 Ammi
 Calamintha
 Parietaria
 Pastinaca edulis, P. sativa
 Cynoglossum

Lengua de perro
 Culantrillo
 Doradilla
 Dulcamara
 Eneldo
 Enula campana
 Escabiosa
 Espiego, Alhucema
 Helechos
 Hierba del ajo

 Hinojo
 Lirio de los valles, Mugueto,
 Lágrimas de Salomón
 Madreselva
 Maro, Hierba fuente
 Marrubio
 Mejorana
 Moral
 Perejil
 Regaliz, Palo dulce, Orozú
 Valeriana mayor, Hierba de
 los gatos

VENUS
 Adecera común, Vinagrega;
 Romaza
 Agripalma, Cardíaca
 Alcana, Onoquiles,
 Orcaneta, Anchusa
 Aligustre
 Aliso, Aliso negro
 Alquimilla, Pie de león
 Amapola, Ababol;
 Adormidera
 Artemisa
 Bardana, Lampazos
 Bledo
 Buglosa
 Cardo alcachofero,
 Alcaucil cultivado

 Adiantum pedatum
 Asplenium ruta-muraria
 Solanum dulcamara
 Anethum graveolens
 Inula helinium
 Scabius
 Lavandula vera
 Div. Pteridophyta
 Erysimum alliaría (Alliaria
 officinalis)
 Foeniculum vulgare
 Convallaria majalis

 Lonicera caprifolium
 Teucrium marum
 Marrubium vulgare
 Origanum marjorana
 Morus nigra
 Petroselinum satinum
 Glycyrrhiza glabra
 Valeriana officinalis

 Rumex acetosa; R. pulcher

 Leonurus
 Anchusa italica, A. tinctoria

 Ligustrum vulgare
 Alnus glutinosa
 Alchemilla vulgaris
 Papaver rhoeas;
 P. somniferum
 Artemisa vulgaris
 Lappa (Arctium) major
 Blitum
 Anchusa officinalis
 Cynara scolymus

Centeno	Secale cereale
Cerezo, C. de monte,	Prunus avium; P. cerasus
C. negro; Guindo, Marasca	
Cerraja, Cardo ajonjero	Sonchus
Ciruelo	Prunus domestica
Col de perro	Mercurialis perennis
Coloquintida	Cucurbita colocynthis
Cruciata	Crucianella; Vailantia cruciata; Gallium cruciata
	Digitalis purpurea
Digital, Dedalera	Eryngium campestre,
Eringe, Cardo corredor,	E. Maritimum
Cardo setero	Teucrium scorodonia
Escordio, Salvia de los bosques, Camedrio	
Escrofularia	Scrophularia
Filipéndula, Saxifraga roja	Filipendula hexapetala
Fresa, Madroncillo	Fragaria vesca
Garbanzo	Cicer arietinum
Gnafalio, Algodonera	Gnaphalium
Grosellero espinoso,	Ribes grosularia
Uva espina	
Hiedra terrestre	Hedera
Hierba gatera	Nepeta cataria
Hierba de S. Roberto	Geranium robertianum
Hierba de Santiago	Senecio Jacobaea
Llantén mayor	Plantago major
Malvavisco, Altea	Althaea officinalis
Margarita, Bellorita	Bellis perennis
Menta, Hierbabuena	Mentha piperita
Milenrama, Milhojas,	Achillea millefolium
Milefolio	
Numularia	Lysimachia nummularia
Ombligo	Omphalodes
Orquídea	Orchis
Pajarilla, Aguileña, Clérigos	Aquilegia vulgaris
boca-abajo	
Peine de Venus	Scandix pecten-Veneris
Pelitre	Pyrethrum parthenium
Peral	Pirus communis
Pervinca, Pervendra	Vinca minor
Poleo	Mentha pulegium

Primavera	Primula officinalis
Prímula	Primula veris
Reina de los prados,	Filipendula ulmaria
Ulmaria	
Sanícula	Sanicula europaea
Saponaria, Hierba jabonera	Saponaria officinalis
Senecio, Zuzón, Hierba cana	Senecio
Solidago	Solidago virga-aurea
Tanacetó	Tanacetum vulgare
Trigo	Triticum sativum
Tusílago, Uña de caballo,	Tussilago farfara
Farfara	
Uva de zorro	Paris quadrifolia
Verbena	Verbena officinalis
Zarzamora; Frambueso	Rubus coesius; R. idaeus

MARTE

Agracejo, Arlo,	Berberis vulgaris
Berberis, Berbero	
Ajenjo mayor	Artemisia absinthium
Ajo	Allium sativum
Albahaca moruna, Alabega	Ocimum basilicum
Brionia	Bryonia dioica
Camepitios, Pinillo	Ajuga chamaepity
Cebolla	Allium cepa
Genciana mayor	Gentiana lutea
Geranio	Geranium molle
Graciola	Gratiola officinalis
Hierba de S. Benito,	Geum urbanum
Cariofilada	
Hierba sardónica	Ranunculus sedatus
Imperatoria	Imperatoria ostrutium
Linaria	Linaria vulgaris
Lúpulo, Hombrecillo	Humulus lupulus
Ortiga mayor; O. romana	Urtica urens; U. dioica
Oxiacanto; Espino albar,	Crataegus oxyacantha;
Majuelo; Acerolas	C. monogyma; C. azarolus
Panácé	Opopanax chironium
Piperisa, Lepidio de hoja ancha	Lepidum latifolium

Rábano picante, silvestre o rústico	<i>Raphanus raphanistrum</i>
Ruibarbo	<i>Rheum officinale</i>
Sabina	<i>Juniperus sabina</i>
Tabaco	<i>Nicotina Tabacum</i>

JUPITER

Acelga	<i>Beta vulgaris cycla</i>
Agrimonia, Hierba de San Guillermo	<i>Agrimonia eupatoria</i>
Arce, Acer, Meple, Plátano falso	<i>Acer</i>
Balsamita, Menta romana	<i>Tanacetum balsamita</i>
Borraja	<i>Borago officinalis</i>
Castaña	<i>Castanea vesca, sativa ó vulgaris</i>
Cinco en rama	<i>Potentilla recta</i>
Clavel	<i>Dianthus caryophyllus</i>
Diente de león, Amargón	<i>Leontodum Taraxacum (Taraxacum dens leonis)</i>
Escarola, Endibia	<i>Cichorium endivia</i>
Escolopendra	<i>Scolopendrium officinale</i>
Esmirnio, Apio caballar	<i>Smyrnum olussatrum</i>
Esparraguera	<i>Asparagus officinalis</i>
Hepáticas	<i>Div. Bryophyta</i>
Hierba de las cucharas	<i>Cochlearia officinalis</i>
Higuera	<i>Ficus carica</i>
Hinojo marítimo, Perejil de mar	<i>Crithmum maritimum</i>
Hisopo	<i>Hysopus officinalis</i>
Meliloto, Loto de miel,	<i>Melilotus officinalis</i>
Trébol oloroso ó real	
Melisa, Toronjil, Cidronella,	<i>Melissa officinalis</i>
Balsamita mayor	
Mirtillo, Arándano	<i>Vaccinium myrtillus</i>
Perejil silvestre	<i>Anthriscus vulgaris</i>
Perifollo silvestre	<i>Chaerophyllum silvestre</i>
Pulmonaria oficial ó manchada	<i>Pulmonaria officinalis</i>
Roble	<i>Quercus robur</i>
Rosas	<i>Rosa</i>

Salvia, Salvia, real, Té
indígena, Filósofo, Sabio
Siempreviva, Barba de
Júpiter

Salvia officinalis
Sempervivum tectorum

SATURNO

Acebo, Agrifolio
Amaranto, Flor de amor
Azulejo, Aciano, Aldiza,
Liebrecilla
Beleño negro
Cebada
Cicuta mayor; *C. virosa* ó
acuática
Cizaña, Rabillo Joyo
Coniza, Hierba pulguera
Cuscuta
Chopo, Alamo
Endrino
Equiseto, Cola de caballo
Gordolobo, Verbasco
Haya
Helecho real, acuático ó
florido
Hiedra
Hieracio, Hierba del gavián
Hierba pastel o de
San Felipe, Glasto
Hierba de S. Antonio,
Adelfilla pelusa
Lirio fétido ó hediondo
Llantén
Maíz
Mastuerzo
Membrillero
Musgos
Nispero, Nispolero
Olmo
Perfoliada

Pie de cabra

Ilex aquifolium
Amaranthus
Centaurea cyanus

Hysocyamus niger
Hordeum
Conium maculatum;
Cicuta virosa
Lolium temulentum
Plantago psyllium
Cuscuta epilinum
Populus
Prunus spinosa
Equisetum
Verbascum thapsus
Fagus silvatica
Osmunda regalis

Hedera helix
Hieracium
Isatis tinctoria

Epilobium hirsutum

Iris foetidissima
Plantago coronopus
Zea mays
Lepidium sativum
Cydonia vulgaris
Muscineae
Mespilus germanica
Ulmus
Bupleurum perfoliata
(*rotundifolium*)
Egopodium podagraria

Pie de pájaro	Ornithopus sativus
Polipodio, Polipodio del roble	Polypodium vulgare
Remolacha	Beta vulgaris rapa
Rosa de Navidad	Helleborus niger
Sanguinaria mayor	Polygonum aviculare
Sello de Salomón	Polygonatum vulgare
Senecio de sarracenos	Senecio sarracenicus
Serbal	Sorbus
Sinfito, Consuelda mayor	Symphytum officinale
Solano negro, Hierba mora	Solanum nigrum
Tamariz, Taraje, Taray, Atarfe	Tamarix
Tejo	Taxus baccata
Todosana, Todabuena	Androsaemum officinale
Violeta; Pensamiento, Trinitaria, Flor de la Trinidad	Viola odorata; V. tricolor
Zurrón de pastor	Capsella bursa-pastoris

Concluyendo esta tabla condensada de hierbas e influencias planetarias correspondientes, será interesante añadir unas pocas observaciones posteriores. Estas pueden ser corroboradas por aquellos que deseen hacerlo así, y que puedan por tanto llegar a sus propias conclusiones personales.

¿Hay alguien capaz de responder porqué las flores de la pamplina están abiertas y erguidas desde las nueve de la mañana hasta mediodía? Sin embargo, si llueve permanecen cerradas, y tras la lluvia se vuelven péndulas. La «cuatro en punto» abre su flor hacia las cuatro de la tarde. El diente de león (un verdadero reloj de sol) se abre a las siete de la mañana y se cierra a las cinco de la tarde. La pimpinela (el barómetro del pobre) cierra sus pequeñas flores muchos antes de que llueva o la noche se acerque. La flor púrpura de la capadella se expande solamente cuando brilla el sol. Si el trébol contrae sus hojas, pueden esperarse truenos y lluvias pesadas. Podrían citarse muchos ejemplos similares. ¿Qué es lo que causa tal variación en el comportamiento? Todas tienen sus raíces en el suelo y extraen su nutrición del terreno y del aire. Sin embargo,

su comportamiento es marcadamente diferente. ¿Es tan irracional suponer que ellas, como los átomos diminutos, están gobernadas de acuerdo a leyes similares?

No hace al caso seguir más lejos en esta materia, pues en las páginas siguientes puede encontrarse material suficiente como para ayudar a la asimilación de la esencia espiritual para su transmutación posterior. Sin embargo, merece prestarse atención a un asunto relacionado con las influencias planetarias sobre las diversas partes del cuerpo humano. El Zodíaco es representado como el rector del cuerpo, cuyas partes están distribuidas a lo largo de las doce casas. Estas, a su vez, están regidas por ciertos planetas. Puede por lo tanto determinarse un lazo conector, con un mínimo de ingenuidad por parte del estudiante espagórico.

La tabulación siguiente, de acuerdo a Paracelso, de órganos del cuerpo y de los planetas respectivos que los rigen, será la ayuda para análisis posteriores:

El Sol rige el corazón
 La Luna rige el cerebro
 Venus rige las venas
 Saturno rige el bazo
 Mercurio rige el hígado (1)
 Júpiter rige los pulmones (pecho)
 Marte rige la bilis

Puesto que los escritos de este gran sabio, Paracelso, son de tan grande importancia, es casi esencial que los estudiantes de la literatura alquímica den a sus obras un estudio cuidadoso.

Paracelso coincide con maestros anteriores en relación al hecho de que las estrellas influncian a todas las cosas que crecen. Estas cosas que crecen, pues, corresponden exactamente al número de influencias y estrellas. Pero así como algunos árboles producen peras y otros manzanas, así algunas estrellas dan lluvia, otras nieve, granizo, etc. De esta forma se genera lo que cae del cielo.

Paracelso habla de la naturaleza caliente y fría de las dolencias, y también de remedios que caen bajo esas clasi-

(1) Culpeper establece que Júpiter rije el hígado, y Mercurio los pulmones.

ficaciones (1). En esos casos, puede emplearse el principio homeopático de «similia similibus curantur» —lo semejante cura a lo semejante. Este principio puede quizá ilustrarse mejor tomando un huevo helado y situándolo en agua fría. La escarcha será absorbida por el frío y el huevo estará sano de nuevo. Puesto que lo semejante repele a lo semejante en los fenómenos físicos, el procedimiento homeopático de curar, digamos un envenenamiento arsenical, es usar la misma substancia, es decir: arsénico. Así, si una dosis fisiológica de arsénico conduce al envenenamiento arsenical, el practicante homeopático usará esta misma substancia, arsénico, en una forma sumamente diminuta o altamente triturada para efectuar una cura. Aquí, la elevada trituración hace que las partículas de arsénico se vuelvan tan pequeñas que ya no pueden ser percibidas. Por la elevada trituración, la frecuencia vibratoria se incrementa grandemente y adquiere una alta potencia para expeler la dosis fisiológica de arsénico. Por consiguiente, en homeopatía, para repeler una enfermedad, se usa la substancia idéntica, substancia que, en una dosis fisiológica, causó la enfermedad en primer lugar. Quizá la frase «dosis curativa» sea inadecuada, pero se usa para transmitir el proceso. Sin embargo, al usar agentes homeopáticos altamente triturados, no se puede hablar realmente de dosis puesto que la substancia curativa es inconcebiblemente pequeña —1:100 000.000 e incluso menor (2).

La homeopatía se halla más cerca de la Alquimia que las otras terapias, pero se halla aún lejos de producir acciones alquímicas por cuanto que no libera la quintaesencia, que es tan esencial como agente *curativo*. Puesto que la homeopatía, tal como la enseña Hahnemann, es sólo un segmento de las terapéuticas Paracelsianas y es relativamente poco usada, ¿qué puede uno esperar de la aceptación de la Alquimia Herbal?

(1) La pimienta negra (*piper niger*), la mostaza (*sinapis*), y la nuez moscada (*nux moschata*) por ejemplo, son medicamentos de naturaleza caliente. Las hierbas de la familia de la menta (o hierbabuena) son medicamentos de naturaleza fría.

(2) El profesor Liebig dijo en sus cartas químicas: «Cuanto más pequeñas son las partículas de la medicina prescrita, menos resistencia física encuentran a su difusión en el tejido.»

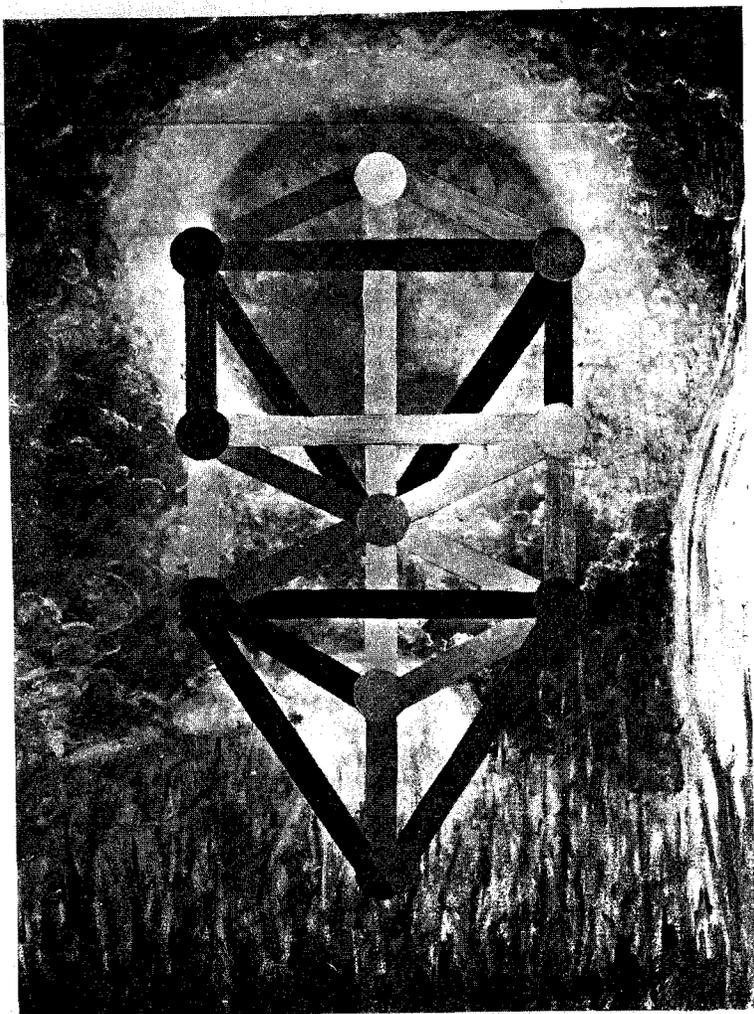
Alquímicamente una cura se obtiene por el uso de fuerzas opuestas, de negativo contra positivo. Una dolencia representa el aspecto negativo, mientras que los agentes curativos representan fuerzas positivas. Donde estas dos fuerzas opuestas se encuentran, ocurren manifestaciones. El objeto de los remedios alquímicos es suplementar la falta o déficit de fuerzas positivas en el cuerpo (que representa la parte negativa, por oposición a la fuerza vital positiva, que en sánscrito se llama «prana») (1).

Esta fuerza vital, prana o quintaesencia, sólo puede separarse por medio de la Alquimia. Es esta diferencia, la separación de la quintaesencia, la que sitúa a la Alquimia en un nivel superior a todos los otros sistemas terapéuticos.

Si es verdad, como se ha afirmado, que los cuerpos celestes irradian un poder invisible que se ha observado que se manifiesta diferentemente entre los diversos especímenes del reino herbal, sólo se necesita una investigación por parte de estudiantes sinceros y sin prejuicios para justificar estas observaciones.

(1) El sistema de bioquímica del Dr. Schuessler prescribe los 12 remedios tisulares para reconstruir los minerales carentes en la sangre. La homeopatía difiere de la bioquímica, al curar la primera semejante con semejante, y al rellenar o construir la bioquímica los minerales carentes en la sangre. Tanto la homeopatía como la bioquímica tienen una relación más estrecha con las terapéuticas alquímicas que la administración de dosis fisiológicas de acuerdo al sistema alopático. Sin embargo, incluso los médicos alopáticos están atenuando ahora sus dosis en la que se conoce como sueroterapia. Esta es sólo una indicación de un paso posterior a ser tomado por la medicina moderna para aproximarse más de cerca al único sistema perfecto natural de curación, que se ha de encontrar en la Alquimia.

Si cualquiera de los remedios tisulares del doctor Schuessler, tales como calcio, silicio, potasio, etc., fuera separado en sus tres principios esenciales (de acuerdo con la práctica alquímica), a saber, azufre, sal y mercurio, y después fueran éstos coagulados de nuevo, no es difícil imaginar los resultados potenciales que podrían obtenerse de esta manera. Tales remedios rellenarían verdaderamente el cuerpo, y lo reconstruirían debido a las elevadas vibraciones de estos remedios. Esto resulta verdadero también para cualquiera de las preparaciones homeopáticas, lo que es decir su substancia básica antes de la trituración con lactosa (azúcar de leche) o espíritus de vino. Sin embargo, ninguno de ambos sistemas libera la quintaesencia, la materia más importante en las preparaciones alquímicas.



PINTURA AL OLEO ORIGINAL QUE SE HALLA EN LA SOCIEDAD DE INVESTIGACIONES PARACELSO

Lo que es esencial no puede ser destruido por el fuego. De la retorta C6smica, la fuerza vital se eleva para permitir que crezca el Arbol de la Vida Qabalístico, de modo que el Alquimista pueda participar de sus frutos y obtener por ellos vida, luz y amor eternos.

Capítulo VI

LOS SIMBOLOS EN LA ALQUIMIA

Símbolos misteriosos han intrigado la mente del hombre desde tiempo inmemorial. En toda 6poca, la religi6n, la magia y la alquimia han abundado en el uso de s6mbolos. Han sido atribuidos a estos signos extra6os significados de diversas clases, e interpretaciones que limitan en lo alucinatorio y lo fant6stico. Se puede entender, pues, que a6un hoy en d6a puedan encontrarse entre diversas gentes expresiones tales como «signos del diablo», «marcas del diablo», etc. En alquimia no se esconde nada diab6lico o imp6o detr6s de estos s6mbolos. Al contrario, para aquellos que son capaces de entenderlos, poseen una significaci6n honorable e incluso santa. Este entendimiento ha sido considerado demasiado sagrado y demasiado valioso como para ser arrojado ante el indigno. Los alquimistas, y especialmente los fraters Rosacruces, han usado estos s6mbolos sagrados entre ellos a fin de impedir que los secretos alqu6micos, m6sticos, u ocultos, cayeran en las manos de aquellos que les dar6an mal uso. Se sab6a que los adeptos Rosacruces ten6an poderes y m6todos secretos para conseguir lo que a otros les parec6a milagroso, tal como ha sido registrado durante siglos. Por ejemplo, el maravilloso trabajo (en alem6n) de W. G. Surya, *Der Stein der Weisen* (*La Piedra de los Sabios*) presenta un registro casi incre6ible, pero aut6ntico, de estos Sabios durante los siglos pasados. Incluso hoy en d6a, los mismos s6mbolos son empleados por los hermanos alquimistas cuando quiera que es necesario.

Puede surgirle la ocasión al futuro alquimista que lee ahora estas páginas, de que pueda entrar en contacto con libros y manuscritos que contengan estos símbolos alquímicos. Por esta razón, las páginas siguientes presentan los signos importantes junto con sus nombres en castellano y en latín. Para algunos, tales signos son de poca importancia ahora, pero probarán ser de inmenso valor cuando, en el momento menos sospechado, se presente un lazo conectante. Los miembros de la antiquísima fraternidad de Rosacruces están todavía ocupados muy activamente en la alquimia como parte de su trabajo oculto y místico. Sin embargo, uno debe discriminar entre los pseudo-Rosacruces, que puedan pertenecer exteriormente a una de las varias organizaciones que hacen uso de ese nombre, y los adeptos reales que comprenden el núcleo interno del círculo de la Orden (que todavía existe a lo largo de Oriente y Occidente). Como ya se estableció previamente, sería inútil intentar localizar o incluso contactar este círculo interno. Es verdad que los símbolos alquímicos Rosacruces han sido publicados antes de su aparición aquí, y sin duda encontrarán su camino hacia la impresión de nuevo en el futuro. Tales símbolos son siempre de interés para los estudiantes de ocultismo y misticismo. Se incluyen en esta pequeña obra sólo para ayudar a los estudiantes a llegar a una comprensión fundamental de los significados básicos. Por esta razón, están recopilados de un modo condensado, pero comprensivo.

No se hace ninguna afirmación de que los símbolos aquí reproducidos sean los únicos usados en alquimia. Basilio Valentín empleó algunos de diseño similar, más otros enteramente de su propia composición. Algunos alquimistas idearon su propia serie de símbolos cuando era evidente que los signos usados anteriormente habían caído en las manos de charlatanes, que sólo hacían uso de ellos para defraudar y decepcionar al público.

Respecto a la interpretación individual de los símbolos alquímicos, sólo puede decirse que un desarrollo interno ayudará al alquimista estudiante a llegar a sus significados correctos. El profundo mensaje que contienen nunca será explicado completamente en la palabra impresa, ni en las traducciones intentadas por «doctos intelectuales».

Los símbolos usados por los fraters Rosacruces son dados aquí de tal modo que la interpretación resulta superflua. Son presentados de la misma manera que un diccionario define ciertas palabras y frases.

ALQUIMIA ROSACRUZ

I SIGNOS DE ELEMENTOS

△	Ignis—Fuego
▲	Aer—Aire
▽	Aqua—Agua
▽	Terra—Tierra

II SIGNOS DE METALES Y PLANETAS

♁	Argentum vivum—Mercurio
♃	Stannum (Júpiter)—Estaño
♁	Cuprum (Venus)—Cobre
♁	Argentum (Luna)—Plata
♁	Sol—Oro
♁♂	Ferrum (Marte)—Hierro
♁♄	Plumbum (Saturno)—Plomo

III SIGNOS DE MINERALES

♁	Antimonium—Antimonio
♁	Sulphur—Azufre

33	Cinabris—Cinabrio
Ⓢ	Lithargirium—Monóxido de Plomo
X	Talcum—Talco
M	Marcasit—Marcasita
Ⓜ	Magnet—Magnetita, Calamita
Ⓜ	Arsenicum—Arsénico
Ⓜ	Aurum pigmentum—Oropimente
Ⓜ	Alumen—Aluminio
Ⓜ	Nitrum—Salitre
Ⓜ	Sal—Sal
Ⓜ	Salprapuratum—Nitro
Ⓜ	Vitriolum—Vitriolo
Ⓜ	Calx—Cal, Marga
Ⓜ	Viride Aeris—Verde de Cobre (Cardenillo)
Ⓜ	Calcovviva—Cal viva
Ⓜ	Arena—Arena

IV PRODUCTOS DE MINERALES

Ⓜ	Aurichalcum—Oricalco o Latón
Ⓜ	Specular—Vidrio de Talco o Hematita (Mineral de Pizarra o Piedra Mica)
Ⓜ	Mercurius praecipitatus—Amalgama o Mercurio sólido
Ⓜ	Mercurius Sublimatus—Mercurio refinado

Ⓜ	Regulus—Metal Puro
Ⓜ	Limatura Martis—Limaduras de Hierro
Ⓜ	Tutia—Carbonato u Oxido de Zinc
Ⓜ	Minio—Oxido Rojo de Plomo
Ⓜ	Cerussa—Acetato de Plomo
Ⓜ	Flores—Oxido de un Metal
Ⓜ	Attramentum—Tinta Negra
Ⓜ	Mercurius vita—Mercurio Puro—Azogue

V SIGNOS DE VEGETALES

Ⓜ	Tartarus—Bitartrato Potásico
Ⓜ	Saltartari—Carbonato Potásico
Ⓜ	Cinis—Cenizas
Ⓜ	Cineres Clavellati—Carbonato Potásico crudo
Ⓜ	Lixivium—Licor
Ⓜ	Acetum—Vinagre
Ⓜ	Acetum Distillatum—Vinagre destilado
Ⓜ	Spiritus—Solución Alcohólica
Ⓜ	Spiritus vini—Espíritus de vino
Ⓜ	Spiritus vini Root—Espíritus de vino Rectificados

⊕	Cera—Cera
ff	Sacharum—Azúcar
m	Camphor—Alcanfor
JB	Hierba—Hierba
R	Radices—Raíces
G	Gumi—Goma

VI SIGNOS DE ANIMALES

□	Urina—Orina
⋈	Cornua Cervi—Cuerno de Ciervo—Carbonato Amónico
♋	Cancer—Cangrejo
♌	Leo—León
♍	Virgo—Virgen
♎	Simia, Libra—Mono
♏	Scorpio—Escorpión
♐	Sagittarius—Arquero
♑	Caper—Cabra, Capricornio
☽	Amphora—Cántaro, Vasija—Medida
♓	Pisces—Peces
♊	Gemini—Gemelos
♉	Taurus—Toro
♈	Ares—Morueco

VII SIGNOS DE TIEMPO

☾	Annus—Año
☒	Mensis—Mes
⌘	Hora—Hora
♁	Dies—Día
♂	Nox—Noche

VIII SIGNOS DE PESO

℔	Libra—Balanzas—Libra
ʒ	Uncia—Onza
ʒʒ	Uncia Semis—Media Onza
ʒ	Drachma—1/8 Onza
ʒʒʒ	Drachma 1/2—1/16 Onza
ʒ	Scrupulus—1/24 Onza (20 grs.)
ʒʒʒʒ	Scrupulus 1/2—1/48 Onza
gr	Grana—Grano
gt	Gutta—Gota
aa	Ana—Partes Iguales de Cada
qs	Quantum Satis—Cantidad suficiente
M _s	Manipulus—Puñado

IX SIGNOS DE INSTRUMENTOS

	Alembicum Vitrum—Contenedor de Vidrio
	Retorta—Retorta
	Vas recipiens—Recipiente
	Crucibulus—Crisol
	Balneum Mariae—Baño de Agua
	Balneum Vaporis—Baño de Vapor
	Ignis Circulator—Horno

X SIGNOS DE OPERACION

	Sublimare—Sublimar
	Precipitare—Precipitar
	Filtrare—Filtrar
	Amalgamare—Amalgamar
	Digestio—Calentar en agua o digerir en calor moderado
	Luto. Lutrine—Luten. Masilla
	Solvere—Disolución
	Stratum Super Stratum—Estrato sobre estrato
	Extrahere—Extraer
	Distillare—Destilar
	Evaporare—Evaporar

XI SIGNOS DE VARIOS PRODUCTOS

	Oleum—Aceite
	Volatile—No fijo, Activo
	Fixum—Fijo
	Caput Mortum—Cabeza Muerta
	Ammoniacum—Amoniaco
	Salpo—Sulfato Potásico
	Borax—Diborato Sódico
	Crystalli—Cristales
	Pulvis—Polvo

XII CIFRAS ALQUIMICAS

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19		
20	21	22	23	24																
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21
22	23	24																		

Capítulo VII

LA SABIDURIA DE LOS FILOSOFOS

(*La Obra Sobre Los Metales*)

RESUMEN DE UNA CONVENCION ROSACRUZ, 1777

El material alquímico siguiente fue obtenido de un raro manuscrito, escrito a mano en escritura Latina y Alemana, y cifras Rosacruces. Las cuatro secciones del documento original están dispuestas como sigue: A — Introducción; I — Primer Grado; II — Segundo Grado; III — Tercer Grado. Este trabajo, junto con la primera edición de *Los Símbolos Secretos de los Rosacruces*, fue traído a este país por la viuda de un tal Mr. Ernst Klatscher, nativo de Praga, Checoslovaquia. Mr. Klatscher era un Masón de alto grado que había estado interesado en el rosicrucianismo durante algunos años. La invasión de su país durante la II Guerra Mundial forzó a Mr. Klatscher y a su familia al exilio. Huyeron con tanta prisa, que sólo pudieron llevarse con ellos sus posesiones más altamente estimadas. Entre éstas estaban *Los Símbolos Secretos de los Rosacruces*, y el documento que resumimos aquí.

Naturalmente, este manuscrito no tiene precio. El original vino de un monasterio en Praga (en el país conocido anteriormente como Bohemia), centro por muchos años de la actividad alquímica. Hasta donde nosotros somos capaces de determinarlo, el original de este documento ya no existe. Tal vez sólo sobrevivan estas fotocopias. A. E.

Waite, en su libro *The Brotherhood of the Rosy Cross (La Hermandad de la Rosa Cruz)*, menciona que conocía la existencia de este documento tal como se registró en una Convención Rosacruz tenida en Alemania en 1777. Las fotocopias en nuestra posesión incluyen un perfil completo de los estudios, el ritual, y especialmente el trabajo alquímico, usados por los Rosacruces de esos días.

La Orden Rosacruz (AMORC), obtuvo estas copias fotostáticas, y la primera edición de *Los Símbolos Secretos de los Rosacruces*, del albacea del estado de Ernst Klatscher. Mr. Klatscher murió en su viaje a América o inmediatamente después de que llegó. Su viuda entregó estos documentos a Frenkel y Compañía, una firma establecida hacía tiempo, que tenía oficinas en Londres, París, Amsterdam y Hamburgo.

La *Introducción*, de por sí, está dividida en tres partes de tres informes cada una. El número total de páginas en la introducción es de 35. El primer informe cubre las páginas 1 a 22, el segundo las páginas 23 a 28, y el tercero, que parece tratar más o menos de notas alquímicas, las páginas 29 a 35. El informe del Primer Grado, Grado Junior, o Zelators como se les llama, contiene nueve páginas. En adición a éstas, hay cuatro grandes tablas, dos de cuatro páginas cada una, y las otras dos de dos páginas cada una. Una de estas tablas, la número 4, es extremadamente valiosa desde el punto de vista alquímico, puesto que contiene todos los símbolos usados por los Rosacruces de todas las edades en su trabajo alquímico.

El *Primer Grado* da instrucción concerniente a los cuatro elementos alquímicos, y los símbolos por los que se representan. Se da otro material Cabalístico en relación a la Alquimia, que se remonta hacia atrás incluso hasta el tiempo de Salomón. La relación del triángulo (significando el comienzo, el medio y el final), y sus otras correspondencias a nombres divinos, es la razón de que el triángulo fuera adoptado, con ligeras alteraciones, para representar a los cuatro elementos. Quien entienda concienzudamente estos principios de los cuatro elementos, puede extraer de ellos la Sal, el Azufre, y el Mercurio alquímicos. Posteriormente, el estudiante es enseñado a unir esta Sal, Azufre y Mercurio en un grado superior. En este grado se da la ley

fundamental de la Orden como la persecución de sabiduría y virtud, más que habitar en el dominio de la codicia cuando se descubre la piedra de los filósofos. Esto se imprime concienzudamente sobre cada miembro de este grado. La instrucción de los miembros superiores, la propia iniciativa y energía de los miembros, y la misericordia de Dios, determinarán si harán o no alguna vez una transmutación.

Incidentalmente, se especifica también que el coste de los experimentos realizados ha de estar controlado y restringido a un grado tal que las posesiones materiales de los miembros no se vacíen. Se espera que los miembros trabajen en grupos y suplementen cada uno el trabajo del otro, reduciendo así el coste de los experimentos. La desobediencia de esta regla sería castigada con penas tales como la suspensión o la expulsión de la Orden.

El *Segundo Grado*, o el de Fratres Theoricus, tiene cinco páginas. La quinta página tiene la cifra del grado. (En estos manuscritos, en vez de ser llamados Primero, Segundo y Tercer Grados, los diferentes estados son llamados Primera, Segunda y Tercera Clases —o Zelators, Fratres Theoricus, etc.) Los Fratres de este Grado o Clase estaban relacionados con la teoría de la instrucción, en preparación directa para el siguiente grado. Ellos pueden formular sus propias teorías, y cambiar ligeramente el palabreo de la instrucción de modo que puedan entenderla mejor, pero no se les permite usar ningún aparato.

Las obras de Basilio Valentín, Paracelso, Enrique Madathanas, Arnaldo de Vilanova, Raimundo Lullio y varios escritores alquímicos anónimos, eran recomendadas a los miembros de este grado para su cuidadoso estudio. Los miembros se reunían y discutían estos autores mientras los leían. El corazón filosófico de la teoría de la Alquimia, como se enseñó, se aplicaba al mundo espiritual de esta manera: era el fuego del amor el que preparaba la quintaesencia celeste y la tintura eterna de todas las almas. Se daba en detalle la instrucción Rosacruz definida concerniente a los siete planetas, y al metal particular bajo la influencia respectiva de cada planeta. De este modo, los miembros de este grado eran preparados para el siguiente, que era de experimentación práctica. Para entonces tenían

que estar preparados por lo que concernía a la teoría, comprendiendo completamente los principios Rosacruces de la Alquimia. Debían tener también un conocimiento de los diferentes procesos y manipulaciones, a fin de obtener la esencia de los reinos mineral, vegetal y animal. Tenían que estar familiarizados con los diversos minerales y rocas, menas y metales, y ser capaces de obtener puro el metal virgen a partir de una mena. Deberían también conocer de vista los diferentes tipos de vasijas, y el uso para el que estaban destinadas.

El *Tercer Grado*, o el de Practicus, contiene dieciséis páginas. Está dividido en dos partes. La primera parte trata de las instrucciones alquímicas o «procesos Preparatorios Necesarios para la Obra Filosófica». Hay cuatro capítulos concernientes a los materiales que han de obtenerse, la habitación, el tipo de equipo, y las otras disposiciones del laboratorio. El Capítulo 5 comienza con el trabajo real. Está titulado «Cómo Debe Ser Preparado el Menstruum Resolventia Universal o Radical a partir de Materiales Minerales, Vegetales y Animales.»

El proceso I trata del menstruo radical mineral, o simplemente de metales y piedras preciosas. En breve, es esto: se han de tomar partes iguales de salitre y vitriolo, y purificar esto con agua. El agua es entonces apartada y evaporada, y las sales remanentes son calcinadas. Se requiere una clase especial de vitriolo que debería venir de algún lugar fuera de Europa, preferiblemente de las Indias Orientales, Japón o Méjico. Esto se debía probablemente al hecho de que el sulfato de cobre de estos países era mucho más fuerte que el encontrado en Europa. A continuación tiene lugar con estas sales un complicado proceso de sublimación y destilación, similar al descrito en la obra de Cockren. La esencia así obtenida tiene la propiedad y poder, cuando se mezcla con otros metales o sus sales, de extraer su esencia.

El proceso II es el de preparar el menstruo radical vegetal. Se toma la mejor clase del vegetal o de la hierba usada. Se sitúa en ácido acético débil y espíritus de vino rectificadas. Han de usarse partes iguales de ambos líquidos. Esta mezcla se sitúa en un alambique, y se destila. Se digiere de nuevo, y se repite el proceso completo de mezcla

y destilación dos veces más, haciendo un total de tres. Finalmente, como resultado de estos constantes hostigamientos, saldrá un espíritu penitente. Deberá quedar atrás, en el alambique, una pequeña cantidad de tierra muerta y nitro (salitre). Será necesario entonces hacer dos o tres cohobaciones —i.e., combinar la tierra muerta con el espíritu o esencia. De esta manera se prepara el menstruo radical vegetal. Situando otras hierbas en este menstruo, puede obtenerse sus aceites esenciales, y prepararse por lo tanto elixires y medicamentos inestimables.

El proceso III, que trata de la preparación del menstruo animal radical, comienza con la prueba de la orina de una persona saludable. Si la muestra es perfectamente normal, se sitúa en un matraz o alambique, y se destila. Este proceso se repite siete veces. Los restos que quedan en el alambique se mezclan con la última mitad del líquido obtenido en la última destilación. Se afirma que esta substancia tiene un efecto especialmente poderoso cuando se aplica a puntos llagados del cuerpo humano. El manuscrito añade, tal vez humorísticamente, que es lo suficientemente fuerte como para refrescar momias. (Tal preparación nos puede parecer repugnante hoy en día, pero muchos viejos libros farmacéuticos, herbales y médicos contienen prácticas similares. De hecho, Paracelso en su tiempo confundió y disgustó a la facultad médica en la que estaba conferenciando, al experimentar con el excremento del cuerpo humano.)

El proceso IV, o la preparación del menstruo universal, comienza con la mezcla de alcohol y salitre, que son entonces destilados. Tomando el resultado combinado, se le mezcla media libra de sal de nitro frotando, y se destila de nuevo. La combinación resultante se mezcla con porciones iguales de los tres resultados de arriba. Ellos, a su vez, se destilan y subliman siete veces. El resultado final será la esencia, menstruo, o elixir universal.

La segunda parte del Grado Tercero, que comienza en la página nueve, contiene instrucciones y elaboraciones posteriores de estos cuatro procesos. Estas instrucciones acaban con la admonición de que todos los elixires filosóficos, aceites, esencias, alkhaests, e incluso la Piedra misma, debían de usarse primariamente en servicio de la

humanidad y para la gloria de Dios. Desde luego, los que recibirían el primer beneficio serían ellos y otros miembros de la Orden Rosacruz. Tenían que estar interesados principalmente en los valores medicinales de estas preparaciones, pero tenían que ser capaces de crear suficientes piedras y metales preciosos como para mantener las finanzas de la Orden. Se ponía énfasis de nuevo sobre el hecho de que todas las cifras y símbolos deberían ser dominados a fin de que no se cometieran errores. También, se ofrecían instrucciones posteriores en Alquimia espiritual para aquellos que habían amaestrado completamente la Alquimia física. Podemos imaginar, por lo tanto, que a aquellos que habían alcanzado una salud perfecta y la independencia financiera del mundo, se les daba una nueva serie de instrucciones para estudiar y practicar en algún lugar separado. Allí alcanzarían probablemente el más elevado grado de desarrollo psíquico y adeptado.

Las fórmulas, tal como se hallan en el manuscrito, no han de ser tomadas en su valor frontal, desde luego, pues se hallan de necesidad escondidas en su fraseología. Este nos da, sin embargo, un vislumbre interesante de estos grupos de estudiantes sinceros, así como adeptos, que consideraban su tiempo y esfuerzo bien empleados a fin de entrar en el dominio místico de las experiencias alquímicas.

La cita que sigue es de la sabiduría de un Filósofo, tal como se halla registrada en *Collectanea Chémica*. Su propósito es el de ayudar a preparar a los estudiantes alquímicos para la obra mayor. Recordará el lector que se hizo mención de que cualquiera que sea capaz de dominar el proceso herbal encontrará considerablemente más fácil trabajar con minerales e incluso metales. Un estudio cuidadoso de lo que sigue, y una meditación prolongada, desvelarán también este misterio al que se halle preparado para recibirlo.

«Todos los filósofos verdaderos coinciden en que la primera Materia de los metales es un vapor húmedo, elevado por la acción del fuego central en las entrañas de la tierra, el cual, circulando a través de sus poros, se encuentra con el aire crudo, y es coagulado por él en

un agua untuosa, que se adhiere a la tierra, que la sirve de receptáculo, donde se une a un azufre más o menos puro, y a una sal más o menos fija, a la que atrae del aire, y, recibiendo un cierto grado de digestión por el calor central y solar, se forma en piedras y rocas, minerales y metales. Todos éstos se formaron originalmente del mismo vapor húmedo, pero se diferencian por las distintas impregnaciones del esperma, la calidad de la sal y del azufre con los que se fija, y la pureza de la tierra que le sirve de matriz; porque cualquier parte de este vapor húmedo que sea sublimada rápidamente a la superficie de la tierra, al llevar consigo sus impurezas, es pronto privada de sus partes más puras por la acción constante del calor, tanto solar como central, y las partes más groseras, formando una substancia mucilaginosa, proporcionan la materia de las rocas y de las piedras comunes. Pero cuando este vapor húmedo es sublimado muy lentamente, a través de una tierra fina que no participa de una untuosidad sulfurosa, se forman ágatas; porque el esperma de estas bellas piedras jaspeadas, junto con el mármol, los alabastros, etc., separa este vapor depurado, tanto para su formación primera como para su crecimiento continuo. Las gemas se forman de manera similar a partir de este vapor húmedo cuando se encuentra con agua salada pura, con la que se fija en un lugar frío. Pero si es sublimado lentamente a través de lugares que son calientes y puros, donde se le adhiere la gordura del azufre, este vapor, al que los filósofos llaman su Mercurio, se une a esa gordura y se convierte en una materia untuosa que, llegando posteriormente a otros lugares, limpiados por los vapores antes nombrados y donde la tierra es sutil, pura y húmeda, llena los poros de ésta, y así se hace el oro. Pero si la materia untuosa llega a lugares fríos e impuros, se produce plomo, o Saturno; si la tierra fuera fría y pura, mezclada con azufre, el resultado sería el cobre. La plata también se forma a partir de este vapor, cuando abunda en pureza, pero mezclado con un grado menor de azufre y no suficientemente digerido. En el estaño, o Júpiter, como se le llama, abunda, pero en menor pureza. En Marte,

o hierro, se halla en menor proporción, impuro, y mezclado con un azufre quemado.

«De aquí resulta que la Primera Materia de los metales es una cosa, y no muchas, homogénea, pero alterada por la diversidad de lugares y azufres con los que se combina. Los filósofos describen frecuentemente esta materia. Sendivogius la llama agua celestial que no moja las manos; no vulgar, sino como agua de lluvia. Cuando Hermes la llama un pájaro con alas, figurando así su naturaleza vaporosa, está bien descrita. Cuando llama al sol su padre y a la luna su madre, quiere decir que es producida por la acción del calor sobre la humedad. Cuando dice que el viento la llena en su regazo, sólo quiere dar a entender que el aire es su receptáculo. Cuando afirma que lo que es inferior es como lo que es superior, enseña que el mismo vapor, en la superficie de la tierra, proporciona la materia de la lluvia y el rocío, con los que se nutren todas las cosas de los reinos vegetal y animal. Esto, pues, es lo que los filósofos llaman su Mercurio, y afirman que se encuentra en todas las cosas, como lo es de hecho. Esto hace que algunos supongan que esté en el cuerpo humano, y otros en el muladar, lo que ha extraviado a menudo a aquellos que son aficionados a las sutilezas filosóficas, y vuelan de una cosa a otra sin una teoría fija sobre lo que han de buscar, esperando encontrar en los Reinos Vegetal o Animal la máxima perfección del Mineral. A este error suyo han contribuido sin duda los filósofos, con la intención de ocultar del indigno su Primera Materia; en lo que ellos eran, quizá, más cautelosos de lo que es preciso, porque Sendivogius declara que ocasionalmente, en conversación, ha intimado el arte llanamente, palabra por palabra, a algunos que se tenían por filósofos muy agudos; pero ellos concibieron tan sutiles nociones, muy lejos de la simplicidad de la Naturaleza, que no pudieron, en modo alguno, entender su significado. Por lo cual él profesa poco miedo de que sea descubierto, si no es por aquellos que lo tienen de acuerdo al buen agrado y providencia del Altísimo.

«Esta disposición benevolente le ha inducido a de-

clarar la Primera Materia más abiertamente, y fija al artista, en su búsqueda de ella, al reino mineral; porque, citando a Alberto Magno, que escribió que en su tiempo se encontraron granos de oro entre los dientes de un hombre muerto en su tumba, observa que Alberto no pudo dar cuenta de este milagro, sino que lo juzgó ser en razón de la virtud mineral que hay en el hombre, siendo confirmado por ese dicho de Morien: "Y esta materia, oh Rey, se extrae de tí". Pero esto es erróneo, porque Morien entendió esas cosas filosóficamente, al residir la virtud mineral en su propio reino, distinto del animal. Es verdad, desde luego, que en el reino animal el mercurio, o humedad, es como la materia, y el azufre, o tuétano de los huesos, como la virtud; pero el animal no es mineral, y viceversa. Si la virtud del azufre animal no estuviera en el hombre, la sangre, o mercurio, no podría ser coagulada en carne y huesos; así que si no hubiera un azufre vegetal en el reino vegetal, no podría coagular el agua, o mercurio vegetal, en hierbas, etc. Lo mismo ha de entenderse en el reino mineral.

«Estos tres reinos no difieren, por supuesto, en su virtud, ni los tres azufres, pues cada azufre tiene el poder de coagular su propio mercurio; y cada mercurio tiene el poder de ser coagulado por su propio azufre adecuado, y por ningún otro que sea extraño a él.

«Ahora bien, la razón por la que se encontró oro entre los dientes de un hombre muerto, es ésta: porque durante su vida se le administró mercurio, bien por unción, turbit, o de cualquier otro modo; es la naturaleza de este metal ascender a la boca, formándose ahí un desague, para ser evacuado con la saliva. Si entonces, en el tiempo de tal tratamiento, el hombre enfermo murió, el mercurio, no encontrando una salida, permaneció en su boca entre sus dientes, y la armazón, convirtiéndose en una matriz natural para madurar el mercurio, estuvo cerrada por un largo tiempo, hasta que se congeló en oro por su propio azufre adecuado, siendo purificado por el calor natural de la putrefacción, causado por la flema corrosiva del hombre; pero

esto nunca habría ocurrido si no se le hubiera administrado mercurio mineral.

«Todos los filósofos afirman, con el consentimiento de uno, que los metales tienen una semilla por la que se desarrollan, y que esta cualidad seminal es la misma en todos ellos; pero se halla perfectamente madura sólo en el oro, donde el lazo de unión es tan fijo que es sumamente difícil descomponer el sujeto, y procurarlo para la Obra Filosófica. Pero algunos, que eran adeptos en el arte, han tomado por dolorosos procesos al oro como su macho, y al mercurio, que sabían cómo extraer de los metales menos compactos, como hembra; no como un proceso más fácil, sino por ver de la posibilidad de hacer la piedra de este modo; y han tenido éxito, dando este método más abiertamente para ocultar la verdadera confección, que es sumamente simple y fácil. Situaremos, por lo tanto, delante del lector un mojón, para evitar que se divida en esta dificultad, considerando cuál es la semilla por la que se desarrollan los metales, de modo que el artista no pueda estar perdido por más tiempo respecto a dónde encontrarla, teniendo a la vista los escritos de nuestros instruidos predecesores a este respecto.

«La familia de los metales es lo que los Hijos de la Sabiduría han llamado su mercurio, para distinguirlo del azogue, al cual se parece mucho, siendo la humedad radical de los metales. Esta, cuando se extrae juiciosamente, sin corrosivos o fusión, contiene en ella una cualidad seminal cuya madurez perfecta se halla sólo en el oro; en los otros metales se halla cruda, como frutos que aún están verdes, no estando aún lo suficientemente digeridos por el calor del sol y la acción de los elementos. Observábamos que la humedad radical contiene la semilla, lo que es verdad; sin embargo no es la semilla, sino sólo el esperma, en el cual flota el principio vital, invisible ante el ojo. Pero la mente lo percibe, en los verdaderos artistas, como un punto central de aire condensado, en el cual la Naturaleza, de acuerdo con la voluntad de Dios, ha incluido los primeros principios de la vida de toda cosa, tanto animal y vegetal como mineral; porque en los animales

el esperma puede ser visto, pero no el principio de impregnación incluido: éste es un punto concentrado, al cual el esperma sirve sólo como vehículo, hasta que, por la acción y fermento de la matriz, el punto en el que la Naturaleza ha incluido un principio vital se expande, y es perceptible entonces en los rudimentos de un animal. Así que en cualquier fruto comestible (como, por ejemplo, en una manzana), la pulpa o esperma se halla en mucha mayor proporción que la semilla incluida; e incluso aquello que parece ser semilla es sólo una mezcla más fina de esperma, la cual incluye la fuerza vital; así también, en un grano de trigo, la harina es sólo la esperma, y el punto de vegetación es un aire incluido, que es protegido por su esperma de los extremos del frío y del calor, hasta que encuentra una matriz apropiada, en la que habiéndose ablandado la cáscara por la humedad, y calentado por el calor, el esperma envolvente se pudre, haciendo que la semilla o aire concentrado se expanda y haga explotar la cáscara, llevándose consigo en su movimiento una substancia lechosa, asimilada a sí misma a partir del esperma podrido. A ésta, la cualidad condensante del aire la incluye en una película, y la endurece en un germen, todo de acuerdo al propósito de la Naturaleza.

«Si todo este proceso de la Naturaleza, de lo más portentoso en sus operaciones, no fuera repetido constantemente ante nuestro ojos, los procesos simples de la vegetación serían igual de problemáticos que los de los filósofos; sin embargo, ¿cómo se desarrollan los metales? Y más aún, ¿cómo puede cosa alguna multiplicarse sin semilla? Los verdaderos artistas nunca pretendieron multiplicar los metales sin ella, y ¿puede ser negado que la Naturaleza sigue aún su propio sentido? Ella siempre fructifica la semilla cuando ésta se pone en una matriz apropiada. ¿No obedece ella a un artista ingenioso, que conoce sus operaciones, con sus posibilidades, y no intenta nada que se aparte de ellas? Un agricultor mejora su suelo con estiércol, quema las malas hierbas, y hace uso de otras operaciones. Remoja su semilla en varias preparaciones, teniendo cuidado únicamente de no destruir su principio vital; desde

luego, nunca se le viene a la cabeza tostarlo o hervirlo, en lo que muestra más conocimiento de la Naturaleza que algunos posibles filósofos. La Naturaleza, como una madre liberal, le recompensa con una cosecha muy abundante, en proporción al modo en que ha mejorado la semilla y proporcionado una matriz más adecuada para su desarrollo.

«El jardinero inteligente va más lejos; conoce cómo acortar el proceso de vegetación, o retardarlo. Recoge rosas, corta ensaladas, y arranca guisantes verdes en invierno. ¿Está inclinado el curioso a admirar plantas y frutos de otros climas? Puede producirlos a la perfección en sus estufas. La naturaleza sigue sus direcciones sin restringirse, deseando siempre alcanzar su meta, a saber, la perfección de su vástago.

«¡Abrid aquí vuestros ojos, vosotros los investigadores estudiosos de la Naturaleza! Si ella es tan liberal en sus producciones percederas, ¿cuánto más en aquellas que son permanentes, y pueden subsistir en el fuego? Atended, pues, a sus operaciones; si os procuráis la simiente metálica, y perfeccionáis por el arte lo que ella tarda muchos años en perfeccionar, no fracasaráis, sino que ella os recompensará con un incremento proporcional a la excelencia de vuestro sujeto.

«El lector estará inclinado a exclamar aquí: “¡Muy bonito! Todo esto está bien, pero ¿cómo procurarse la semilla de los metales, y de dónde viene que tan pocos sepan cómo cosecharla?” A esto se responde que los filósofos hasta ahora han mantenido eso industrialmente como un secreto profundo; algunos por una disposición egoísta, aunque por otra parte fueran hombres buenos. Otros, que sólo lo querían para personas dignas a las que pudieran impartirlo, no pudieron escribir de ello abiertamente, porque la codicia y la vanidad han sido los principios gobernantes en el mundo; y, siendo hombres sabios, conocían que no era la voluntad del Altísimo inflamar y alimentar tales temperamentos odiosos, la prole genuina del orgullo y del amor propio, sino arrojarlos fuera de la tierra, por lo que han sido apartados hasta ahora. Pero nosotros, no encontrando restricción en nuestra mente a este respecto,

declararemos lo que conocemos: y más bien porque juzgamos que viene el tiempo de demoler el becerro de oro, *tenido* durante tanto tiempo en veneración por todos los rangos de hombres, en cuanto que la valía se estima por el dinero que posee un hombre, y son tales las desigualdades de posesiones, que la humanidad es casi reducible al rico, que se desenfrena en el derroche, y el pobre, que está en necesidad extrema, escocido bajo la mano de hierro de la opresión. Ahora la medida de la iniquidad entre los ricos se precipita hacia su límite, y el llanto del pobre llega ante el Señor: “¿Quién les dará de comer hasta que estén satisfechos?” De aquí en adelante el rico verá la vanidad de sus posesiones cuando se comparan con los tesoros comunicados por este secreto; porque las riquezas que confiere son una bendición de Dios, y no el exprimido de la opresión. Además, su excelencia principal consiste en hacer una medicina capaz de curar todas las enfermedades a las que es propenso el cuerpo humano, y de prolongar la vida hasta los límites máximos ordenados por el Creador de todas las cosas.

«No se necesitan otras razones para la manifestación del proceso; pues el escepticismo ha ido a la par con el lujo y la opresión, de suerte que se disputan las verdades fundamentales de toda religión revelada. Estas fueron siempre tenidas en veneración por los poseedores de este arte, como puede verse por lo que han dejado registrado en sus libros: y, en verdad, los primeros principios de la religión revelada son demostrados a partir del proceso completo, pues la semilla de los metales se siembra en corrupción, y se eleva en incorrupción; se siembra un cuerpo natural, y se levanta un cuerpo espiritual; se sabe que participa de la maldición que cayó sobre la tierra por causa del hombre, teniendo en su composición un veneno mortal, que sólo puede ser separado por una regeneración en el agua y el fuego; puede, cuando es purificada y exaltada completamente, teñir inmediatamente a los metales imperfectos, y elevarlos a un estado de perfección, siendo a este respecto un emblema viviente de esa semilla de la mujer, La Que Aplasta la Serpiente, que, por sus

sufrimientos y su muerte, ha entrado en la gloria, teniendo desde entonces poder y autoridad para redimir, purificar y glorificar a todos aquellos que vienen ante El como mediador entre Dios y la humanidad.

«Siendo tales nuestros motivos, no podemos permanecer callados por más tiempo respecto a la semilla de los metales, sino que declaramos que se halla contenida en los minerales de los metales, como el trigo lo está en el grano; y la torpe insensatez de los alquimistas les ha ocultado el advertir esto, de manera que la han buscado siempre en los metales vulgares, que son artificiales y no una producción natural, actuando por esto tan estúpidamente como si un hombre sembrara pan y esperara obtener de ello cereal, o *esperara producir un pollito a partir de un huevo cocido*. Más aún, aunque los filósofos han dicho muchas veces que los metales vulgares están muertos, sin exceptuar el oro, que pasa el fuego, nunca pudieron imaginar una cosa tan simple como el que la semilla de los metales estuviera contenida en sus minerales, donde únicamente cabría esperarlo; tan extraviada está la ingenuidad humana, cuando abandona la senda trillada de la verdad y la Naturaleza, para enredarse en una multiplicidad de invenciones.

«El investigador de la Naturaleza se regocijará grandemente en este descubrimiento, como fundado sobre la razón y la filosofía pura, pero para los tontos será en vano, incluso aunque la Sabiduría se manifestase a gritos en la calle. Por lo que, dejando a tales personas que se abracen en su propia importancia imaginaria, iremos adelante a observar que las menas de los metales son nuestra Primera Materia, o esperma, en la cual está contenida la semilla, y la llave de este arte consiste en una disolución correcta de las menas en un agua, a la que los filósofos llaman su mercurio, o agua de vida, y una substancia terrestre, a la que han denominado su azufre. La primera es llamada su mujer, esposa, Luna, y otros nombres, queriendo dar a entender que es la cualidad femenina de su semilla; y al otro lo han denominado su hombre, esposo, Sol, etc., para apuntar a su cualidad masculina. En la separación y debida

conjunción de éstos con calor y un cuidadoso manejo, se genera un noble vástago, al que por su excelencia han llamado la quintaesencia, o un sujeto en el cual los otros elementos están tan completamente armonizados como para producir un quinto subsistente en el fuego, sin pérdida de substancia o disminución de su virtud, por lo que le han dado los títulos de Salamandra, Fénix, e Hijo del Sol.

«Los verdaderos Hijos de la Ciencia han tenido en cuenta la disolución de los metales como la llave maestra de este arte, y han sido particulares en dar direcciones relativas a ella, manteniendo a los lectores en la obscuridad respecto al sujeto, es decir, si debían escogerse minerales, o bien metales facticios: no sólo eso, sino que cuando hablan más a propósito hacen mención de metales más bien que de minerales, con la intención de volver perplejos a aquellos a los que consideran indignos del arte. Así, el autor del *Duelo Filosófico*, o diálogo entre la piedra, el oro y el mercurio, dice:

«“Por el Dios omnipotente y la salvación de mi alma, declaro aquí a vosotros, buscadores diligentes, en compasión por vuestra sincera investigación, toda la Obra Filosófica, que se toma de un sólo sujeto y se perfecciona en una sola cosa. Porque tomamos este cobre, y destruimos su cuerpo crudo y grosero; extraemos su espíritu puro, y después de que hemos purificado sus partes terrestres, los unimos, haciendo así una medicina a partir de un veneno.”

«Es de destacar que evita mencionar el mineral, sino que llama a su sujeto cobre, que es lo que ellos llaman un metal del vulgo, siendo verdaderamente artificial, y no adecuado para la confección de nuestra Piedra, habiendo perdido su cualidad seminal en el fuego; pero en otros respectos es el descubrimiento más llano existente, y Sendivogius da cuenta de que es así.

«Mas el lector no ha de suponer que se ha de escoger el mineral de cobre, a consecuencia de este aserto, como preferible a otros. No, el mercurio, que es la semilla metálica, se puede conseguir de todos, y es más fácil extraerlo del plomo, lo que es confirmado por

los verdaderos adeptos, aconsejándonos buscar al noble niño donde yace en una forma despreciada, encerrado bajo el sello de Saturno; y, desde luego, supongamos, como ilustración de este asunto, que alguien se propusiera hacer malta: podría efectuar su propósito en los otros cereales, pero se escoje generalmente la cebada, porque su germen se hace brotar por un proceso menos tedioso, que es para todas las intenciones y propósitos lo que deseamos en la extracción de nuestro mercurio; ni son los procedimientos disimilares en ambos casos, si se tiene en cuenta la fijeza de las menas, y la facilidad con la que la cebada emite su virtud seminal por la ligera cohesión de sus partes.

«Que ahora el artista observe cómo un maltero maneja su grano, mojándolo para hacerle perder la cohesión de sus partes, y deja el resto a la Naturaleza, sabiendo que ella pronto proporcionará el calor necesario para su propósito, si no sufre que se le escape por el mal manejo en poner un montón demasiado fino, o elevando demasiado la fermentación por un proceder contrario, pues es bien sabido que puede encenderse un fuego real a partir de la fermentación de jugos vegetales cuando están crudos y el cereal maduro pronto no será adecuado más que para los puercos, o el muladar. Ahora bien, la intención es levantar sólo una fermentación que extraiga el mercurio vegetal sin estropearlo, bien para la tierra, si se arrojó ahí para fructificar, o el horno, si ha de ser fijado en ese punto preciso, por exhalación de la humedad advenediza, y preservando así toda la fuerza de su cualidad seminal con el propósito de hacer cebada, o espíritus de la malta.

«Suponed, entonces, que un artista fuera a extraer un mercurio mineral a partir de las menas, y escogiese la mena de plomo como su sujeto. El sólo puede ayudar a la Naturaleza en el proceso a base de excitar a un calor central, que ella incluye en todo lo que no ha sido todavía podrido, como una raíz de su vida en la que se multiplica. El medio por el cual se pone en movimiento este calor central se sabe que es la putrefacción; pero las menas de cada clase se encuentra que resisten la putrefacción en todos los procesos existentes

conocidos. Ellas pueden, desde luego, cuando han sido fundidas en el fuego, contraer un orín del aire, que es una descomposición gradual de su substancia, pero ésta es sólo la decadencia natural de un cuerpo muerto, no la putrefacción de su esperma para los fines de la propagación; y sentimos por el calor de los hornos que se requiere para fundir minerales, y la lentitud de su decadencia cuando son privados de sus cualidades seminales por fusión, que un calor que destruiría la semilla en los vegetales, puede ser necesario en los primeros estados de putrefacción para los minerales, pues ellos soportarían un fuego rojo sin fundirse o perder nada más que sus impurezas sulfúreas y arsenicales; en breve, una materia tan extraña a la semilla de los metales como la broza lo es al trigo; por lo cual, una separación cuidadosa de éstas tostando, o de otro modo, es merecidamente reconocida como entre las primeras operaciones para la putrefacción de los minerales, y ello es así porque lo que ha sido calcinado, al tener sus poros abiertos, se vuelve atractivo, tanto del aire como de otros menstros apropiados para su descomposición.

«Que el artista, por consiguiente, por operación manual y del fuego, separe las cualidades impuras de su sujeto, moliendo, lavando, y calcinando, hasta que no se comunique más negrura a su menstro, para lo cual es suficiente con agua de lluvia pura. Se verá a cada repetición de este proceso que lo que ensucia al agua es extraño, y que el mineral existe aún en su naturaleza metálica individual, excepto si se funde por un fuego demasiado intenso, en cuyo caso ya no es adecuado para nuestro propósito; por consiguiente, ha de usarse una mena fresca.

«Habiendo preparado así la materia, será despertado su fuego central, si se trata apropiadamente, de acuerdo con el proceso para extraer el azogue de sus menas, manteniéndolo en un calor cercano, que es continuado sin admisión del aire crudo, hasta que la humedad radical se eleva en la forma de un vapor, y se condensa de nuevo en un agua metálica, análoga al azogue. Este es el verdadero mercurio de los Filósofos,

adecuado para todas sus operaciones en el Arte Hermético.

«Habiendo completado así la putrefacción de nuestro sujeto, éste existe bajo dos formas: la humedad que se extrajo, y el residuo; que son nuestra Tierra y nuestra Agua Filosóficas. El agua contiene su virtud seminal, y la tierra es un receptáculo apropiado en el que puede fructificar. Que el agua, entonces, sea separada y guardada para su uso; calcinad la tierra, porque se adhiere a ella una impureza que únicamente puede separarse por el fuego, y ése también del grado más fuerte: pues aquí no hay peligro de destruir su cualidad seminal, y nuestra tierra debe ser altamente purificada antes de que pueda madurar la semilla. Esto es lo que Sendivogius pretende cuando dice: *Quema el azufre hasta que se vuelva azufre incombustible. Muchos pierden en la preparación lo que es de mayor utilidad en el arte; porque nuestro mercurio es aguzado por el azufre; de otro modo no sería de utilidad.* Que por lo tanto sea bien calcinada la parte terrestre, y devuelve el mercurio a la tierra calcinada; después extráelo por destilación; entonces calcina, cohoba y destila, repitiendo el proceso hasta que el mercurio está bien aguzado por el azufre, y el azufre sea purificado hasta una blancura, y llegue al rojo, un signo de su purificación completa, de donde tienes el Macho y la Hembra Filosóficos preparados para la conjunción. Esta debe manejarse ahora con juiciosidad, pues el noble niño puede aún ser estrangulado en el nacimiento; más todas las cosas son sencillas para un artista ingenioso que conoce la proporción de humedad requerida, y acomoda sus operaciones a las intenciones de la Naturaleza, a cuyo propósito le guiaremos fielmente de acuerdo a nuestra capacidad.

De la Unión o Matrimonio en el Proceso Filosófico

«Habiendo sido así preparada la semilla y su tierra, no queda ya nada sino una conjunción juiciosa de ellas; pues, si prevalece un exceso de humedad, el huevo filo-

sófico puede explotar antes de que pueda pasar a través del calor necesario para su incubación. Para hablar sin una figura, nuestro sujeto debe ser ahora encerrado en una pequeña redoma de vidrio, hecha lo suficientemente fuerte como para soportar un calor debido, que ha de elevarse gradualmente hasta su grado más elevado: siendo la mejor forma para esta vasija la de un frasco de aceite, con un cuello largo; pero éstos son demasiado finos en substancia para esta operación. En tal vasija la mezcla ha de sellarse herméticamente y digerirse hasta en tanto no se fije en una concreción seca; pero si, como observábamos, predominase la humedad, hay un gran peligro de que la vasija estalle por el vapor, que no puede ser concentrado por la cualidad fijadora de la materia. La intención es, no obstante, fijar a nuestro sujeto en el calor, y hacer así imposible su destrucción futura.

«Por otra parte, si la cualidad seca y fijadora del azufre excede tanto como para no sufrir una resolución recíproca de su substancia en vapores, y una remanifestación de su cualidad fijante, haciendo el todo hundirse en el fondo de la vasija hasta que la materia de nuevo se licúa y sublima (lo que Ripley ha descrito bien), hay el peligro de que todo se vitrifique; y así sólo tendrás vidrio en vez de tintura noble. Para evitar estos dos extremos es muy apropiado que la tierra purificada sea reducida por operación manual a una fineza impalpable; entonces debe añadirse su mercurio aguzado, incorporando ambos juntos hasta que la tierra no imbibiera más. La operación requerirá tiempo, con cierto grado de la paciencia del artista, pues aunque la humedad pueda parecer desproporcionada, al dejarla descansar un rato, una sequedad en la superficie de tu materia mostrará que es capaz de embeber más, así que la operación ha de repetirse hasta que esté finalmente saturada, lo que puede conocerse porque aguanta el aire sin ningún cambio notable en la superficie de seco a húmedo; o al contrario, si es así, la conjunción está bien hecha, lo que se confirma posteriormente si se esparce una pequeña porción sobre una lámina delgada de hierro, y se calienta hasta que fluye suavemen-

te como la cera, arrojando la humedad con el calor, y absorbiéndola de nuevo cuando se enfría, de modo que vuelve a su consistencia primera; pero si sobreviene una pegajosidad es señal de que te has excedido en la cantidad de la humedad, que debe extraerse destilando de nuevo y repitiendo el proceso hasta que sea la correcta.

«Habiendo sido unidos así tu azufre y tu mercurio, ponlos en una redoma de vidrio, antes descrita, en una cantidad tal como para ocupar un tercio de su capacidad, dejando dos tercios, incluyendo el cuello, para la circulación de tu materia. Asegura primero el cuello de tu vasija con un lodo temporal, y da un calor suave, observando si se sublima y se fija alternativamente. Si se sublima fácilmente y muestra, a intervalos, una disposición de hundirse al fondo de la vasija, todo ha sido bien conducido hasta aquí; pues primero será predominante la humedad, la cual el azufre sólo puede absorber perfectamente conforme el calor es incrementado para la maduración perfecta de nuestro Fruto Paradisiaco. Por lo tanto, si manifiesta una disposición demasiado cercana a la fijación, añade más cantidad del mercurio aguzado hasta que la Luna se eleve resplandeciente en su estación; ella dará paso a su vez al Sol. Este sería el lenguaje de un adepto en esta ocasión, sugiriendo únicamente que primero es activa la cualidad femenina de nuestra semilla preparada mientras que el macho es pasivo, y que posteriormente es pasiva, mientras que el macho es activo, siendo ése el caso en toda vegetación; porque todo germen que es los primeros rudimentos de una hierba o un árbol, predomina en humedad, y únicamente se fija luego cuando se halla completamente digerido en la semilla.

Del Tratamiento Y Maduración Posteriores de Nuestra Semilla

«Esta es llamada merecidamente la Gran Obra de los Filósofos; y habiendo hecho el artista su parte hasta aquí, debe sellar su vaso herméticamente, operación

que todo el que hace barómetros conoce cómo realizar.

«El vaso ha de ponerse entonces en un horno, con un nido apropiado ideado para su recepción, a fin de dar un calor continuo desde el primero hasta el cuarto grado, y proporcionar el artista una oportunidad, de tiempo en tiempo, de inspeccionar cada cambio que su materia asuma durante el proceso, sin peligro de disminuir el calor y poner fin a su perfecta circulación. Es suficiente al principio con un calor del primer grado, por algunos meses, en cuyo método puede ser perdido mucho tiempo por un practicante joven, hasta que sabe cómo manejar su materia por la experiencia; pero entonces no es tan propenso a ser defraudado con la explosión de su vasija o la vitrificación de la materia.

«Así has llegado al tiempo de la siembra, deseado en nuestra Obra Filosófica, la cual, aunque pueda parecer que está en poder del artista el madurarla, no depende menos de la bendición Divina que la cosecha, que un agricultor laborioso no tiene la presunción de esperar más que de la beneficencia de Dios.

«Hay muchos requisitos para habilitar a cualquiera la posesión de nuestra cosecha filosófica, y los verdaderos trabajadores de ella han buscado a aquellas personas a las que pudieran comunicarla, por testimonio evidente de los sentidos, después de lo cual dan cuenta de la confección de nuestra Piedra como un proceso sencillo, manejable por las mujeres y los niños; pero sin tal comunicación, es necesario que aquellos que la emprendan estén dotados por la Naturaleza con una mente ingeniosa, paciencia para observar y exactitud para investigar sus apariencias ordinarias, las cuales, por su ordinariedad, son menos notadas que aquellos fenómenos más curiosos pero de menor importancia; sin embargo, éstos ocupan en su mayor parte el tiempo precioso de esos frívolos egregios, los virtuosos modernos. Estos sabiondos de filosofía están en raptó sobre el descubrimiento de una cáscara o mariposa listada diferentemente de aquellas de la misma clase; y mientras tanto el agua, el aire, la tierra y el fuego, con sus continuos cambios y resoluciones de uno en otro, por medio de nuestra atmósfera, a través de la eficacia del

calor central y solar, no son estudiados por estos pretendientes a filósofos; así que un rústico sensato tiene mayor conocimiento a este respecto, que un recolector de rarezas naturales, y hace un uso mucho más sabio de la experiencia que ha adquirido.

Del Proceso Posterior para la Maduración de Nuestra Noble Semilla

«Suponiendo que tales disposiciones hayan sido establecidas previamente en el artista, y la obra haya sido bien realizada hasta aquí, describiremos ahora para su dirección los cambios que sufre nuestro sujeto durante la segunda parte del proceso, llamada comúnmente la Gran Obra de los Filósofos.

«Habiendo calentado cautamente nuestra vasija al comienzo, por temor a su quiebra, se presenta una ebullición de la materia contenida, de modo que la humedad es circulada alternativamente dando vahos blancos arriba, y siendo condensada abajo, lo que puede continuar por un mes o dos, e incluso más, aumentando el calor gradualmente hasta otro grado, según tu materia descubre una disposición para fijarse, por cuanto vapor continúa condensado a intervalos más largos, y se eleva en menor cantidad, siendo de color de ceniza, u otros matices oscuros, que asumirá como un medio para la negrura perfecta, el primer estado deseable en nuestra cosecha. Otros colores pueden exhibirse sin peligro en esta parte de la obra, si pasan transitoriamente; pero si continúa una débil rojez, como la de la amapola, la materia se halla en peligro de vitrificarse, bien por una elevación impaciente del fuego, o porque la humedad no es lo suficientemente predominante. Un artista ingenioso puede remediar esto abriendo su vasija y añadiendo más cantidad del mercurio aguzado, sellándola como antes; pero un novicio hará mucho mejor en impedirlo gobernando su fuego de acuerdo a las apariencias de la materia, con juicio y paciencia, incrementándolo si la humedad manifiesta su predominio demasiado tiempo, y disminu-

yéndolo si lo seco prevalece, hasta el tiempo en que los vapores se vuelvan oscuros y después de que hayan continuado en reposo por algún tiempo, una película o membrana en la materia muestra su disposición para fijarse, reteniendo cautivo al vapor por algún tiempo, hasta que se rompe en lugares diferentes sobre su superficie (muy parecido a como lo hace la substancia bituminosa del carbón en un fuego sin llama), con nubes más oscuras, pero disipadas rápidamente, y volviéndose cada vez menores en cantidad, hasta que toda la substancia parece una pez fundida, o la substancia bituminosa antes citada, burbujeando cada vez menos, y reposando en una substancia completamente negra al fondo de tu vaso. Esta es llamada la negrura del negro, la cabeza del cuervo, etc., y es estimada como una etapa deseable en nuestra generación filosófica, siendo la putrefacción perfecta de nuestra semilla, que mostrará dentro de poco su principio vital por una manifestación gloriosa de la Virtud Seminal.

Una Descripción Posterior del Proceso

«Cuando haya sido completada así la putrefacción de nuestra semilla, puede elevarse el fuego hasta que aparezcan gloriosos colores, que los Hijos del Arte han llamado «Cauda Pavonis», o la Cola del Pavo Real. Estos colores van y vienen, según se administra el calor aproximándose al tercer grado, hasta que es de un verde hermoso, y al madurar asume una perfecta blancura, que es la Tintura Blanca, que transmuta los metales inferiores en plata, y es muy poderosa como medicina. Pero como el artista conoce bien que es capaz de una proyección más alta, continúa incrementando su fuego, hasta que asume un amarillo, y después un color naranja o limón; entonces da atrevidamente un calor del cuarto grado, hasta que adquiere una rojez como la sangre tomada de una persona sana, la cual es un signo manifiesto de su esmerada digestión y de su adecuación para los usos que se la pretenden.

«Habiendo completado así la operación, deja que la vasija se enfríe, y al abrirla percibirás que tu materia se ha fijado en una masa pesada, completamente escarlata, que es reducible fácilmente a polvo raspando, o de otro modo, y que al ser calentada al fuego fluye como la cera, sin desprender humos, arder, o perder substancia, volviendo cuando se enfría a su fijeza anterior, más pesada que el oro, volumen por volumen, y fácil sin embargo de ser disuelta en cualquier líquido, en el cual, siendo tomados unos pocos granos, su operación invade el cuerpo humano de la manera más portentosa, para la extirpación de todos los desórdenes, prolongando la vida por su uso hasta el último período; y de aquí ha obtenido el apelativo de «panacea», o remedio universal. Por lo tanto, sé agradecido al Altísimo por la posesión de una joya tan inestimable, y no estimes su posesión como un resultado de tu propia ingenuidad, sino como un regalo concedido, por la mera generosidad de Dios, para el alivio de las enfermedades humanas, el cual tu vecino debería compartir juntamente contigo, sin ningún rencor o intenciones siniestras, de acuerdo con el encargo dado a los Apóstoles, “Habéis recibido libremente, comunicad libremente”, recordando al mismo tiempo no arrojar tus perlas ante el puerco; en una palabra, ocultar las manifestaciones de la Naturaleza que estás capacitado para exhibir, por la posesión de nuestra Piedra, del vicioso y del indigno.

«Es muy de lamentar que los buscadores del conocimiento natural en este arte se propongan principalmente, como su visión última, la Ciencia de la Transmutación, mirando por encima la excelencia primera de nuestra Piedra como Medicina. A pesar de este espíritu rastrero, confiaremos los beneficios a Su Providencia, y declararemos abiertamente la transmutación (la cual hacen verdaderamente los filósofos), después de lo cual describiremos la circulación posterior de nuestra Piedra para un incremento de sus virtudes, y daremos fin entonces a nuestro tratado.

«Cuando el artista vaya a transmutar cualquier metal —por ejemplo, plomo— que derrita una cantidad en un crisol limpio, al cual hay que arrojar unos pocos granos de oro en limaduras; y cuando se haya fundido el total, déjesele tener rápidamente un poco del polvo, que arañará fácilmente de su «piedra», siendo la cantidad inconsiderable, y arrójese sobre el metal mientras está en fusión. Inmediatamente se levantará una densa humareda, que se llevará consigo las impurezas contenidas en el plomo, con un ruido crujiente, y dejará la substancia del plomo transmutada en el oro más puro, sin clase alguna de sofisticación; la pequeña cantidad de oro añadido, previamente a la proyección, sirve sólo como medio para facilitar la transmutación, y la cantidad de tu tintura es asegurada mejor por la experiencia, pues su virtud es proporcional al número de circulaciones que la hayas dado después de que la primera haya sido completada.

«Por ejemplo, cuando hayas terminado la piedra, disuélvela de nuevo en nuestro mercurio, en el que habrás disuelto previamente unos pocos granos de oro puro. Esta operación se hace sin problemas, licuándose ambas substancias rápidamente. Ponlo en tu vasija como antes, y ve a través del proceso. No hay peligro en el manejo, sino en romper tu vasija; y cada vez que se trata así se incrementan sus virtudes, en razón de diez a cien, a mil, a diez mil, etc., tanto en las cualidades medicinales como en las transmutatorias; de modo que una pequeña cantidad puede bastar para los propósitos de un artista durante el término restante de su vida.»

Basilio Valentín, el monje Benedictino alemán, cuyo nombre merece un gran respeto en Alquimia, ha dado a la posteridad preciosas perlas de sabiduría cuando establece en su famosa obra *Currus Triumphalis Antimonii* (*Carro Triunfal del Antimonio*):

«Deberías saber que todas las cosas contienen espíritus operativos y vitales que derivan de sus cuerpos su substancia y nutrición; los elementos mismos no están sin estos espíritus, sean buenos o malos. Los hombres y los animales tienen dentro de sí un espíritu vitalizante,

y si les abandona, sólo queda un cuerpo muerto. Las hierbas y los árboles tienen espíritus de salud, o de otro modo ningún arte podría convertirles en usos medicinales. Del mismo modo, los minerales y los metales poseen espíritus vitalizantes que constituyen toda su fuerza y bondad; porque lo que no tiene espíritu, no tiene vida o poder vitalizante.»

De nuevo, dice llanamente lo que los estudiantes alquímicos deberían tener presente cuando trabajan en sus laboratorios, y tratan de fijar ese evasivo Mercurio de los minerales:

«Ningún animal ni vegetal posee algo que pueda servir para fijar el Mercurio; el intentar hacer esto ha culminado siempre en fracaso, porque ninguna de estas substancias tiene una naturaleza metálica. El Mercurio es puro fuego, tanto interna como externamente; por lo tanto, ningún fuego puede destruirlo, ningún fuego puede cambiar su esencia; huye del fuego, y se resuelve espiritualmente en un aceite incombustible; pero una vez que ha sido fijado, ninguna astucia del hombre puede volatilizarlo de nuevo. Entonces puede ser hecha de él, por el arte, toda cosa que pueda producirse a partir del oro, porque después de su coagulación se asemeja perfectamente al oro, viendo que ha crecido de la misma raíz, y emanado exactamente de la misma rama que ese metal precioso.»

(La gran cuestión que veja a todos los estudiantes de nuestro Arte, “¿qué es nuestro Mercurio?” está respondida aquí clara y lúcidamente. Atended cuidadosamente a todo lo que Basilio dice. Cualquiera luz que yo pudiera añadir a esta brillantez sería verdaderamente obscuridad —Esta anotación es del comentario de Theodore Kerkringius en la versión Latina de 1685, publicada en Amsterdam.)

«Déjame pues contarte que todos los metales y minerales crecen en el mismo modo de la misma raíz, y que así por tanto todos los metales tienen un origen común. El primer principio es un mero vapor extraído de la tierra elementaria a través de los planetas celestes y, por así decirlo, dividido por la destilación sidérea

del Macrocosmos. Esta infusión sidérea caliente, descendiendo desde lo alto adentro de aquellas cosas que están debajo, con la propiedad aero-sulfurosa, actúa y trabaja para inculcar sobre ellas una cierta virtud y fuerza de una manera espiritual e invisible. Este vapor se resuelve posteriormente en la tierra en una clase de agua, y a partir de este agua mineral son generados y perfeccionados todos los metales. El vapor mineral se convierte en este o aquel metal según que predomine uno u otro de los tres primeros principios, i.e., según que tengan mucho o poco mercurio, azufre, o sal, o una mezcla desigual de sus pesos. De aquí que algunos metales sean fijos, algunos sean permanentes e inmutables; otros sean volátiles y variables, como lo puedes ver en el oro, la plata, el cobre, el hierro, el estaño y el plomo.

«Aparte de estos metales, son generados otros minerales a partir de estos tres principios; de acuerdo con la proporción de los ingredientes tendremos vitriolo, antimonio, marcasita, electrum, y otros muchos minerales.»

En un volumen de tratados extremadamente raro, *El Museo Hermético*, publicado en Frankfort en 1678, encontramos, en *La Entrada Abierta al Palacio Cerrado del Rey* (de «Un Sabio Anónimo y Amante de la Verdad» que descubrimos ser Eirenaeus Philalethes), lo siguiente, bajo el encabezamiento «Sobre la Dificultad y Largura de la Primera Operación.»

«Algunos alquimistas se imaginan que el trabajo, desde el comienzo hasta el fin, es un mero entretenimiento ocioso; pero aquellos que lo hacen así recogerán lo que han sembrado —es decir, nada. Sabemos que después de la Bendición Divina, y del descubrimiento del fundamento apropiado, nada es tan importante en esta Primera Operación como una industria y una perseverancia incansables. No es maravilla, por tanto, que tantos estudiantes de este Arte sean reducidos a la ruina; están temerosos de trabajar, y miran a nuestro Arte como un mero deporte para sus momentos de ocio. Porque no hay labor más tediosa que aquella que

demanda la parte preparatoria de nuestra empresa. Morienus implora seriamente al Rey que considere este hecho, y dice que muchos Sabios se han quejado del tedio de nuestro trabajo. "Hacer ordenada una masa caótica", dice el Poeta, "es materia de mucho tiempo y labor" —y el noble autor del Arcano Hermético la describe como una tarea Hercúlea. Hay muchas impurezas adheridas a nuestra primera substancia, y se requiere un agente intermedio sumamente poderoso a fin de sacar la Diadema Real de nuestro polucionado menstruo. Pero una vez que hayas preparado tu Mercurio (*), has realizado la parte más formidable de tu tarea, y puedes condescender en ese descanso que es más suave que cualquier trabajo, como dice el Sabio.

«Hay quienes creen que este Arte fue descubierto primero por Salomón, o más bien impartido a él por

(*) *Sobre el Azufre que está en el Mercurio de los Sabios.*

Es un hecho maravilloso que nuestro Mercurio contiene azufre activo, y sin embargo conserva la forma y todas las propiedades del Mercurio. De aquí que sea necesario que se introduzca ahí dentro una forma por nuestra preparación, cuya forma es un azufre metálico. Este Azufre es el fuego interno que causa la putrefacción del Sol compuesto. Este fuego sulfúreo es la semilla espiritual que nuestra Virgen (permaneciendo aún inmaculada) ha concebido. Porque una virginidad sin corromper admite un amor espiritual, como lo afirman la experiencia y la autoridad. A los dos (los principios pasivo y activo) combinados los llamamos nuestro Hermafrodita. Cuando se une al Sol, lo ablanda, lo licúa, y lo disuelve con un calor suave. Por medio del mismo fuego se coagula a sí mismo; y por su coagulación produce el Sol. Habiendo concebido interiormente al Azufre (por nuestro Arte), nuestro Mercurio, puro y homogéneo, se coagula bajo la influencia de un suave calor externo, como la crema de la leche —una crema sutil que flota en el agua. Cuando se une al Sol, no sólo no se coagula, sino que la substancia compuesta se vuelve más blanda cada día; los cuerpos son casi disueltos, y los espíritus empiezan a ser coagulados, con un color negro y un olor de lo más fétido. De aquí resulta que el Azufre metálico espiritual es en verdad el *principio moviente de nuestro Arte*; es realmente un oro volátil o inmaduro, y por digestión apropiada se cambia en ese metal. Si se une al oro perfecto no se coagula, sino que disuelve al oro corporal y permanece con él, habiéndose ambos disueltos bajo una sola forma, aunque antes de la unión perfecta debe preceder la muerte, de modo que puedan unirse después de la muerte, no simplemente en una unidad perfecta, sino en mil veces más que la perfección perfecta».

Revelación Divina. Pero aunque no hay razón para dudar de que un soberano tan sabio y profundamente instruido estuviera familiarizado con nuestro Arte, resulta que sabemos, sin embargo, que él no fue el primero en adquirir el conocimiento. Era poseído por Hermes, el Egipcio, y algunos otros Sabios antes de él; y podemos suponer que buscaron primero una simple exaltación de los metales imperfectos a la perfección real, y que al principio su empeño era el de desarrollar el Mercurio, que es muy semejante al oro en su peso y propiedades, hasta el oro perfecto. Esto, sin embargo, ningún grado de ingenuidad lo pudo efectuar por fuego alguno, y surgió gradualmente la verdad en sus mentes de que era necesario un fuego interno así como uno externo. Así que rechazaron el agua fortis y todos los disolventes corrosivos, después de largos experimentos con los mismos —también todas las sales, excepto aquella clase que es la primera substancia de todas las sales, que disuelve todos los metales y coagula el Mercurio, pero no sin violencia, de donde esa clase de agente es separada de nuevo enteramente, tanto en peso como en virtud, de las cosas a las que se aplica. Ellos vieron que la digestión del Mercurio era impedida por ciertas crudezas acuosas y escorias terrestres, y que la naturaleza *radical* de estas impurezas hacía imposible su eliminación, excepto por la inversión completa de todo el compuesto. Sabían que el Mercurio se fijaría si pudiera ser liberado de su presencia manchante —pues contiene azufre fermentador, que sólo es impedido por estas impurezas de coagular todo el cuerpo mercurial. Descubrieron a la larga que el Mercurio, en las entrañas de la tierra, estaba destinado a ser un metal, y que el proceso de desarrollo fue interrumpido sólo por las impurezas con las que había sido manchado. Encontraron que aquello que debería ser activo en el Mercurio, era pasivo; y que su enfermedad no podía ser remediada por medio alguno, excepto por la introducción desde fuera de algún principio emparentado. Tal principio lo descubrieron en el azufre metálico, que excitó al azufre pasivo del Mercurio y, aliándose con él, expelió las impurezas antes mencionadas. Pero al tratar

de realizar esto prácticamente, se encontraron con otra gran dificultad. A fin de que este Azufre pudiera ser efectivo en la purificación del Mercurio, era indispensable que él mismo fuese puro.

«Todos sus esfuerzos para purificarlo, sin embargo, estuvieron condenados al fracaso. A la larga reflexionaron que podría posiblemente encontrarse en alguna parte de la Naturaleza en una condición purificada —y su búsqueda fue coronada por el éxito. Descubrieron azufre activo en estado puro, y lo encontraron astutamente escondido en la Casa del Carnero (*). Este azufre se mezcló muy ávidamente con el vástago de Saturno, y el efecto deseado fue producido, rapidísimamente —después de que el veneno maligno del «aire» del Mercurio fuera templado (como ya se ha expuesto con cierta largura) por las palomas de Venus. Entonces se unió la vida a la vida por medio de lo líquido; lo seco fue humedecido; lo pasivo fue excitado a la acción por lo activo; lo muerto fue revivido por lo viviente. Los cielos fueron verdaderamente nublados temporalmente, pero, después de una copiosa caída de lluvia, la serenidad fue restaurada. Mercurio emergió en un estado Hermafrodita. Entonces lo pusieron al fuego; en poco tiempo tuvieron éxito en coagularlo, y en su coagulación encontraron el Sol y la Luna en el más puro estado. Entonces consideraron que, antes de su coagulación, este Mercurio no era un metal, puesto que al ser volatizado no dejaba residuo al fondo de la vasija de destilar; de aquí que le llamaran oro inmaduro y su plata viva (o azogue). También se les ocurrió que si el oro fuera sembrado, por así decirlo, en el suelo de su propia substancia primera, su excelencia probablemente sería acrecentada, y cuando situaron el oro ahí dentro, lo fijo fue volatizado, lo duro ablandado, lo coagulado disuelto, para asombro de la Naturaleza misma. Por esta razón casaron estos dos el uno al otro, los

(*) Aquí está la clave. ¿Qué planeta rige Aries? ¿Qué metal rige este planeta? ¿Qué metal rige Saturno? ¿De dónde puede ser extraído el azufre para el mercurio «inmaduro»? Ahora tenéis el secreto desvelado.

pusieron en un alambique sobre el fuego, y regularon durante muchos días el calor de acuerdo con los requerimientos de la Naturaleza. Así lo muerto fue revivido, el cuerpo decayó, y un espíritu glorificado se elevó de la tumba; el alma fue exaltada hasta la quintaesencia —la Medicina Universal para animales, vegetales y minerales.»

Parecerá al principio que la cita de arriba es un libro sellado siete veces siete. Como es el caso con toda la literatura alquímica, una contemplación prolongada revelará finalmente su verdadero significado de la manera más llana imaginable. Lo que había parecido ser anteriormente una jerigonza sin sentido, se revelará gradualmente en una forma muy simple.

Si penetramos aún más, llegaremos a conocer a uno de los valientes defensores de la Hermandad Hermética. El no es otro que la misteriosa figura de Miguel Sendivogius.

El nombre de Miguel Sendivogius, que estaba oculto en su anagrama, «Divi Leschi genus amo» («Yo amo la raza divina de Leschi»), se habrá presentado frecuentemente ante el lector de la literatura alquímica. En su *La Nueva Luz Química*, que él dice que está “extraída de una fuente de la Naturaleza y de la *experiencia manual*”, establece en parte:

«Sobre todos los Buscadores genuinos del gran Arte Químico, o Hijos de Hermes, el Autor implora la Bendición y la Salvación Divinas.

«Cuando consideré en mi mente el gran número de libros engañosos y de “recetas” alquímicas falsas, que han sido puestos en circulación por impostores sin corazón, aunque no contengan ni una chispa de verdad —y ¿cuántas personas han sido y son despistadas todavía por ellos?— se me ocurrió que no podría hacer nada mejor que comunicar a los Hijos y Herederos del Conocimiento el Talento confiado a mí por el Padre de las Luces. También deseo que la posteridad vea que en nuestra propia época, así como en los tiempos antiguos, esta Bendición filosófica singularmente graciosa no ha sido negada a unos pocos hombres favorecidos. Por ciertas razones no considero aconsejable publicar

mi nombre; principalmente, porque no busco la alabanza hacia mí, sino que estoy ansioso tan sólo de asistir a los amantes de la filosofía. Dejo el vanaglorio deseo de fama a aquellos que están contentos con parecer lo que, en realidad, no son. Los hechos y las deducciones que he establecido aquí brevemente están transcritos de ese manual —la experiencia, graciosamente concedida sobre mí por el Altísimo; y mi objetivo es permitir a aquellos que han establecido un fundamento sano en la parte elemental de este nobilísimo Arte, que avancen a una plenitud más satisfactoria de conocimiento, y ponerlos en guardia contra esos depravados “vendedores de humo” que se deleitan en el fraude y la impostura. Nuestra ciencia no es un sueño, como el gentío vulgar imagina, o la invención vacía de hombres ociosos, como suponen los tontos. Es la verdad misma de la filosofía, que la voz de la conciencia y el amor me impulsan a no ocultar por más tiempo.

«En estos días perversos, verdaderamente, cuando la virtud y el vicio se cuentan por igual, la ingratitud y el escepticismo de los hombres impiden a nuestro Arte aparecer abiertamente ante la vista pública. Sin embargo, esta verdad gloriosa es capaz, incluso ahora, de ser aprendida por personas instruidas, y sin instrucción, de vidas virtuosas, y hay muchas personas de todas las naciones viviendo ahora, que han observado a Diana desvelada. Pero como muchos, bien por ignorancia o por el deseo de ocultar su conocimiento, están enseñando diariamente e induciendo a otros a creer que el alma del oro puede ser extraída, e impartida luego a otras substancias; e inducen por ello a muchísimos a incurrir en una gran pérdida de tiempo, trabajo y dinero; que los hijos de Hermes sepan de cierto que la extracción de la esencia del oro es una mera ilusión de aficionado, como les será enseñado por la experiencia a su costa a los que persisten en ello, la única árbitro de cuyo asiento de juzgado no hay apelación. Si, por otra parte, una persona es capaz de transmutar la más pequeña pieza de metal (con o sin grano) en oro o plata genuinos que superen todos los ensayos usuales, se puede decir justamente de ella que ha abierto las

puertas de la Naturaleza, y aclarado el camino para un estudio más profundo y avanzado.

«Es con este objeto que dedico las páginas siguientes, que contienen los resultados de mi experiencia, a los hijos del conocimiento, de modo que por un estudio cuidadoso del trabajo de la Naturaleza puedan ser aptos para levantar el velo, y entrar en su santuario más interno. A esta meta final de nuestra filosofía sagrada han de llegar por el camino real que la Naturaleza misma ha marcado delante de ellos. Permítaseme por lo tanto que amoneste al gentil lector de que mi intención es la de ser aprendido no tanto por la cáscara externa de mis palabras, como por el espíritu interno en la naturaleza. Si este aviso es rechazado, él puede gastar en vano su tiempo, su labor y su dinero. Que considere que este misterio es para hombres sabios, y no para tontos. El significado interior de nuestra filosofía será ininteligible para los fanfarrones de vanagloria, para los mofantes presuntuosos, y para los hombres que ahogan la voz clamorosa de la conciencia con la insolencia de una vida pervertida así como también para esas personas ignorantes que han puesto su felicidad en albificaciones y rubefacciones y otros métodos igualmente sin sentido. El entendimiento correcto de nuestro Arte es por regalo de Dios, o por la demostración ocular de un Maestro, y puede ser conseguido únicamente por la búsqueda diligente y humilde y la dependencia piadosa en el Dador de todas las cosas buenas; ahora bien, Dios rechaza a aquellos que le odian y que desprecian el conocimiento. En conclusión, pediría seriamente a los hijos del conocimiento que aceptasen este libro en el espíritu en el que fue escrito; y cuando lo OCULTO se haya hecho MANIFIESTO ante ellos, y las puertas internas del conocimiento secreto sean abiertas de par en par, que no revelasen este misterio a una persona indigna; también que recordasen su tarea para con su prójimo sufriente y apenado, para evitar cualquier despliegue ostentoso de su poder; y sobre todo, dar a Dios, el Tres en Uno, gracias sinceras con sus labios, en el silencio de sus corazones, y refrenándose de cualquier abuso del regalo.

«Como después de completar el prefacio, se encontró que no cubría todo el espacio que le estaba destinado, he puesto ahí por petición del editor, "la última voluntad y testamento de Arnaldo de Vilanova", que volví una vez al verso Latino. Soy consciente de que el estilo de mi versificación está falto de nitidez y elegancia; pero este defecto fue causado parcialmente por la necesidad de adherirme estricta y fielmente a la intención del autor.

«Se dice que Arnaldo de Vilanova, un hombre que era un crédito para su raza, manifestó su última voluntad en las palabras siguientes: "Tiene su nacimiento en la tierra, adquiere su fuerza en el fuego, y allí se convierte en la verdadera Piedra de los antiguos Sabios. Que sea nutrida por dos veces seis horas con un líquido claro hasta que sus miembros empiecen a expandirse y crecer aprisa. Que sea entonces situada en un punto seco y moderadamente cálido por otro período de doce horas, hasta que se haya purgado dando un vaho o vapor espeso, y se vuelva sólida y dura por dentro. La *Leche de la Virgen*, que se exprime de la mejor parte de la Piedra, se preserva entonces en una vasija de destilación de vidrio de forma oval cuidadosamente cerrada, y es cambiada día a día portentosamente por el fuego vivificante, hasta que todos los colores diferentes se resuelven en un esplendor fijo, gentil, de una radiación blanca que pronto, bajo la influencia genial y continuada del fuego, cambia a un púrpura glorioso, el signo extraño y visible de la perfección final de tu obra".

«Muchos Filósofos, estudiosos, y hombres instruidos han escrito mucho, en todas las edades y (de acuerdo a Hermes) incluso tan temprano como los días anteriores al Diluvio, concerniente a la preparación de la Piedra Filosofal; y si sus libros pudieran ser comprendidos con un conocimiento de los procesos vivientes de la Naturaleza, se podría casi decir que están calculados para superar el estudio del mundo real de nuestro alrededor. Pero, aunque ellos nunca se apartaron de los caminos simples de la Naturaleza, tienen algo que enseñarnos, que nosotros en estos tiempos más sofisticados aún

necesitamos aprender, porque nos hemos dedicado a las que son consideradas como las ramas más avanzadas del conocimiento, y despreciamos el estudio de una cosa tan "simple" como la Generación natural. De aquí que prestemos más atención a las cosas imposibles que a aquellos objetos que se exhiben ampliamente ante nuestros mismos ojos; nos excedemos más en especulaciones sutiles que en un estudio sobrio de la Naturaleza y del sentido de los Filósofos. Es uno de los caracteres más destacables de la naturaleza humana el que neguemos aquellas cosas que nos parecen familiares, y estemos ávidos de una información nueva y extraña. El trabajador que ha conseguido el más alto grado de excelencia en su Arte, lo niega, y se dedica a otra cosa, o bien abusa de su conocimiento. Nuestro deseo de incrementar el conocimiento nos impulsa siempre hacia adelante a alguna meta final, en la que imaginamos que encontraremos descanso y satisfacción completos, como la hormiga, que no está dotada de alas sino en los últimos días de su vida. En nuestro tiempo, el Arte Filosófico se ha convertido en una materia muy sutil; es el arte del orífice comparado con el del obrero humilde que ejercita su vocación en la forja. Hemos dado tales zancadas en avance que si los antiguos Maestros de nuestra ciencia, Hermes y Geber y Raimundo Lulio, se elevasen de entre los muertos, serían tratados por los Alquimistas modernos, no como Filósofos, sino únicamente como aprendices humildes. Ellos parecerían doctos muy pobres en nuestra ciencia moderna de fútiles destilaciones, circulaciones, calcinaciones, y en todas las otras operaciones sin cuento con las que la investigación moderna ha enriquecido tan famosamente a nuestro Arte. En todos estos respectos, nuestra instrucción es vastamente superior a la de ellos. Sólo una cosa nos falta, desgraciadamente, que ellos poseyeran, a saber, la maña que tuvieron de preparar realmente la Piedra Filosofal. Quizá, pues, sus métodos simples fueran después de todo los mejores; y es sobre esta suposición que deseo, en este volumen, enseñarte a entender a la Naturaleza, de modo que nuestras vanas imaginaciones no puedan desviarnos del camino simple

y verdadero. La Naturaleza, pues, es una, verdadera, simple, auto contenida, creada por Dios y animada con un cierto espíritu universal. Su fin y origen son Dios. Su unidad también se encuentra en Dios, porque Dios hizo todas las cosas. La Naturaleza es la fuente única de todas las cosas: no hay nada en el mundo fuera de la Naturaleza, o contrario a la Naturaleza. La Naturaleza está dividida en cuatro "lugares" en los que da a luz todas las cosas que aparecen y que están en la sombra; y de acuerdo con la cualidad buena o mala del "lugar" da a luz cosas buenas o malas. Hay sólo cuatro cualidades que están en todas las cosas y sin embargo no coinciden entre sí, puesto que una está siempre esforzándose por obtener la maestría sobre el resto. La Naturaleza no es visible, aunque actúe visiblemente; es un espíritu volátil que se manifiesta en formas materiales, y su existencia está en la Voluntad de Dios. Es de la mayor importancia para nosotros conocer sus "lugares", y aquellos que están más en armonía y más estrechamente aliados, de modo que podamos juntar las cosas de acuerdo con la Naturaleza, y no intentar confundir vegetales con animales, o animales con metales. Toda cosa debe hacerse actuar sobre aquello que la es similar —y entonces la Naturaleza realizará su tarea.

«Los estudiantes de la Naturaleza deberían ser tal como lo es la Naturaleza misma —verdadera, simple, paciente, constante, y demás; sobre todo, deberían temer a Dios y amar a su prójimo. Deberían estar siempre prestos a aprender de la Naturaleza, y ser guiados por sus métodos, indagando por ejemplos visibles y sensibles si aquello que se proponen realizar está de acuerdo con sus posibilidades. Si vamos a reproducir algo ya realizado por la Naturaleza, debemos seguirla, pero si vamos a mejorar su realización, debemos conocer en qué y por qué es mejorada. Por ejemplo, si deseamos impartir a un metal una excelencia mayor que la que la Naturaleza le ha dado, debemos tomar la substancia *metálica* en sus variedades tanto macho como hembra, o de otro modo todos nuestros esfuerzos serán en vano. Es tan imposible producir un metal a

partir de una planta, como hacer un árbol a partir de un perro o de cualquier otro animal.

«He dicho ya que la Naturaleza es una sola, verdadera, y consistente, y que es conocida por sus productos, tales como árboles, hierbas, etc. He descrito también los requisitos de un estudiante de la Naturaleza. Ahora diré unas pocas palabras sobre la operación de la Naturaleza.

«Así como la Naturaleza tiene su ser en la Voluntad de Dios, así su voluntad o semilla está en los Elementos. Ella es una sola y produce cosas diferentes, pero sólo a través del instrumento mediador de la semilla. Pues la Naturaleza realiza cualquier cosa que la esperma exige de ella y es sólo, como si dijéramos, el instrumento de algún artesano. La semilla, si es que hay algo, le es más útil al artista que la Naturaleza misma; porque la Naturaleza sin semilla es lo que un orífice sin plata y oro, o un agricultor sin la semilla del cereal. Dondequiera que haya semilla, la Naturaleza trabajará a través de ella, sea buena o mala. La Naturaleza trabaja sobre la "semilla" como Dios trabaja en el libre albedrío del hombre. Verdaderamente es una gran maravilla observar a la Naturaleza obedeciendo a la semilla, no porque sea forzada a hacerlo así, sino por su propio voluntad. De igual manera permite Dios al hombre hacer lo que desee, no porque El esté constreñido, sino por su generosidad libre y buena. La semilla, pues, es el elixir de cualquier cosa o su quintaesencia, o su más perfecta digestión o decocción o, de nuevo, el Bálsamo del Azufre, que es lo mismo que la humedad radical de los metales. Podríamos decir mucho más sobre esta semilla, pero sólo podemos mencionar aquellos hechos que son de importancia a nuestro Arte. Los cuatro elementos producen la semilla, por la voluntad de Dios y la imaginación de la Naturaleza; y así como la simiente del animal macho tiene su centro o lugar de almacenaje en los riñones, así los cuatro elementos, por su acción continua, proyectan un suministro constante de semilla al centro de la tierra, donde es digerida, y de donde procede de nuevo en movimientos generativos. Ahora bien, el centro de la tierra es un

cierto lugar vacío donde nada está en reposo; y sobre el margen o circunferencia de este centro proyectan los cuatro elementos sus cualidades. Así como la semilla masculina se emite en la matriz femenina, donde sólo se retiene tanto como se necesita mientras el resto se devuelve otra vez, así la fuerza magnética de nuestro centro terrestre atrae hacia sí tanto como se necesita de la substancia seminal afin, mientras que aquello que no puede usarse para la generación vital es expelido en la forma de piedras y otros escombros. Este es el manantial de todas las cosas terrestres.

«Ilustremos el asunto suponiendo que se sitúa un vaso de agua en el medio de una mesa, alrededor de cuyo margen se sitúan pequeños montones de sal y de polvos de diferentes colores. Si el agua se vierte, correrá a todo lo largo de la mesa en riachuelos divergentes, y se volverá salada cuando toque la sal, roja cuando disuelva el polvo rojo, y así sucesivamente. El agua no cambia los "lugares", sino que los diversos lugares diferencian al agua. Del mismo modo, la semilla, que es el producto de los cuatro elementos, se proyecta en todas direcciones a partir del centro de la tierra, y produce cosas diferentes de acuerdo con la cualidad de lugares diferentes. Así, mientras que la semilla de todas las cosas es una, genera una gran variedad de cosas, así como la semilla de un hombre podría producir un hombre si se proyectase en la matriz de una hembra de su propia especie, o una monstruosa variedad de abortos si se proyectase en la matriz de diferentes animales hembras. En tanto que la semilla de la Naturaleza permanece en el centro, puede indiferentemente producir un árbol o un metal, una hierba o una piedra y, de igual manera, de acuerdo con la pureza del lugar, producirá lo que es más o menos puro. Pero, ¿cómo generan los elementos la esperma o semilla? Hay cuatro elementos, dos pesados y dos ligeros, dos secos y dos húmedos, pero uno es el más seco y uno el más húmedo de todos; y éstos son macho y hembra. Por la Voluntad de Dios, cada uno de estos está esforzándose continuamente por producir cosas semejantes a él mismo en su propia esfera. Más aún, están actuando

constantemente uno sobre el otro, y las esencias sutiles de todos se combinan en el centro, donde son bien mezcladas y enviadas de nuevo por Arqueo, el sirviente de la Naturaleza, como se manifiesta más completamente en el Epílogo de estos doce Tratados.

«La primera materia de los metales es doble, y una sin la otra no puede crear un metal. La substancia primera y principal es la humedad del aire mezclada con calor. A esta substancia la han llamado los Sabios Mercurio, y en el mar filosófico está gobernada por los rayos del Sol y de la Luna. La segunda substancia es el calor seco de la tierra, que se llama azufre. Pero como esta substancia ha sido siempre mantenida como un gran misterio, decláremosla más plenamente, y especialmente su peso, cuya ignorancia echa a perder toda la obra. La substancia correcta, si la cantidad que se toma de ella es incorrecta, no puede producir sino un aborto. Hay algunos que toman todo el cuerpo por su materia, esto es, por su semilla o esperma; otros toman sólo una parte de él: ambos van por la ruta equivocada. Si alguien, por ejemplo, fuera a intentar la creación de un hombre a partir de la mano de un hombre y el pie de una mujer, fracasaría. Porque hay en cada cuerpo un átomo central, o punto vital de la semilla (su parte 1/8200), incluso en un grano de trigo. Ni el cuerpo ni el grano son toda la semilla, sino que cada cuerpo tiene una pequeña chispa seminal, que las otras partes protegen de todos los excesos del calor y del frío.

«Si tienes oídos y ojos afesora este hecho, y estáte en guardia contra aquellos que usarían todo el grano como semilla, y aquellos que se esfuerzan por producir una substancia metálica altamente rarificada por la vana solución y mezcla de diferentes metales. Porque incluso los más puros metales contienen un cierto elemento de impureza, mientras que en los inferiores la proporción es mayor. Tendrás todo lo que deseas si encuentras el punto de la Naturaleza, que no debes, sin embargo, buscar en los metales vulgares; no se encuentra ahí dentro, porque todos éstos, y el oro común más especialmente, están muertos. Pero los metales que te aconsejamos tomar están vivos y tienen espíritus vitales.

El fuego es la vida de los metales mientras están todavía en el mineral, y el fuego de la fusión es su muerte. Pero la primera materia de los metales es una cierta humedad mezclada con aire caliente. Su apariencia es la de un agua aceitosa que se adhiere a todas las cosas puras e impuras; sin embargo, en algunos sitios se encuentra más abundantemente que en otros, porque la tierra es más abierta y porosa en un sitio que en otro, y tiene una fuerza magnética mayor.

«Cuando se hace manifiesta, se rodea de una cierta vestidura, especialmente en lugares en los que no tiene nada a lo que adherirse. Se conoce por el hecho de que está compuesta por tres principios, pero, como sustancia metálica, es sólo una, sin signo visible de conjunción, excepto aquello que puede ser llamado su vestidura o sombra, es decir, el azufre, etc.»

Ahora citaremos a Paracelso, ese genio del pasado siglo dieciséis, el cual, mucho antes que Hahnemann, el supuesto fundador de la homeopatía, y que el profesor Liebig, el famoso químico alemán (ambos de los cuales son citados en otro capítulo), explicó porqué la trituración es tan esencial en la administración de medicamentos. Como se verá por lo que sigue, no sólo Hahnemann, sino Paracelso antes que él, enseñaron también los principios de la homeopatía a las masas:

«Hablamos también de igual manera respecto a los magisterios de las hierbas que, verdaderamente, son tan eficaces que *media onza* de ellos opera más que *cien onzas* de su cuerpo, porque apenas la centésima parte es Quintaesencia. Así pues, siendo la cantidad de ésta tan enormemente pequeña, ha de usarse y administrarse una gran masa, lo que no se requiere en el caso de los magisterios; porque en éstos toda la cantidad de las hierbas se reduce en magisterio, que no ha de ser entonces, por su carácter artificial, juzgado inferior a la verdadera quintaesencia extractada misma. Una parte administrada de éste es de mayor valor que cien partes de un cuerpo similar, por esta razón: porque los magisterios son preparados y hechos agudos hasta el más alto grado, y son llevados a una cualidad

igual a una Quintaesencia, en cuyo magisterio se hallan presentes todas, las virtudes y poderes del cuerpo, y a partir de éstos, su propio poder de ayuda se eleva. Pues en ellos, la penetrabilidad y el poder de todo el cuerpo existen a partir de la mezcla que se hace con él.» (*Las Archidoxias*, Libro VI).

En conclusión, que la sabiduría que se desprende de Paracelso nos recuerde siempre que «la Alquimia saca a la luz verdaderamente muchos arcanos excelentes y sublimes, que han sido más bien descubiertos accidentalmente que buscados. Por lo cual, sea la Alquimia grande y venerable a los ojos de todos, porque hay muchos arcanos en el tártaro, y en el enebro, en la melissa, en la tintura, en el vitriolo, en la sal, en el alumbre, en la Luna y en el Sol». (*De Caducis*, Par. IV)

CONCLUSION

La curiosa y extraordinaria aura que envuelve a los alquimistas místicos está abrumando incluso al lector casual de sus obras. El comprender a estas mentes humanas tan inmensamente grandes acelera la conciencia individual a tan tremendas alturas que, a menudo, aunque sólo sea subconscientemente, son sobrepasados los límites de la ciencia mundana. Incluso hoy, en nuestros supuestamente evolucionantes tiempos modernos, cuando nuevos sistemas de naturaleza tanto física como psicológica están enfrentándose a las mentes inquisitivas de los que buscan la realización cósmica, es consternante encontrar que estos grandes filósofos, doctores en medicina, y alquimistas, están todavía demasiado avanzados incluso para nuestra era «iluminada». Incluso individuos que han sido iniciados sólo parcialmente en ciertos secretos cósmicos y que —después de la debida preparación— han encontrado las llaves para abrir las fórmulas, a propósito extrañas y alegóricamente escondidas, de los grandes alquimistas, se han espantado por las inmensas posibilidades que se abrían ante ellos. Previamente a esto, tales potencialidades habrían sido consideradas como imposibilidades extremas.

Si los alquimistas, pues, son verdaderamente tan grandes científicos, y si sus enseñanzas son de tan tremendo beneficio para la humanidad, ¿por qué, se quejará el lector, han escondido su sabiduría detrás de símbolos alegóricos que tan sólo confunden y desvían a una mente buscadora? Hacer tal pregunta es no sólo natural, sino

incluso justificado. Hay una respuesta que dar, una muy simple: «Tiene que hacerse». «Pero, ¿por qué?» protestará el lector. «¿Por qué todo este secreto? ¿Por qué no han escrito los alquimistas llanamente, de modo que cualquiera que leyese estas obras pudiese entenderlas y beneficiarse de ellas?»

Lo que sigue es un débil intento por reivindicar los trabajos de estos grandes personajes a los ojos del estudiante, investigador y hasta ahora sin éxito. En realidad, no necesitan reivindicación, porque sus nombres merecen ser pronunciados con la más profunda reverencia como embajadores cósmicos ordenados divinamente. Para especificar, por ejemplo, Paracelso no enseñó nuevas leyes. Sólo promulgó más abiertamente, y en una versión nueva, lo que otros antes que él habían conocido y mantenido secreto. Añadió y perfeccionó métodos diferentes para obtener, en formas más simples y de varios modos, resultados que la ciencia mundana, tal como la entendemos, no puede conseguir en el presente.

Aquí es donde ha de hallarse uno de los secretos. En el *presente*, la ciencia mundana no puede conseguirlo, y sin embargo la ciencia mundana es de nacimiento arcano. Representa el permiso cósmico para que se hagan mundanos segmentos de lo arcano. De tiempo en tiempo, a una parte cada vez mayor de la sabiduría arcano, mantenida oculta al profano, la será permitida alcanzar la conciencia de individuos en mayores proporciones. En el futuro, como en el pasado, lo hará a través de canales preordenados. La evidencia de esto es clara para el estudiante de la historia registrada. Muchos descubrimientos que son conocimiento común hoy en día, fueron una vez los secretos bien guardados de los alquimistas medievales. En un tiempo, las aguas corrosivas tales como el ácido nítrico (NO_3H) representaban conocimiento secreto. Hoy podemos comprarlas por unos pocos centavos y tenerlas para muchos usos comunes. Sin embargo, también encontramos leyes divinas empleadas por los hombres con propósitos egoístas, y debemos tener presente que estas leyes trabajan igual de bien en las manos de esas almas desafortunadas que sitúan su egoísmo sobre el bienestar de la humanidad. Las leyes no operan sólo con éxito en las manos del bueno o el recto,

como hemos visto a nuestra costa en los anales de la historia escrita. Por esto, muchas leyes conocidas por los grandes alquimistas eran —y son todavía— mantenidas ocultas. El progreso individual no puede ser medido en una escala común. Los poderes inherentes pueden ser activados para varios usos, produciendo resultados de proporciones diferentes, y sin embargo emanan de la misma fuente fundamental o ley idéntica. La fuerza arcana que crea el calor en un fuego terrestre, visible, es una manifestación de la misma ley que produce calor en un arco eléctrico lo suficientemente caliente como para derretir metales. Una vez que el funcionamiento de esta ley ha sido revelado y se ha convertido en la propiedad del individuo, puede ser usada tanto para propósitos constructivos como destructivos. La evolución del intelecto humano depende del permiso cósmico para que la conciencia cósmica penetre y active las funciones del cerebro, admitiendo siempre el libre albedrío y la voluntariedad del individuo para funcionar como agente de esa conciencia. Si a Paracelso y a otros alquimistas, a través del permiso cósmico y el karma, les fue permitido que se les revelaran profundas leyes cósmicas todavía desconocidas generalmente para las masas, entonces, en vez de ridiculizar a estos hombres, deberían hacerse intentos de abrir los misterios de su obra, e incorporarlos para el uso beneficioso de la humanidad. Esto puede hacerse. Aquí yace otro secreto evidente.

Aquellos que han demostrado algunas de las enseñanzas y fórmulas de Paracelso, lo saben, pero guardan un profundo silencio sobre sus descubrimientos, pues son de un inmenso alcance. Si fueran asequibles al conocimiento común, producirían más bien del que la mayoría de la gente podría posiblemente soportar sin hacer también un mal indebido. Este aserto puede parecer el producto de una mente siniestra. Pero éste es el porqué de que los alquimistas escondieran sus descubrimientos. La transmutación de metales bajos en preciosos puede citarse como un caso ejemplar. La ciencia mundana ha producido, con complicados procesos físicos, resultados muy pequeños y sin embargo alentadores. No obstante, el coste es tan enorme que el proceso no es de provecho por el presente. Alquímicamente, puede conseguirse por medio de un pro-

ceso relativamente simple, que presenta posibilidades sin límite. ¿Cómo es posible esto? (1). Conociendo el secreto.

¿Cuál sería el resultado natural si un niño tuviera fácil acceso al ácido nítrico aunque haya sido advertido de sus cualidades venenosas inherentes? Se asustaría y lo evitaría enteramente, teniendo ante sus ojos una imagen mental de agonía física o incluso de muerte; o la curiosidad le dominaría hasta el extremo de que trataría de ver si la sustancia hacía lo que se aseguraba de ella. Los resultados, desde luego, dependerían del intelecto inherente, incluso en un niño. Y los resultados deben hacerse finalmente evidentes. Sin embargo, la inmadurez no está limitada a los muy jóvenes. Incluso hoy, no todas las cosas son para el uso de cualquiera, aunque fueron creadas para el beneficio de todos. Es por esta razón que los alquimistas han tenido que ocultar el conocimiento arcano. Ilustra, también, porqué sus discípulos se abstienen de revelar tal conocimiento a cualquiera. Es porque el padre ama al niño, que aparta cierto conocimiento hasta que el niño está preparado para recibirlo. De igual manera, es porque los custodios de la sabiduría atemporal aman a la humanidad, que deben apartar ciertas porciones de su conocimiento hasta que el estudiante esté preparado para recibirlo.

La humanidad como un todo, no está preparada, en el presente, para recibir completamente este conocimiento. A pesar del grado de civilización relativamente alto que hemos alcanzado, la humanidad en su totalidad no ha avanzado muy lejos. Sus fuerzas educativas están siendo usadas deliberadamente para propósitos destructivos, no construc-

(1) La común rata Noruega, si se la permitiera multiplicarse sin restricción, cubriría la tierra en un tiempo relativamente corto, haciendo teóricamente imposible que existieran los humanos. La mayoría de los hombres no saben cómo funciona esta ley. No obstante, ella funciona a pesar de su ignorancia de porqué esta ley impide la difusión de roedores en una proporción así, aunque sea *teóricamente* posible. Es bajo la operación de la misma ley, que la Alquimia se reserva sólo para unos pocos. Finalmente el individuo dominará aquellas leyes que ahora son secretas. Pero primero el hombre debe alcanzar mayores alturas espirituales a fin de comprender, entender, y al final dominarse a sí mismo.

tivos. Una matanza desenfadada, y la aniquilación, están siendo perpetradas incluso por hombres que poseen una creencia, y un conocimiento de las leyes divinas. Sin embargo, ellos claman por aprender leyes más grandes y sublimes, mientras demuestran trágicamente su falta de capacidad para adherirse y amaestrar las menores. ¡Qué estimada ignorancia! Cuando revisamos el registro del abuso impensado de poderes cometido por el hombre, que le ha dado su conocimiento de la ley cósmica, empezamos a entender el ojo selectivo y los modos encubiertos de los primeros alquimistas. Podemos apreciar como nunca antes la sabiduría de su antigua máxima, aún operativa hoy, de que sólo cuando el pupilo está preparado aparecerá el maestro. Ciertamente, Paracelso era uno de esos maestros, ayudando al estudiante en el sendero a través de sus enseñanzas y postulados enormemente avanzados. Afortunadamente, sin embargo, sólo el iniciado será capaz de comprender.

Se pone énfasis en lo del *iniciado*. Para aquellos que se encuentran fuera del dominio de la Alquimia, es imposible transmitir prueba alguna. Es por esta razón que alquimistas verdaderos, desde los tiempos más remotos hasta el presente día, han trabajado desconocidos, algunas veces incluso para sus mismas familias. Si uno se percata de que —al menos en la superficie— la práctica del laboratorio alquímico no parece diferir de la experimentación química convencional, no es difícil entender cómo los alquimistas, en el pasado y en el presente, han sido capaces de escapar a su detección mientras que aún conseguían resultados alquímicos válidos.

Los alquimistas trabajan primariamente para el beneficio de la humanidad. El conseguir potentes medicinas a partir de hierbas y metales a fin de sanar al enfermo y restaurar las funciones normales del cuerpo, es una de sus actividades primordiales. La naturaleza, con sus diversas hierbas, raíces, cortezas, minerales, y metales, es su verdadero doctor. Los alquimistas actúan sólo como instrumentos. Es contrario a su carácter ofrecer sacrificios esculapianos sobre el altar de la ignorancia, ni consideran sabio adornarse a propósito con conocimiento cósmico revelado divinamente. Realizan su propia impotencia en este gran

universo, y ejercitan escrupulosamente la modestia y la benevolencia hasta el grado más pleno. Mucha gente piensa en los alquimistas como individuos extraños, misteriosos, medio locos, si no completamente dementes, que pertenecen más propiamente a las Eras Oscuras. Mencionar que alquimistas verdaderos están viviendo y trabajando hoy suena, para la mayoría de la gente, como una fábula de las *1.001 Noches*. Pero permanece el hecho destacable de que, incluso en estos días, desconocidos extensamente para el mundo, los alquimistas continúan practicando su arte y su ciencia, fieles a una tradición secular. Más a menudo, esos milagros aparentes que suceden aquí y allá son los resultados de los actos de estos hombres y mujeres desinteresados. En la mayoría de los casos, la identidad del benefactor permanece desconocida incluso para aquellos que se han beneficiado. Tan deslumbrantes como puedan parecer estas declaraciones, la evidencia no puede ser ignorada durante mucho tiempo por la profesión médica. Después de que los burlones han terminado de justificar lo que no entienden, la evidencia de estos milagros, como han sido llamados, aún permanece. Muchos de los más grandes practicantes de la Alquimia, siguiendo una tradición de servicio a la humanidad, se han escondido detrás de misteriosos pseudónimos o han escogido el manto del anonimato total. El polvo de la historia, por su propia elección, ha cubierto sus personalidades individuales. Pero permanece el registro sólido de su consecución, para desconcierto —y desafío— de la moderna mente científica.

La Diferencia entre Química y Alquimia

¿Como podría trazarse una línea divisoria entre la química y la Alquimia? Esta cuestión ha sido preguntada a menudo. Si la química es un desarrollo de la Alquimia medieval, ¿cómo podría quedar aún algo de beneficio en la Alquimia? Cuando la tintura de una hierba ha sido extraída, sólo quedan hojas impotentes. La fuerza ha sido separada. Si esto es cierto de la Alquimia, entonces sólo queda un crudo pellejo histórico, y la esencia, durante los siglos

intermedios, ha sido extraída por la química moderna. Pero con la Alquimia no es así. Podemos compararla a un profesor que da su conocimiento a sus pupilos, y ellos de nuevo a su vez a otros. Aunque este conocimiento pueda ser manipulado, el profesor no ha perdido nada al dar libremente a otros. No sólo retiene el conocimiento que ha comunicado, sino que aún le queda conocimiento no manifestado dentro de él, que puede transmitir a otros cuando lo considere adecuado.

Mucho conocimiento de los antiguos alquimistas que era anteriormente secreto se ha convertido en propiedad pública, y ha sido cogido por otros que procedieron a construir varias hipótesis sobre él, a partir de lo cual fueron desarrollados nuevos resultados. Pero no todo el conocimiento alquímico se ha convertido en propiedad pública. Mucho más permanece todavía por ser expuesto en los laboratorios universitarios. Es aquí donde comienza la controversia real. Para resumir la diferencia entre la Alquimia y la química del presente día:

1. Ninguno puede conseguir alquímicamente cosa alguna en el laboratorio sin el Mercurio Filosófico, así llamado. Pero éste no es el mercurio metálico común, o azogue.

2. La tintura (Mercurio Filosófico), incluyendo su Azufre y las heces, han de ser separados primero y después unidos de nuevo por procesos apropiados.

Parece haber una tendencia a pasar por encima de las declaraciones anteriores demasiado casualmente, no reconociendo la importancia del Mercurio. Este Mercurio Filosófico ha sido el creador de problemas durante siglos. Los científicos, y con mucho la abrumadora mayoría de ellos, se quejan de que no existe. No ha sido descubierto, afirman, ni puede serlo. Y ahí dejan descansar el asunto. El jugar con mercurio metálico ha traído algunos resultados. Se ha desarrollado el dicloruro de mercurio y medicaciones mercuriales similares, pero, debido a las propiedades grandemente venenosas del mercurio, sólo se ha obtenido un éxito limitado. Otra diferencia chocante es que cualquier veneno puede ser separado alquímicamente de cualquier hierba o metal liberando sus propiedades sanadoras y curativas. Esto representa otro obstáculo en el camino de la

química y de la ciencia médica. ¡Si sólo pudieran ser eliminados los venenos! Muy raramente se encuentra un agente curativo que no tenga adheridas algunas sustancias tóxicas. Separar las cualidades venenosas, y liberar los agentes curativos, representa una lucha heroica que la ciencia, hasta ahora, no ha conquistado.

«Por amor a la humanidad», exclamará el público, «por todas las miserias que existen hoy en el mundo, ¿por qué no revelan los alquimistas sus secretos? ¿Por qué la gente ha sufrido y muerto en agonía cuando hay una ayuda que ofrecer?» Es este llanto de la humanidad el que más apena al alquimista. Aquí es grande, verdaderamente, la tentación de transgredir el juramento de los alquimistas. Verdaderamente, los pesares de la humanidad parecen proporcionar razones humanitarias bien fundadas para pasar por encima de los límites del secreto. Y sin embargo, como declarábamos en las páginas anteriores, lo bueno que se podría conseguir por esas revelaciones puede ser usado también para lo opuesto, para las manifestaciones llamadas malas, o más bien negativas, de las mismas leyes. Esto representa un peligro tan grande, en términos de las leyes implicadas, que el bien general podría, por ignorancia, ser aniquilado completamente.

«¿Qué hay de bueno, pues, en la Alquimia, si no puede ser utilizada para el bien general? La Química es una puerta abierta para que toda la humanidad la atraviese y se beneficie de ella». Aquí, verdaderamente, los críticos tienen un suelo sobre el que apoyarse. La única y solitaria excusa, si es que hay alguna en esta difícil decisión, debe repetirse tal y como se estableció anteriormente: «No todas las cosas son para el uso de cualquiera, aunque fueron creadas para el beneficio de todos». Si el autor tuvo que acuñar la frase de arriba, fue sólo con el objetivo de ilustrar la sabiduría cósmica, y no con la intención de excluir a cualquiera de beneficiarse con el conocimiento alquímico. No se requiere un gran intelecto para comprender el razonamiento que hay detrás de nuestro aserto. Ciertamente que nadie en su sano juicio alimentaría a un niño con coles crudas. Incluso los críticos concederán que deben tenerse en cuenta aquellos asuntos que pertenecen a la psicología y representan el umbral a regiones trascen-

dentes. La decisión lo abarca todo, y no debe sobresimplificarse. Es por ello que un conocimiento insuficiente sobre materias tan inmensamente importantes sólo resulta en frustración y conclusiones falsas. Hipótesis de tan largo alcance como la ley del karma pueden aún servir para cerrar el círculo abierto, ante el que se enfrenta todavía la desconcertada mente científica actual.

La Alquimia y las Terapéuticas

Los estudiantes de medicina y cirugía menearán sus cabezas ante los esfuerzos por conectar a la Alquimia con las terapéuticas. Sin embargo, ¿quién no ha mostrado respeto ante el primer cuerpo que reveló su maravillosa anatomía al ojo investigador del estudiante? El organismo físico estaba presente, pero la fuerza vital, la vida misma, ese misterio de misterios, se había esfumado. Si el poder de organización cósmico es tan evidente en el cuerpo humano, ¿por qué desechar la fuerza primaria que anima todo nuestro funcionamiento físico? ¡Fuerza *Primaria!* Aquí está el portal a los grandes vestíbulos de la ciencia arcana, al Templo de la Sabiduría Cósmica en donde yace el secreto de la creación. El Hyle de la Alquimia. ¿En qué mejor sitio puede uno ver demostrados los procedimientos alquímicos? La ciencia debe, por necesidad, ser demostrable. *Puede* ser demostrada, puesto que es un proceso físico que depende del que lo realiza. Suponed, pues, que un cirujano realiza una operación. Su éxito con un paciente le anima a repetir el mismo método con otro, y otro más, únicamente para enfrentarse finalmente con un fallo de su proceder o técnica operativa con un paciente que falla en responder. ¿Qué hay de su demostración clínica? ¿Ha demostrado la infalibilidad de su proceder? Los pacientes pueden, y de hecho lo hacen, responder diferentemente a tratamientos idénticos. ¿Qué los hace responder diferentemente? Excluyendo anomalías, todos están dotados con el mismo organismo básico, salvo que esté estropeado.

El éxito del cirujano depende del funcionamiento del cuerpo de una manera normal o anormal. Pero, podemos preguntar a nuestra vez, ¿qué es lo que determina si un

cuerpo funciona normal o anormalmente? Pueda ser acusado de filosofar, pero ¿cómo puede ser de ayuda un médico sin ser un filósofo, cuando el funcionamiento normal o anormal produce respuestas distintas en pacientes diferentes, y una multitud de factores filosóficos y psicológicos influyen lo que estas respuestas serán?

Preguntemos pues, «¿Cómo puede un médico pretender el conocimiento del funcionamiento físico, cuando es ignorante de la "cosa—en—sí—misma", que sólo puede encontrarse en el dominio de la psicología?» El no puede tener medios para practicar como un verdadero hijo del arte Hipocrático a menos que entienda las invencibles leyes de la psicología tan bien como entiende las técnicas de manejar el escalpelo, o la dosis de ampollas de medicina. Es la combinación de su comprensión, tanto de lo psicológico como de lo físico, la que resultará en el tercer punto de perfección, de acuerdo a la ley cósmica del triángulo: la restauración del funcionamiento normal tal como ha sido decretado cósmicamente para el individuo.

Es importante señalar que enfatizamos lo del *individuo*. Como hemos apuntado en páginas anteriores, los poderes inherentes pueden ser activados para propósitos diferentes produciendo resultados de proporciones diferentes. Una vez que esto se haya hecho parte de la conciencia del verdadero investigador de los secretos alquímicos, se abrirá el sendero a un horizonte nuevo y más grande. En la búsqueda hacia adelante por conocimiento y verdad mayores, los médicos de nuestros propios días son todavía claramente materialistas idealísticos. Esto está ejemplificado por sus proceder en la mesa de operaciones. El *objeto* enfermo es lo que primero atrae su atención. En la mayoría de los casos, consideran que su extracción es una cura. Pero, ¿puede serlo? Lo que ya no está, ¿cómo puede estar curado? Quitamos la glándula tiroides de un niño y, ¿qué resultará? ¿Estará «curado» tal enanuco imbécil? ¡No! La glándula tiroides falta, y este pequeño escudo endocrino no ha sido curado simplemente porque ya no esté ahí y el mixedema se haga evidente. Pueden suministrarse hormonas glandulares para que se acumulen directamente en la corriente sanguínea, pero, ¿qué es lo que actuará internamente para producir más hormonas tiroides? ¿La glándula

pituitaria? No es probable. Esta endocrina es de una conciencia diferente. Es aquí que nos encontramos frente al portal cerrado del fenómeno psicológico.

¿Qué es lo que da una conciencia diferente a cada glándula, de modo que cada una produzca una hormona diferente? ¿Por qué crea un tumor una célula de diferente conciencia si se sitúa mal en el cuerpo? ¿Cura realmente la habilidad quirúrgica aquello que ha sido extraído? ¿Ha empezado la profesión médica a realizar su inadecuación al emplear sólo una terapia física? Si lo ha hecho, ha llegado el momento de ahondar en los misterios alquímicos. Aquí, con empeño honesto, la profesión médica puede tener éxito en descubrir maravillas no soñadas, para alabanza y gloria de una inteligencia cósmica que las reserva para la mente honesta e investigadora, y no sólo para los sirvientes del altar esculapiano. Algunos, entre la generalmente honorable profesión de la medicina y la cirugía, pueden, como el confundido dios griego, intentar cortar la cabeza del paciente, desangrarle, reemplazar el cerebro —y considerarle curado!

La ciencia médica ha progresado tremendamente. Pero, ¿acaso no ha triunfado Galeno por más de 1.400 años, sólo para ser reemplazado? ¿Acaso la ciencia médica no busca todavía dentro del cuerpo humano para localizar lo que, en su estimación, es supérfluo, las partes que han de ser quitadas como no esenciales. Sin embargo, es la naturaleza la que produce; los humanos sólo pueden imitarla. Ningún sustituto reemplazó nunca al original. Puede parecerse, pero nunca reemplazarlo. Si entonces se produce un nuevo resultado, por una imitación intentada, es original porque se manifiesta en una forma más nueva, diferente. Así que si los órganos humanos cambian debido al ambiente natural, se ajustarán naturalmente por sí mismos. En la mayoría de los casos, los cambios son unilaterales y realizados artificialmente y demasiado rápidamente, impidiendo así a otros órganos su ajustamiento natural y progresivo. El instigar una mejora rápida en cierta área agobiará lógicamente a otros órganos que, debido a un poder insuficiente aunque acelerado, empezarán a trabajar en exceso y finalmente colapsarán, creando el desorden y la enfermedad. El continuar inyectando estimulantes bajo

estas circunstancias probará ser dañino y quebrantador, haciendo que la fuerza vital busque entornos más armoniosos, forzándola, en casos extremos, a abandonar el cuerpo físico, ocasionando así la paralización y la muerte.

El trabajo del médico, por lo tanto, debería ser, en primer lugar, ayudar a *prevenir* los desórdenes y dolencias corporales. En segundo lugar, ayudar a *restaurar* los órganos enfermos hasta el funcionamiento normal, no quitándolos, sino curándolos. Sólo si es incapaz de curarlos, puede extraer los órganos, a fin de impedir que esparzan la enfermedad a otras áreas del cuerpo. Esto, definitivamente, no le permite usar el escalpelo quirúrgico en todos los casos. Cada vez que hace uso del cuchillo está tomando refugio bajo el permiso de la emergencia quirúrgica. Después de haberse permitido que practique lo que aprendió durante sus años de universidad, si el médico no se esfuerza por adquirir un mayor conocimiento *como médico*, más que como un experto en la extracción quirúrgica de ciertos órganos o áreas del cuerpo, se puede considerar que ha fracasado en su vocación de servir a la humanidad. Teniendo presente la excepción arriba señalada, su objetivo último será rechazar la cirugía casi enteramente. El que este estado no haya sido alcanzado al presente por la profesión médica, no significa necesariamente que no pueda alcanzarse en el futuro. Ni negamos ni desacreditamos la gran destreza de los médicos de hoy en día. Sólo urgimos que algunos de entre ellos tengan el coraje de ir más allá de su ortodoxia presente, pese a lo rica que es en consecuciones, para atreverse a estudiar con una mente abierta las obras de Paracelso y otros que han propagado las enseñanzas de la Alquimia. Son hombres como éstos, tanto en la profesión de la medicina como en cualquier parte, los que ayudarán en el gran ciclo cósmico de evolución a elevar a la humanidad, y a traer al cuerpo humano a su estado de perfección preordenado.

Alquimia y Filosofía

Fue discusión de Platón que las *ideas* son la realización de todo lo que la materia no es. Este concepto ha sido tan

prevaleciente que muchos han olvidado la afirmación de su pupilo, Aristóteles, de que las ideas están *en* la materia, no separadas de ella. Las enseñanzas actuales han llegado a ser tan confusas y confusionantes que, por ejemplo, en nuestra tabulación actual de más de cien elementos, hay, de acuerdo con los postulados científicos, substancias que son reducidas a su primera naturaleza y no pueden ser cambiadas. La «infalibilidad» de esta afirmación ha sido demostrada por la ciencia misma con su éxito en hacer añicos ciertos elementos en otros bien diferentes. Los antiguos declararon que hay sólo cuatro elementos que no pueden ser cambiados; a saber, fuego, agua, aire y tierra. La ciencia exotérica y los teóricos profesionales han estado atareados durante 2.400 años trabajando para desacreditar esta idea y procediendo a construir Torres de Babel intelectuales, que sostenían que eran incólumes y duraderas.

Estas mismas estructuras están empezando ahora a colapsar sobre sus cabezas. El retorno a la vía de la verdadera ciencia, calamitosamente negada, debe considerarse de nuevo, si es que han de obtenerse resultados válidos y duraderos. Muchas «leyes» fueron aceptadas en el pasado como irrefutables y eternas, sólo para ser superadas por nuevos desarrollos en la investigación, como se ilustra arriba en el exitoso cambio de los supuestos elementos «inmutables».

Desde los remotos tiempos de Tales y Anaxágoras (se le atribuye al último la hipótesis de que deben haber más de cuatro elementos, dando lugar a que se pasaran de largo *algunas* de las leyes fundamentales de Aristóteles), la ciencia y la filosofía han seguido una teoría aparentemente equivocada por más de dos mil años. Antes de ir más lejos, el estudiante imparcial de ciencia y filosofía debe admitir que los Atomistas de la Antigua Grecia (hombres tales como Leucipo y Demócrito) estaban en lo correcto. Demócrito, por ejemplo, insistió en que hay muchos elementos —es acertado decir que se refería a muchas estructuras atómicas— y que, de hecho, todo el universo está compuesto de estructuras atómicas. Podemos decir que es aquí donde tiene su comienzo nuestra teoría atómica actual, hasta donde empieza la investigación positiva del hombre. ¿Quién conoce a alguien que cambie los cuatro

elementos de los antiguos filósofos en otros diferentes? Puede intentarse un escape fácil diciendo que el agua (líquida) puede ser cambiada en hidrógeno y oxígeno. No puede ser cambiada en hidrógeno y oxígeno porque representa a ambos. H_2O es agua (líquida). Se la puede separar y analizar, pero no puede ser cambiada. Por lo tanto, es improbable que un elemento *sea* lo que la ciencia abstracta ha postulado que es. Lo que ahora se llama elementos son componentes atómicos. Los átomos son entidades materializadas, segmentarias, de conciencia cósmica, manifestándose en uno de los tres elementos del fenómeno físico, i.e., sólido, líquido o gaseoso. Las estructuras atómicas pueden ser redistribuidas, pero los resultados se manifestarán en uno de los tres elementos como se ha mencionado, siendo producidos los cambios por el calor (el cuarto). Toda moción es debida a una fuerza, y toda fuerza emana del calor (energía), teniendo su origen en el plasma universal, que es una coagulación de substancia gaseosa, líquida y sólida.

El calor, o el fuego, como se le llamó equivocadamente de manera confusa (aunque comprensible) en tiempos pasados, es otro elemento. Sin embargo, el fuego visible es combustión, una redistribución de estructuras atómicas, y tiene su origen en estructuras atómicas combustibles sólidas, líquidas, o gaseosas. Pero los sólidos (materia es un término usado para describir cualquiera de las manifestaciones electrónicas) pueden licuarse, los líquidos convertirse en gases, y los gases condensarse en líquidos, replicará la ciencia. Verdaderamente, pero esto es todo lo más lejos a lo que llegará. Debe alcanzarse un fin ultrterrido dentro del reino de estos elementos. Sólo puede haber uno de los tres a un mismo tiempo, porque los tres están en uno, a saber, calor, energía, el plasma universal. Cualquier cosa que se manifiesta a nuestros sentidos lo hace dentro de los tres elementos, a través del cuarto. Sólo puede ser uno en un momento, nunca los tres al mismo tiempo, excepto en forma pristina. El hidrógeno y el oxígeno son gases cuando se separan; en la combinación H_2O forman un líquido. Nuestros mal nombrados elementos de hoy en día son, por consiguiente, sólo combinaciones electrónicas en manifestaciones atómicas, y estas manifestacio-

nes son ahora sólo aproximadamente más de 100 en número. Si entonces cualquier substancia (erróneamente llamada elemento) representa los tres elementos reales que no son sino uno en realidad (las semillas filosóficas o Mercurio de los Filósofos), este hipotético elemento único debe ser encontrado, porque aquí yace el secreto de toda materia, sea sólida, líquida o gaseosa. No puede ser el calor común, porque este último representa fuerza activada para manifestar a los tres primeros. Por ejemplo, una pieza común de metal, digamos hierro, puede ser triturada, y se calentará tanto que se podrá encender un fuego con ella. Esta substancia (hierro) representa un sólido, tiene calor inherente (fuego), puede fundirse en un líquido que emite gases (aire), para ser enfriada de nuevo, sin calor activado, en forma de sólido (o si se quema suficientemente, óxido férrico, etc.). Lo mismo puede conseguirse con los gases. Los gases pueden licuarse o solidificarse bajo compresión. Puesto que éstos constituyen hechos, y la verdad no puede ser cambiada (el conocimiento puede ser cambiado), no pueden atribuirseles a ningún autor, porque la *idea* está incorporada en la materia (substancia) y es de entidad cósmica. No hay un «origen» para ello, sólo una entidad. Esta entidad *es* en sí misma, como la mente es una entidad consciente. Esta entidad consciente es la IDEA de Aristóteles, inherente a la quintaesencia de los cuatro elementos de los alquimistas (ellos incluían al fuego como un elemento), para representarla en su unicidad o primera substancia, la *prima materia*.

Ahora bien, todos los alquimistas proclaman que antes de que pueda conseguirse algo en Alquimia debe obtenerse esta *quinttesentia*. ¿Puede obtenerse? La respuesta es sí. Porque aquello que existe como «idea» existe también en la materia, incorporado como calor. Por lo tanto, el calor sensible existe, así como la «idea» de la *quinttesentia* debe estar incorporada en este último. Uno sin el otro no pueden existir. Es aproximándonos al asunto desde el punto de vista anterior que podemos intentar reivindicar y demostrar la validez de los escritos de los alquimistas. Su fraseología alegórica se emplea meramente como método de ocultamiento. «León rojo», «dragón verde», «sangre del dragón» —éstos no son términos para tomarlos literalmen-

te, no más que el Mercurio de los Filósofos, el Azufre, y la Sal, son las substancias comunes que conocemos por esos nombres. La experimentación basada en tales lecturas literales de las obras de los alquimistas está condenada a acabar en el fracaso.

Será evidente por lo anterior que, para que la ciencia se vuelva merecedora del destino humano de hacerse uno con el absoluto, debe labrarse un nuevo sendero a través de un estudio concienzudo. Realizar que lo que es real es la «idea» inherente, no la manifestación sensible, ayudará a hacer más fácil el trabajo preparatorio. Pero antes que nada, los individuos deben aprender a examinar más cuidadosamente los conceptos que se les presentan, y no sólo aceptarlos ciegamente sin averiguar su racionalidad.

Amanece una nueva dispensación para la humanidad, en la que los portales de la alquimia se abrirán más ampliamente para admitir al buscador honesto de la verdad cósmica. Pero que no se olvide que incluso puertas pequeñas tales como Paracelso y otros, son actualmente lo suficientemente grandes como para admitir, uno por uno, en el recinto externo de la creación, a aquellos estudiantes lo suficientemente diligentes como para buscar las claves de su trabajo.

Desgraciadamente, los recopiladores y divulgadores han añadido tanto de sus propias opiniones e ideas a los escritos de los filósofos y alquimistas que se pueden tomar, por ejemplo, tres versiones por tres autores diferentes de la vida de Paracelso, sólo para dejarlos más confundidos que cuando empezamos. Cada escritor explica la vida de este gran sabio de acuerdo a su propia interpretación individual. ¿A quién, pues, ha de creerse? Si uno es lo suficientemente afortunado como para conseguir una copia verdadera, no abreviada, de la obra original de un autor alquímico, tal copia, en cualquier forma que esté, puede con seguridad ser considerada como auténtica. Es siempre mejor obtener información de la fuente original que a través de diversos canales interpretativos. Entonces, después de un estudio considerado e intenso del original, el estudiante puede formarse sus propias conclusiones. Si las conclusiones a las que se llega son correctas, se encontrará que corresponden con otros hallazgos, también adquiridos in-

dependientemente, y sobre éstos puede hacer una formulación posterior, y así indefinidamente. Así como no hay un fin a las redistribuciones atómicas, tampoco hay un fin a formular conclusiones basadas en premisas correctas. El establecimiento de una conclusión es el comienzo de una hipótesis más alta y avanzada. Este proceso no está limitado al tiempo. Es una entidad en sí mismo. Tal entidad está trazando una línea hipotética sólo de su propia entidad, y el tiempo, por tanto, se halla incorporado en ella.

Al formular leyes, es necesario tener una norma que seguir. El tiempo, o su equivalente matemático en símbolos numéricos, gracias a Pitágoras, constituye la norma en la formulación de todas las leyes hechas por el hombre. Sin embargo, las leyes cósmicas no están limitadas por nuestros conceptos de tiempo y número; su actividad vibratoria constituye una entidad que suplanta a las leyes Pitagóricas de los números. Aunque ciertas vibraciones puedan ser registradas y medidas por el hombre, haciéndolas comprensibles, estas frecuencias vibratorias son sólo realidades físicas, no realidades absolutas. Por ejemplo, si el rojo, como proclama la ciencia, vibra a una frecuencia entre 47.000.000.000 y 52.000.000.000 ciclos por segundo (o una longitud de onda de aproximadamente 7.000 angstrom), produciendo condiciones cromáticas específicas en la retina, esto constituye un concepto hecho por el hombre de la realidad física que se describe.

La postulación de siete colores prismáticos, tres primarios y tres secundarios, deja uno (índigo) para clasificarse por sí mismo. Esta clasificación es puramente física, pues las ondas de luz pueden ser medidas, e incluso puede ser determinado su origen físico, por el análisis espectroscópico. Sin embargo, los siete colores analizados son el producto de un solo rayo de la llamada luz blanca que penetra en un prisma.

Ahora bien, los alquimistas tienen una respuesta para un problema similar relativo a los metales, explicando que hay también siete metales primarios: a saber, oro, plata, cobre, estaño, hierro, plomo y mercurio. Paracelso descubrió el zinc, un metal sólido comparable al inestable mercurio. El mercurio, aunque es un metal, no es de la misma naturaleza maleable que los seis primeros metales. De una

manera similar, el índigo, en el esquema de los colores prismáticos, no es uno de los tres colores primarios o secundarios, sino que representa un séptimo factor, separado de los otros. El índigo tiene un tinte azulado mezclado, así como el mercurio tiene una apariencia plateada, pero ninguno es lo que su color aparente indica. El índigo no es azul, ni el mercurio (azogue) (*) es plata. Si todos los colores pueden producirse a partir de la luz blanca, es posible entonces reducirlos de nuevo a luz blanca. Aún no se ha respondido satisfactoriamente cual puede ser el lugar del índigo en esta disposición esquemática, pero es mi hipótesis que él es el agente que dispersa y reorganiza las diferentes vibraciones del color, similar al papel jugado por el azogue entre los metales. Los metales son de origen similar. Los siete metales primarios son de una sola naturaleza, así como los siete colores prismáticos son extraídos de un solo rayo de luz blanca. Si el origen de los metales primarios no ha sido solucionado, se debe a la aversión de la ciencia a aceptar los descubrimientos de los alquimistas. Newton trató sin éxito de conseguir la aceptación de su teoría de la luz. Paracelso y otros trataron también en vano de interesar a la ciencia en sus hallazgos, sólo para ser enfrentados al ojo que no ve y al oído sordo del prejuicio.

En mi cuidadoso estudio de los escritos de los antiguos, he osado aventurarme más allá de los senderos familiares de la ortodoxia científica y la escolaridad convencional —sí, viajando a veces incluso en direcciones opuestas para ver si no se ha mirado por encima o rechazado algo que merezca la pena ser recobrado y examinado más cuidadosamente. En el curso de estos estudios, he llegado a la realización de que el Mercurio de los Filósofos es la fuente de los siete metales primarios, como, de manera semejante, la luz blanca es la fuente de los siete colores prismáticos. Al hacer esta afirmación, me doy cuenta de que muchos se mofarán, y preguntarán, «Muy bien, ¿dónde está tu Mercurio de los Filósofos? Muéstranoslo y prue-

(*) N. del T.: En inglés azogue se dice *quicksilver*, lo que se traduce literalmente por *plata viva*.

ba tu teoría, y te creeremos». Pero, por las razones citadas anteriormente, esta pregunta, por el momento, debe permanecer sin respuesta.

Todo fenómeno es triple; no hay *unicidad física*. Todas las manifestaciones físicas, incluso aquellas aparentemente únicas e individuales en su naturaleza, tienen un origen triple; de otro modo, la manifestación no podría ocurrir. Esta trinidad básica está representada por el Azufre Filosófico, la Sal Filosófica y el Mercurio Filosófico, constituyendo siempre la unicidad aparente. La dualidad, negativo y positivo, es sólo un concepto individual para describir la manifestación física. Se forman conclusiones a partir de conceptos tales como éste, basados en fenómenos físicos. Puesto que las actualidades físicas no son realidades absolutas, sino que cambian debido a constantes redispersiones atómicas, las conclusiones formadas constituyen sólo una hipótesis basada en la experiencia física, y no representan una realidad absoluta. Por lo tanto, aquello que ES, existe por su propia conciencia. Aquello que ES abarca todo lo que podemos experimentar consciente o subconscientemente. Pensar de aquello que ES como dual es sólo un concepto individual basado sobre la manifestación física. Una cosa que ES puede ser interpretada como perfectamente buena por una persona y como horriblemente mala por otra, siendo aplicadas ambas interpretaciones a la misma entidad que ES. En realidad, no puede ser ambas, sino una. Esta cosa única absoluta, o como Kant la ha llamado, la «cosa-en-sí-misma» («*Das Ding an Sich*»), constituye la conciencia de sí misma inherente a cada célula, o donde quiera que la conciencia se haga manifiesta. Toda dualidad tiene su origen en una conciencia cósmica. Aquí de nuevo, es el alquimista quien advoca diligentemente este principio vital de la unicidad de todas las cosas.

¿Qué es lo que diferencia y distingue los conceptos individuales? ¿De qué fuente derivamos nuestro poder para formar conceptos (si continuamos en la manera Socrática de buscar respuestas)? Se basa en la conciencia. *Concebir* sin ser conscientes es imposible. Podemos, sin embargo, recibir y registrar impresiones subconscientemente, porque somos conscientes de nuestra propia individuali-

dad. El hombre está enfrentado continuamente a una amplia gama de materia de grados variables de individualidad, toda ella en el proceso de hacerse aparente tal como ES. Todo lo que tiene individualidad es consciente, y todo lo que es consciente es individual, aunque emanando de una sola fuente. Esta fuente única es la conciencia cósmica absoluta, la única realidad absoluta, de la cual la conciencia individual es un segmento. Esta realidad única ES en sí misma. Por ella, la conciencia individual, es *prima intelligentia*, y se encuentra por lo tanto sujeta a una ley recurrente de ciclos; ésta no es, sin embargo, la mera repetición de un círculo común cerrándose sobre sí mismo una y otra vez, sino una espiral de consecución progresiva ascendente que conduce finalmente al individuo a la conciencia cósmica completa. El paso que sigue está más allá de nuestra comprensión presente, puesto que la entidad física más alta concebible no ha sido alcanzada todavía. Cuando lo sea, podrá ser trazada otra línea hipotética, y formulada una nueva serie de teorías.

Pensar es ser consciente, y nuestro pensamiento terrestre ocurre en el tiempo. Cuando Aristóteles explica que el carácter distintivo de un hombre es su razón, sólo quiere dar a entender la evolución desde el instinto animal hasta un grado de conciencia superior. Un animal, aunque no es «auto-consciente» tal como nosotros lo experimentamos, se percata tanto de su propio ser como de un árbol o una hierba. El instinto consciente del animal difiere del pensamiento consciente del hombre y del poder razonador que éste ha desarrollado, del mismo modo que la capacidad razonadora misma está sin desarrollar en comparación con la conciencia cósmica. La conciencia cósmica no tiene que razonar, pues es la fuente de todo lo que ES. Es la norma más alta concebible por la que el hombre puede razonar. El razonamiento consciente extensivo debe finalmente llegar a una hipotética línea divisoria de la percepción de su propia entidad. En algunos casos se ha conseguido esto. La línea hipotética ha sido trazada en consecuencia, y la nueva entidad de conciencia cósmica se ha basado sobre ella.

La consecución de la cima del conocimiento alquímico, en la que se experimenta la conciencia cósmica como suje-

to y la *quinttesentia* como objeto, ha sido el climax de la noble búsqueda de los sabios desde tiempo inmemorial. Representa el cénit del hombre, su maestría sobre la materia y la fusión final con el Absoluto, la realización de la conciencia cósmica.

APENDICE

Para animar a los neófitos en su noble búsqueda alquímica por el procuramiento de la Piedra Filosofal, puede no estar de más mencionar unas pocas de las variadas experiencias del escritor en sus muchos años de investigación mental, espiritual y práctica.

No todos tendrán la buena fortuna de tener acceso a los numerosos libros publicados sobre Alquimia, pues muchos de ellos han llegado a ser enormemente raros y difíciles de obtener. La mayoría de estas obras están ahora agotadas, y aquellos que las poseen y atesoran no están dispuestos a compartirlas. En consecuencia, muchos libros piden altos precios para estas raras ediciones. Sin embargo, no podemos sobreestimar el verdadero valor de ciertas de estas obras, tales como *The Hermetical and Alchemical Writings of Paracelsus* (*Los Escritos Herméticos y Alquímicos de Paracelso*), en dos volúmenes, editada por A. E. Waite; *El Carro Triunfal del Antimonio* de Basilio Valentín; *Collectanea Chemica*; *Turba Philosophorum*; *La Nueva Perla de Gran Precio* de Bonus de Ferrara, y otras obras que probarán serle de gran valor al estudiante. Los escritos de Franz Hartmann también merecen mención para aquellos estudiantes que puedan profundizar en el mundo del pensamiento que compenetra sus libros. Otra publicación monumental es la famosa *Símbolos Secretos de los Rosacruces de los Siglos Dieciséis y Diecisiete* (*Geheime Figuren der Rosenkreuzer, aus dem 16ten und 17ten Jahrhundert*, Altona, Alemania, 1785-88, 2 vols.) El Dr. Franz Hartmann trajo una copia de esta obra extremadamente rara a América, y la tradujo parcialmente al

inglés. (La versión publicada del Dr. Hartmann omite cerca de un tercio de las láminas originales y parte del texto alemán.) Fue la buena fortuna del escritor obtener una copia de la obra completa. Fue necesario un viaje a Europa, donde su amanuense, al mismo tiempo, obtuvo también otra copia. Es de destacar cómo opera la Voluntad Divina para abrir caminos y proporcionar medios para que el investigador sincero obtenga algo de la sabiduría arcana, así como el equipamiento necesario para su labor. De las lamentablemente pocas obras contemporáneas, citaríamos *Alchemy Rediscovered and Restored (Alquimia Redescubierta y Restaurada)* de Archibald Cockren. A pesar de la omisión obvia de ciertas frases, esta obra probará ser útil en proporcionar respuestas a los problemas involucrados.

Aunque no podamos mencionar en detalle los numerosos éxitos que ha sido nuestra fortuna conseguir en el laboratorio, muchos mojones se levantan en nuestra memoria: cuando, después de un largo y tedioso proceso, fue extraída por primera vez la esencia del oro; cuando el vinagre de antimonio fue igualmente producido a partir del vidrio de antimonio *Spiessglas*, de acuerdo a la fórmula de Valentín, y se produjo una tintura roja. Cuando recordamos estas experiencias, ya no importa lo que digan los escépticos, o que los burlones se mofen de las afirmaciones de Valentín de que este bálsamo de antimonio curaría la lepra y las úlceras que han vivido con gusanos o cáncer. Theodore Kerckringius, comentador de Valentín y médico él mismo, demostró la verdad de los asertos de Valentín cuando otros cirujanos exigían la amputación del pecho de una paciente que era de un tamaño doble del otro y estaba lleno de materia cancerosa.

Qué bien recordamos la escena cuando, hace más de veinticinco años, obtuvimos por primera vez la esencia (o aceite, como preferimos llamarlo) del cobre. Era una cantidad tan pequeña. Pero cuán llenos de agradecimiento nos sentimos tras probar ante nuestros mismos ojos lo que estudios previos habían indicado como posible. El tubo de ensayo que la contuvo está aún en nuestra posesión, y permanece como testimonio alentador cuando ocasionalmente ocurre un fallo en las experimentaciones con dife-

rentes sustancias. Del mismo modo, fue extraído el aceite del plomo. Qué momento tan glorioso fue, cuando la fé inmovible fue finalmente substanciada.

Cuando abro ahora la puerta del incubador, miro a través de la puerta interior de cristal, y veo los matraces Erlenmeyer con la esencia del oro exhibiendo un rico color dorado donde antes un menstruo no acetoso, claro y puro como el agua, no mostraba color alguno; o donde los extractos herbales en su elevada potencia se mezclan con sus propias sales purificadas, anidando entre otros frascos en el calor suave, junto a contenedores de igual o mayor importancia —¿qué me preocupan entonces aquellos que ridiculizan la Alquimia? El tiempo llegará, y no se halla lejano, como han establecido los maestros de nuestro arte, en que será conocido más y más cada vez de nuestro arte secreto por investigadores dignos. Más y más gente está dejando los estrechos confines de sus credos religiosos, no para denunciarlos —¡Oh, no!— sino agradecidos de que les hayan ayudado a recibir mayor luz, recordando siempre llenos de agradecimiento las maravillosas instrucciones recibidas, que hicieron posible aventurarse en el gran vacío aparente que empieza ahora a tomar forma en dimensiones reconocibles.

Esas almas buscadoras, del mismo modo, tendrán experiencias similares. Ellas, también, encontrarán la verdad escondida detrás de los más simples principios y leyes de la Naturaleza. Porque la Naturaleza es la expresión externa de Dios.

Cualquiera que sea el costo en tiempo, trabajo o dinero, estáte seguro de que merecerá la pena; y si fueses incapaz de procurarte la Piedra Filosofal en esta vida, recuerda que has tendido el cimiento para otra mejor, en la que podrás alcanzar tu meta después de haber cumplido tu aprendizaje. Y sin embargo, quién sabe sino la Voluntad Divina, que, por su sabiduría kármica, pueda concederte la capacidad de obtener esta gema sin precio.

Mi obra no es para revolucionar el mundo científico. Como un humilde servidor de uno mayor que aún ha de venir, quien, como en tiempos precedentes, tuvo una gran obra que realizar y lo hará de nuevo —en su servicio encuentro felicidad y contento. Constituye por sí solo una

gran bendición haber sido encontrado digno de ser iniciado en tan profunda sabiduría.

Con los Maestros Herméticos, desde tiempo inmemorial, a través de la Edad Media y hasta el presente día, puedo exclamar, NO de un modo religioso vano, sino devota y piadosamente, desde el fondo de un corazón lleno de agradecimiento:

Dios sea alabado, porque El es *tan bueno* para con nosotros, sus hijos.

MANIFIESTO ALQUIMICO

1960

Puesto que el término Alquimia es asociado por la mayoría de la gente únicamente con la Piedra Filosofal y el hacer oro, es esencial que sea corregida esta falsa noción. La Alquimia, como tal, cubre un área enorme y está relacionada primariamente con la elevación de las vibraciones. Sus variadas y multilaterales manifestaciones son el resultado de un estudio y una contemplación profundos. Puesto que sólo unos pocos, entre los miles de millones de personas que habitan este globo, están ocupados activamente en el trabajo alquímico, es vitalmente importante que nos ocupemos de una aproximación correcta a este asunto.

El inmenso alcance de las investigaciones alquímicas hace difícil entender porqué tan pocos están ocupados activamente en este trabajo, pues sus manifestaciones son de una importancia tan tremenda que trascienden la creencia común del observador casual.

En edades precedentes, los Alquimistas se han ocultado a sí mismos en húmedas bodegas y sofocantes desvanes. Sus escondrijos eran difíciles de detectar. Del mismo modo, su medio de comunicación con los hermanos y hermanas adeptos estaba confinado a una naturaleza simbólica y escondida. Todo esto, y muchas otras dificultades y restricciones, fueron impuestas por las circunstancias prevalentes en períodos históricos anteriores.

Incluso en este nuevo ciclo de despertar alquímico, existe todavía una cierta necesidad de comenzar cautelosa-

mente nuestro trabajo. A pesar de libertades no disfrutadas en tiempos precedentes, debemos ejercer un grado debido de cuidado conforme procedemos a hacer contacto con aquellos de mente similar y aspiraciones similares —aspiraciones que pueden haber yacido dormidas por muchos años, e intereses que, de hecho, anteceden a su encarnación presente.

Para anticiparnos a cualquier malentendido, se espera que los párrafos siguientes ayudarán a hacer clara nuestra posición. En ellos trataremos de responder a las preguntas más frecuentemente hechas:

¿Por qué los Alquimistas de la Sociedad de Investigaciones Paracelso no dan una dirección de calle, sino sólo un apartado postal?

¿Por qué no se dan al público los nombres de aquellos que representan o gobiernan la Sociedad?

¿Por qué no hay una calidad de socio?

¿Por qué son recibidos los Boletines por individuos que, en términos de trabajo de laboratorio, apenas han hecho nada de una naturaleza alquímica?

Podemos responder a las preguntas de arriba como sigue:

El domicilio presente de la Sociedad de Investigaciones Paracelso es moderado, y, como en tiempos precedentes, no esta destinado al propósito de darse a conocer al público en general. Las razones para esto son tan válidas hoy como lo eran en las edades ya pasadas. Como afirmábamos claramente en el primer Boletín emitido en esta dispensación, no se desea publicidad alguna. Buscarla no haría bien alguno, y, en último término, resultaría sólo en la tergiversación de la Sociedad.

Tal como se establecía también en el mismo Boletín, no serán publicados o dados a conocer los nombres de los contribuyentes del presente día. Este anuncio estaba basado en la antigua tradición de que aquellos ocupados activamente en la obra Hermética no lo hacen en busca de fama.

Puesto que ningún Alquimista ambiciona alabanza y gloria, no debería ser difícil entender que no hay necesidad alguna de un reconocimiento personal. Más aún, podría conducir, con algunos, a un culto a la personalidad, y esto

es enteramente irrelevante. El trabajo en sí mismo es la cosa importante, nunca las personalidades.

No hay necesidad de que los individuos se conviertan en miembros afiliados que pagan cuotas o llegan a estar confinados entre la clase de restricciones que se encuentran necesariamente en cualquier grupo o sociedad organizada. Los aspirantes Alquímicos deberían ser libres —libres en su pensamiento y en su acción. Hay un tiempo y un lugar adecuados para las obligaciones de la actividad de grupo y la disciplina de grupo, y muchos que están emergiendo a la percepción del trabajo alquímico son ya miembros de organizaciones fraternales diseñadas para ese tipo específico de actividad. Estas personas se encontrarán a sí mismas siendo miembros mejores y más devotos de sus respectivas afiliaciones fraternales, derivando de ellas una comprensión mayor de la belleza y el valor de rituales correctamente realizados.

Algunos han sugerido que los Alquimistas deberían agruparse en colonias y dedicar su tiempo y esfuerzos exclusivamente a la persecución de la obra alquímica, sin ser molestados por intrusos. Pese a cuán sincera pueda ser esa sugestión, es totalmente inconsistente con el trabajo a realizar por la Sociedad de Investigaciones Paracelso. Aquellos que urgen «comunidades» alquímicas restringidas no están aún lo suficientemente avanzados como para realizar que con tal procedimiento no se ganaría nada. Nuestro trabajo está aquí, entre la humanidad. Entre los empujones y el bullicio de la vida diaria se encuentra el sitio para que superemos los defectos que todavía se nos adhieren como humanos. El tiempo para el aislamiento personal del individuo de la sociedad vendrá sólo después de un prolongado —y exitoso— período de trabajo preliminar. Sólo entonces recibirá instrucciones superiores a fin de llevar a cabo un trabajo específico. Pero éste no es el caso con el estudiante de Alquimia normal, y sólo raramente con los avanzados. Verdaderamente, a los estudiantes avanzados de la obra Hermética se les dará una oportunidad de ocultarse por un período de siete semanas como máximo, en un retiro en un alto lugar montañoso en la parte oeste de los Estados Unidos. Pero éso será así sólo en casos limitados, y sólo después de una preparación esmerada y

apropiada. Después de este período de estudio y meditación, incluso estos estudiantes avanzados volverán a los caminos de la vida diaria para aplicar en sus vidas diarias lo que han aprendido. Cuando tales individuos sean escogidos, lo serán solamente por sus méritos y absolutamente libres de cuota, coste o remesa alguna de naturaleza pecuniaria. Puesto que nunca habrán más de doce aspirantes juntos a un mismo tiempo, puede bien imaginarse cuán limitadas son tales oportunidades. Ninguna restricción, sin embargo, se situará sobre el estado social, racial, religioso, fraternal, financiero o educacional del individuo. El desarrollo espiritual será el factor decisivo. Este aserto debería bastar para hacer claro que cualquiera que cumpla los requisitos es elegible para consideración.

Han sido recibidos Boletines por individuos que nunca han hecho trabajo alquímico de laboratorio. Algunos, quizá sólo están vagamente familiarizados con el asunto. La razón de ello es que ha sido establecido un contacto previo con el trabajo, o el individuo en cuestión puede contactar a otra persona, que está preparada para comenzar el trabajo. Se hacen contactos a veces de modos más bien extraños. Sólo después, tras haber pasado un considerable tiempo, se comprenderá plenamente el propósito de tales contactos.

Cualquiera que sospeche que este trabajo es una empresa comercial, utilizada para la ganancia personal o el provecho de cualquier individuo conectado con su administración, en primer lugar no está cualificado por el mero hecho de dar cabida a tales pensamientos, y, en segundo lugar, sólo tiene que ocuparse en aritméticas simples para aliviar sus sospechas. Será evidente para cualquiera familiarizado con los costes astronómicamente altos de hoy en día de impresión, correo y correspondencia, que nuestra modesta cuota de suscripción apenas puede decirse que cubra siquiera estos gastos.

Pero no tratamos de ser una empresa comercialmente recompensante. Los modos y medios de llevar a cabo el trabajo puesto ante la Sociedad de Investigaciones Paracelso serán asequibles conforme sean necesitados. Los recursos se encontrarán, y más no puede decirse. Puesto que este trabajo es de una naturaleza desinteresada, será evi-

dente que nuestros Boletines, limitados a una impresión de 500 copias, han sido enviados a veces a suscriptores que no han respondido; que en algunos casos no se hace un contacto significativo. Pero no hay prisa en esto. Algunos de nuestros Boletines, no suscritos plenamente, son retenidos para otros con los que se hará contacto posteriormente. Nuestros *Boletines del Laboratorio Alquímico*, aunque numerados, son atemporales. Dentro de cien años, serán tan aplicables como lo son hoy.

Cualquiera que lea este Manifiesto es invitado por la presente a dar seria consideración a esta materia. No todo lo que saluda a nuestros sentidos se encuentra con un entendimiento completo al primer contacto. Los psicólogos han comparado nuestra mente consciente a esa porción visible de un iceberg que representa sólo una fracción de sus verdaderas dimensiones. Para algunos de nosotros, el hacer contacto con la Sociedad de Investigaciones Paracelso es como ver ese iceberg. La meditación abrirá lo que ha estado, y para algunos todavía está, oculto a nuestro entendimiento. Esta es la llave que abrirá el portal al nuevo mundo de los Alquimistas, un mundo del que ya te percastas y con el que estás en contacto, a través del karma, a través de anteriores encarnaciones, o cualesquiera términos que puedan ser aplicados.

Que la Luz Cósmica te guíe y dirija en tus empeños sinceros, y seas uno de esos que glorifican las obras de la Divinidad, convirtiéndote en un administrador de las generosidades celestiales entre la humanidad.

Es con seguridad mejor ser uno de éstos que están empeñados activamente en el trabajo Hermético, dejando a la posteridad un registro de consecución, que permanecer como un intruso que sólo lee sobre otros y de lo que han sido capaces de realizar.

Que una PAZ profunda y permanente compenetre todo tu ser, y te sumerjas en las radiaciones del interminable Amor del Dios de tu Corazón.

Dado el sexto día de mayo, 1960 d. de C.